

RAVI ZACHARIAS

LA LÓGICA DE DIOS

52 FUNDAMENTOS CRISTIANOS PARA
EL CORAZÓN Y LA MENTE

LA LÓGICA DE DIOS

52 FUNDAMENTOS CRISTIANOS PARA
EL CORAZÓN Y LA MENTE



RAVI ZACHARIAS



Vida

La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

LA LÓGICA DE DIOS: 52 FUNDAMENTOS CRISTIANOS PARA EL CORAZÓN Y LA MENTE

Edición en español publicada por

Editorial Vida – 2020

Nashville Tennessee

© 2020 Editorial Vida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Originally published in the U.S.A. under the title:

The Logic of God: 52 Christian Essentials for the Heart and Mind

Copyright © 2019 por Ravi Zacharias

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49546.

All rights reserved. Further reproduction or distribution is prohibited.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas marcadas «RVR1960» han sido tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovada en 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Las citas bíblicas marcadas «RVR1995» son de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1995 © 1995 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «LBLA» son de La Biblia de las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «DHH» son de La Biblia Dios Habla Hoy, Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «NBLH» son de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy® © 2005 por The Lockman Foundation, La

Habra, California 90631, sociedad no comercial. Derechos reservados.
<http://www.NBLH.org>. Texto derivado de La Biblia de las Américas ©
1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*

Traducción y Edición: *Grupo Scribere*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-0-82974-244-2

ISBN Ebook: 978-0-82974-614-3

Edición Epub Junio 2020 9780829746143

CATEGORÍA: Religión / Vida cristiana / Crecimiento personal

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

20 21 22 23 24 25 LSC 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Information about External Hyperlinks in this ebook

Please note that the endnotes in this ebook may contain hyperlinks to external websites as part of bibliographic citations. These hyperlinks have not been activated by the publisher, who cannot verify the accuracy of these links beyond the date of publication

Ebook Instructions

In this ebook edition, please use your device's note-taking function to record your thoughts wherever you see the bracketed instructions [Your Notes]. Use your device's highlighting function to record your response whenever you are asked to checkmark, circle, underline, or otherwise indicate your answer(s).

Dedicado a mis nietos, Jude, Ava, Isabella, Nico y Jameson. Ellos son jóvenes, tanto en sus opiniones como en su imaginación. Deseo que su crianza en las verdades eternas de Dios suscite una madurez espiritual y que adopten la mente del Señor, elegante, sabia y perfecta.

CONTENIDO

Cubrir

Página del título

La página de derechos de autor

Introducción

1. Detrás de toda pregunta
2. El llamado definitivo
3. Punto de exclusión
4. El sendero del dolor
5. La batalla del corazón
6. ¿Un cristianismo sin Cristo?
7. Perder el enfoque
8. La máxima inversión
9. Cerrar la puerta
10. Perseguir sombras
11. Cruzar puentes
12. Una boda real como la mía
13. Cada hebra importa
14. El corazón de Dios
15. ¿Qué pasó con tus manos?
16. Juzgar a los jueces
17. Justicia y virtud
18. Más allá de la moralidad
19. ¿A quién le pertenece tu corazón?
20. Hebras dispares
21. El espíritu hambriento
22. Las preguntas más difíciles
23. La agonía del asombro
24. De lo próximo a lo personal
25. Una historia mayor
26. Todo es renovado
27. ¿Es importante la oración?
28. El espíritu de la oración
29. Reposicionar los muebles
30. El valor de algo
31. El regalo de la fe
32. La luz del evangelio

33. Muéstranos al Padre
34. Probar la adoración
35. Templos vivientes
36. Un faro de esperanza
37. Los libros que leemos
38. En lo correcto donde nosotros nos equivocamos
39. Retrato de un alma
40. Un poder regenerativo
41. Varón de dolores
42. Tirar piedras
43. El escándalo de la cruz
44. La imaginación y la voluntad
45. Lidar con el caos de la vida
46. ¿Vale la pena?
47. ¿Te sientes solo?
48. Hallar el regalo perfecto
49. Con cuidado hacia lo desconocido
50. De paz inundada mi senda
51. El sitio donde Dios no tenía hogar
52. Darlo todo

Agradecimientos

Acerca del autor

Notas

INTRODUCCIÓN

Hoy en día, muchos consideran que es de ingenuos creer en Dios, porque no hay suficiente evidencia de su existencia. Otros arguyen que, incluso si Dios existe, no se ha revelado lo suficiente ni ha explicado su naturaleza de manera adecuada. Por lo tanto, concluyen, Dios no ha podido convencernos de que en realidad existe. Además, no ha confirmado que las aseveraciones del evangelio de Jesucristo son verdaderas, ni que posibilitan una cosmovisión que ofrece las respuestas más coherentes y lógicas a las cuatro preguntas esenciales de la vida: el origen, el sentido, la moralidad y el destino.

Es en este campo donde el cristiano debe librar la batalla, pues ninguna visión de la vida sufre más por la falta de creencia en Dios que el cristianismo. Por esto, a no ser que defendamos, busquemos y conectemos la «lógica» de Dios (es decir, la evidencia que él ha provisto para confirmar su existencia) a nuestra mente y corazón, cada fundamento de la fe cristiana será considerado ilógico o erróneo; eso provocaría que estas bases fueran juzgadas indignas de una defensa racional.

El asunto es: ¿cómo llega una persona a considerar esta «lógica» (esta «evidencia») como una razón válida para creer en Dios? Un Dios, a propósito, sobre el que se construyen todos los fundamentos de la fe cristiana, por medio de los cuales se ha de juzgar la vida y examinar nuestras creencias personales, nuestra cultura y el mensaje singular de Jesucristo. El propósito y el diseño de este libro confluyen en un cometido: guiarte en esa travesía. En tus manos tienes una colección de mis escritos; la mayoría de ellos jamás se han publicado en un libro. Estos artículos han sido seleccionados porque abarcan las maneras

múltiples en que Dios ha provisto evidencia de que en realidad existe. Además, los textos examinan cómo esta «lógica» le da sentido a la vida, le otorga credibilidad al mensaje cristiano, revela la fragilidad de los movimientos intelectuales modernos, demuestra la veracidad de las afirmaciones de Cristo y valida tanto la enseñanza bíblica como la apologética cristiana.

Antes de que inicies con este material, permíteme indicarte cómo puedes experimentar este libro de la manera más significativa. *La lógica de Dios* contiene cincuenta y dos artículos. Cada uno de ellos está encabezado por una cita bíblica pertinente. Además, he añadido dos herramientas que te ayudarán a *reflexionar* sobre temas importantes en el texto (Preguntas para reflexionar) y a *aplicar* las enseñanzas que adquieras (Aplicación personal).

La lectura de este texto desafiará tu mente y conmoverá tu corazón. Sus preguntas y aplicaciones personales requerirán tiempo para ser procesadas. Por esto, te recomiendo que, si puedes, dediques una semana para cada «experiencia». Por ejemplo, si comienzas un lunes, concíbelo como un suceso positivo: «Gracias a Dios es lunes». Adopta ese cliché para convertir tus lunes habituales en algo a lo que aspirar. Hay que motivarse de algún modo, ¿no?

Es cierto, un año es mucho tiempo. No obstante, piénsalo: los asuntos relacionados al tema de la verdad son complejos y tienen repercusiones eternas.

Dios desea que lo conozcamos y que vivamos nuestra fe a diario de manera significativa. Sin embargo, el ruido, el caos, el desorden y las ocupaciones de la vida nos agobian y se nos hace difícil, e incluso imposible, vivir la fe a cabalidad. En ocasiones, vivimos nuestra rutina sin siquiera considerar su existencia y quedamos atrapados en un círculo vicioso de ideas y creencias erróneas. Entonces la afirmación esencial de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» pierde el sentido.

Querido lector, gracias por iniciar este viaje personal con estas cincuenta y dos experiencias. Tu decisión revela tu deseo de conocer a Dios en profundidad y de caminar en

intimidad con él y su Hijo Jesucristo. El Señor desea que estés cada vez más seguro de que él es real, que te ama y que desea cumplir los anhelos de tu corazón.

Mis oraciones te acompañan en este viaje,
RAVI

1

DETRÁS DE TODA PREGUNTA

«En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios». Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios.

2 CO 5:20-21

Vivimos en una época en que la apologética es indispensable. No obstante, necesitamos una apologética cristiana que no solo sea escuchada, sino también vista. La apologética lidia con los interrogantes difíciles dirigidos a la fe cristiana. Puesto que yo también me he postulado preguntas intensas, siempre escucho con cuidado las dudas de los demás. He comprendido que detrás de toda pregunta hay un interrogador. Cuando las luchas intelectuales y existenciales convergen, las personas despliegan una honestidad feroz en las preguntas que plantean.

El evangelio de Cristo es hermoso y verdadero. No obstante, en ocasiones preguntamos: «¿Cómo es posible que solo exista un camino?». Es curioso que no presentamos la misma duda frente a las leyes de la naturaleza o frente a la mayoría de aseveraciones que declaran veracidad. Quedamos desconcertados ante reconocer que la verdad es exclusiva por definición. Esta es la naturaleza fundamental de las afirmaciones de verdad.

El asunto es, ¿cómo podemos saber que esto es verdadero?

Todo el mundo tiene una cosmovisión, religiosa o no. Una cosmovisión ofrece respuestas a cuatro preguntas imprescindibles: el origen, el sentido, la moralidad y el destino. A su vez, las respuestas deben resultar certeras en preguntas particulares y deben ser coherentes en conjunto.

Además, toda cosmovisión debe ser sometida a las tres pruebas de veracidad: consistencia lógica, suficiencia empírica y relevancia práctica. Cuando sometemos el mensaje cristiano a estas pruebas, resulta único y cumple los requerimientos de la verdad.

Examinemos cómo resulta la prueba empírica de Jesucristo, con sus enseñanzas y obras. Al considerar la historia de la humanidad, vemos por qué Jesús era quien decía ser y por qué millones de personas lo siguen en la actualidad. Si comparamos las enseñanzas de Cristo con las de otros aspirantes a un estatus divino o profético, podremos reconocer las diferencias enormes en sus credos y demostraciones. De hecho, Jesús fue el único que declaró ser el Salvador divino. Su oferta de gracia y perdón al ser el sacrificio perfecto por nuestras ofensas (para que «en él recibiéramos la justicia de Dios») es absolutamente única.

Yo concibo la secuencia del hecho y la deducción de esta manera: el amor es la ética máxima. Donde hay la posibilidad del amor, deberá existir la realidad del libre albedrío. Donde tengamos libre albedrío, habrá, de manera inevitable, la posibilidad del pecado. Si hay pecado, entonces se necesita un Salvador. Al tener un Salvador, existe la esperanza de ser redimidos. Solo en la cosmovisión judeocristiana se evidencia y se cumple esta secuencia. La historia del pecado a la redención solo se encuentra en el evangelio, que ofrece, de manera definitiva, un Dios de amor.

Verificar lo que Jesús enseñó, describió e hizo provoca que creer en él sea una realidad sostenible desde la razón y existencialmente satisfactoria. Desde la cosmología a la historia y la experiencia humana, el cristianismo tiene una capacidad explicativa que no exhibe ninguna otra

cosmovisión. Nuestra fe y confianza en Cristo están fundamentadas en la razón y se sostienen en la práctica.

Yo nací y me crié en la India, de donde también son mis padres. Mis ancestros eran sacerdotes de la casta más alta del hinduismo en el sur de la India hace muchas generaciones. Conocí a Cristo tras una vida de fracasos considerables. Puesto que no podía lidiar con las consecuencias que enfrentaba, decidí acabar con mi vida. Estando al borde del suicidio, alguien me entregó una Biblia. Entonces, en mi desesperación, acepté a Jesús en mi vida. Fue una oración, una súplica, un compromiso y una esperanza.

Yo no conocía lo que me aguardaba en el futuro, pero sabía que estaba a salvo en los brazos de Jesús. Hoy, más de cincuenta años después, quedo maravillado por la gracia de Dios y estoy convencido de que solo en Jesucristo encontraremos las respuestas a las preguntas más profundas de la mente y el corazón.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo afecta tu comprensión de la apologética la idea de que «detrás de toda pregunta hay un interrogador»?
2. ¿Qué significa recibir «la justicia de Dios»? ¿De qué manera el evangelio es único entre todas las cosmovisiones?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Tu fe en Jesús está fundamentada en la razón y se sostiene en la práctica o te asedian las dudas? ¿Cómo podrías abordar tus dudas del corazón o la mente esta semana?
2. Cuando alguien te pregunta por qué vas a la iglesia o por qué eres cristiano, ¿qué respondes?

2

EL LLAMADO DEFINITIVO

En fin, vivan en armonía los unos con los otros; compartan penas y alegrías, practiquen el amor fraternal, sean compasivos y humildes. No devuelvan mal por mal ni insulto por insulto; más bien, bendigan, porque para esto fueron llamados, para heredar una bendición. [. . .] Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto, manteniendo la conciencia limpia.

1 P 3:8-9, 15-16

El punto inicial para adoptar el compromiso que conlleva la apologética cristiana es reconocer lo que implica vivir con disciplina la vida cristiana. Una revisión breve de la Escritura revela este imperativo notable: no podemos desligar el contenido de la apologética del carácter del apologista. La palabra *apologética* proviene del vocablo griego *apología*: «hablar en defensa». En 1 Pedro 3:15 ofrece una declaración categórica: «Más bien, honren en su corazón a Cristo como Señor. Estén siempre preparados para responder a todo el que les pida razón de la esperanza que hay en ustedes. Pero háganlo con gentileza y respeto. . .».

Este versículo siempre me ha fascinado, porque el apóstol Pedro, bajo la inspiración del Espíritu Santo, conocía los peligros y los riesgos de tener las respuestas a las preguntas sinceras que las personas harían sobre el

evangelio. En efecto, cuando comparamos las respuestas de Jesús con las de sus opositores, podemos percibir que se resisten motivados por el corazón y no la mente. Estoy convencido de que el mayor obstáculo para el impacto del evangelio no ha sido su incapacidad para dar respuestas, sino nuestra ineptitud para vivir en él. El evangelista británico Rodney «Gipsy» Smith dijo: «Existen cinco Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas, Juan y el cristiano, pero la mayoría de las personas jamás leerán los primeros cuatro».¹ Es decir, por lo general, la apologética se ve antes de escucharse.

Por esta razón, la Biblia establece con claridad lo que es un cristiano apologético: alguien que ha recibido en el corazón a Cristo como su Salvador y que responde a las preguntas con gentileza y respeto. Entonces, no debemos ignorar esta verdad: el modo en que vivimos determinará nuestro impacto. Hay pocos obstáculos para la fe tan serios como exhibir una vida que no refleja el evangelio. Muchas personas ven la calidad de una vida e imaginan que todo es teoría, sin aspectos sobrenaturales.

Recuerdo haber conversado con un hombre hindú al inicio de mi vida cristiana. Él cuestionaba las declaraciones energéticas de los cristianos sobre lo sobrenatural. El hombre insistía en que la conversión era solo decidir vivir de manera más ética y que, por lo general, no era diferente a las afirmaciones de otras religiones «éticas». Hasta ese punto, no había nada innovador en su argumento.

No obstante, luego afirmó algo que jamás he olvidado y en lo que con frecuencia reflexiono: «Si la conversión es en verdad sobrenatural, ¿por qué no es más evidente en las vidas de los cristianos que conozco?».

Su pregunta es compleja. Después de todo, ningún budista afirma tener una vida sobrenatural, pero con frecuencia vive de manera más consistente. Lo mismo sucede con muchas otras religiones. Sin embargo, es común que un supuesto cristiano, que declara algunas de las verdades más elevadas que pueden expresarse, tenga una vida carente de esa belleza y carácter.

El llamado definitivo de un apologeta es a tener una vida que refleje el carácter de Cristo. Los escépticos notan

con agudeza si existe alguna discrepancia en este sentido y, de haberla, cuestionan el aspecto sobrenatural del evangelio. Sin embargo, cuando respondemos con gentileza y respeto, ayudamos a satisfacer los anhelos más profundos del corazón y la mente. Así, ellos verán dónde está el verdadero misterio. Vivamos de este modo.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué implica honrar «a Cristo como Señor»? ¿Por qué Pedro inicia su declaración con este mandato?
2. ¿Cuál es «el mayor obstáculo para el impacto del evangelio»? ¿Por qué es una traba «exhibir una vida que no refleja el evangelio»?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿De qué manera tu conversión a Cristo ha suscitado un cambio evidente en tu vida y en la de aquellos a tu alrededor?
2. ¿Qué podrías hacer esta semana para representar a Cristo de manera más efectiva?

3

PUNTO DE EXCLUSIÓN

Dijo entonces Tomás:

—Señor, no sabemos a dónde vas, así que ¿cómo podemos conocer el camino?

—Yo soy el camino, la verdad y la vida —le contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí.

JN 14:5-6

Dado que existen tantas religiones en el mundo, ¿cómo pueden los cristianos asegurar su exclusividad? Con frecuencia me hacen esta pregunta en lugares diferentes. Siempre quedo fascinado porque el cristianismo es la única fe que recibe este cuestionamiento. La verdad es que todas las religiones tienen puntos de partida y deducciones, pero esos puntos de partida excluyen.

Por ejemplo, el hinduismo presenta dos creencias inalterables: el karma y la reencarnación. Ningún hindú va a comprometer estos conceptos. En el budismo, tenemos el rechazo a la noción esencial de la individualidad. Los budistas creen que la individualidad como la concebimos no existe y que anular el deseo traerá el fin del sufrimiento. Si negamos estas premisas, comprometemos las bases del budismo.

El islam afirma que Mahoma es el profeta último y definitivo y que el Corán es la revelación perfecta. Si rechazamos estas dos premisas, entonces habremos negado el islam. Incluso el naturalismo, que afirma no ser

una religión, es exclusivo. Esta cosmovisión promulga que no existe evidencia para lo sobrenatural y lo metafísico; por lo tanto, son opiniones y no hechos.

En la fe cristiana, creemos que Jesús es la experiencia consumada de Dios en su Hijo y el redentor del mundo. No somos cristianos si negamos estas premisas.

No procuramos demostrar si estas opciones son mutuamente exclusivas. En realidad, queremos determinar cuál de ellas no es razonable y consistente. También buscamos cuál de estas cosmovisiones podremos defender con argumentos y evidencia.

La naturaleza de la verdad es la que suscita estos hechos. La verdad es exclusiva por definición. No todo puede ser verdadero. Si todo es verdadero, entonces nada es falso. Pero, si nada es falso, entonces también todo es falso. No puede ser de otro modo. Por lo tanto, no debemos sorprendernos por las afirmaciones de exclusividad. De hecho, incluso los que niegan que la verdad es exclusiva descartan a aquellos que no lo niegan. La verdad emerge de inmediato. El principio de no contradicción aplica a la realidad: dos proposiciones contradictorias no pueden ser verdaderas en el mismo sentido. Entonces, negar el principio de no contradicción implica también confirmarlo. Declarar que la verdad no es exclusiva es como aseverar que existe una vara con un solo extremo.

¿Qué podemos concluir? No debemos sorprendernos ante las afirmaciones de verdad, pero sí tenemos que ponerlas a prueba antes de adoptarlas. Si resultan ser verdaderas, entonces estamos moralmente obligados a creer en ellas. Sin embargo, muchos procuran escapar de este hecho. G. K. Chesterton afirmó: «No se ha juzgado y encontrado culpable al ideal cristiano. Se lo ha encontrado difícil y ha quedado sin juzgar».¹

«Yo soy el camino, la verdad y la vida —le contestó Jesús—. Nadie llega al Padre sino por mí» (Jn 14:6). Aplica las pruebas de verdad a Jesucristo y a su mensaje y verás tanto su exclusividad como su originalidad.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué la verdad debe ser exclusiva?
2. ¿Cómo la comprensión de que todas las cosmovisiones tienen afirmaciones exclusivas afecta la forma en que proclamamos el cristianismo?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Ha cambiado tu vida por causa de la afirmación de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»?
Plantéate reflexionar sobre sus palabras esta semana.
2. ¿Has conocido a alguien que se haya apartado de la fe por considerar el cristianismo demasiado difícil?
¿Cómo podría ayudarte lo que has leído hoy a tender la mano a esta persona?

4

EL SENDERO DEL DOLOR

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Lejos
estás para salvarme, lejos de mis palabras de lamento.

Dios mío, clamo de día y no me respondes; clamo de
noche y no hallo reposo.

SAL 22:1-2

La ardua realidad del dolor suscita preguntas complejas sobre las cuales se ha escrito extensamente. ¿Por qué sufren los inocentes? ¿Por qué nos agobian las enfermedades? ¿Por qué sufren millones de personas por causa de los desastres naturales o de la tiranía de los demagogos? Yo no tengo todas las respuestas. No obstante, es indiscutible que el dolor es un hecho universal de la vida. Además, existe una dimensión moral en las preguntas que formulamos sobre este tema. Todas las religiones, de manera explícita o implícita, procuran explicar el dolor.

¿Por qué formulamos preguntas sobre el sufrimiento en el contexto de la moralidad? ¿Por qué hemos conectado el dolor físico con una demanda por una explicación moral? ¿Quién decidió que el dolor es inmoral? Casi todos los ateos y los escépticos que puedas leer presentan el sufrimiento como su principal razón para negar la existencia de Dios.

En la perspectiva judeocristiana, el dolor se conecta con la maldad y con las decisiones de la humanidad en el

principio de nuestro mundo. El dilema del sufrimiento y el problema del mal están irrevocablemente conectados. Cuando concebimos la maldad, también asumimos el bien. Cuando asumimos el bien, damos por sentado una ley moral. Si existe una ley moral, entonces también existe un Legislador moral.

Quizá te preguntes: ¿Por qué si existe una ley moral también debe existir un *Legislador moral*? Una razón es que siempre que se cuestiona la realidad del mal hay una persona implicada, en la forma de quien pregunta o de quien se hace la pregunta. Esto implica que el cuestionamiento es uno de valor. No obstante, solo tiene valor si las personas tienen valor intrínseco y esto solo ocurre si somos creaciones de alguien con un valor máximo. Esa persona es Dios. Así, la pregunta se autodestruye para el naturalista o el panteísta. La interrogante sobre la moralidad del mal o del sufrimiento solo es válida para un teísta.

Además, solo en el teísmo cristiano el amor preexiste en la Trinidad. Esto significa que el amor precede a la vida humana y se establece como nuestro valor absoluto. Este absoluto solo se encuentra en Dios. Al conocer y amar al Señor podemos lidiar con el sufrimiento, pues sabemos que está esencialmente conectado con el mal y que será erradicado por aquel que es infinitamente bueno y amoroso. En efecto, Dios nos ha regalado las bases de las palabras *bien* y *amor*, tanto en el concepto como en el lenguaje.

Cerca de mi casa vive una joven que nació con una enfermedad poco común denominada CIPA: Insensibilidad congénita al dolor con anhidrosis. Imagina que tienes un cuerpo que luce y funciona normal, excepto por un detalle: no puede sentir dolor físico. Parecería ser una bendición, pero es un problema porque ella corre el peligro de lastimarse sin saberlo. Si la joven pisa un clavo oxidado que podría infectar su torrente sanguíneo, no podría notarlo mediante sensaciones. Si dejara su mano sobre una estufa caliente, no sabría que se está quemando a no ser que se viera la mano. La joven debe estar bajo vigilancia constante para evitar que reciba una lesión de muerte o una herida

debilitante. Su familia fue entrevistada hace algunos años. La frase más impactante para mí fue la de su madre al final de la entrevista: «Cada noche oro a Dios para que le dé a mi hija el sentido del dolor».

Si leyéramos de manera aislada la afirmación de la madre, la cuestionaríamos seriamente. No obstante, ya que ella comprende los riesgos de esta enfermedad mejor que nadie, no existe una mejor petición que rogar para que su hija pueda sentir dolor y reconocer lo que comunica.

Ahora te pregunto: si en nuestra finitud podemos llegar a comprender el valor del sufrimiento, aunque sea en una sola vida, ¿sería tan difícil aceptar la posibilidad de que un Dios infinito utilice el dolor para revelarnos un padecimiento aun peor? Concebimos el asunto con una perspectiva oscura porque lo que más deseamos es sentirnos cómodos. No podemos comprender el plan maestro de un Dios de conocimiento infinito que con gusto nos acerca a él mediante el dolor o la decepción.

Aunque no queramos admitirlo, el sufrimiento puede ser el modo de reconocer nuestra finitud y la gracia de un Dios tan deseoso de salvarnos que accedió a sufrir él también. Cuando Jesús sufrió en la cruz por nosotros, él exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Su vida, muerte y resurrección revelan la realidad de que nuestro sufrimiento presente no es más que un signo de puntuación, pues nos aguarda la eternidad con Cristo.

Sin duda, las respuestas intelectuales al problema del sufrimiento son importantes. No obstante, el intelecto por sí solo no puede ayudarnos a atravesar los campos minados de dolor y sufrimiento. Las demás cosmovisiones nos ofrecen respuestas intelectuales, pero solo la fe cristiana nos brinda una *persona*.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué la existencia de una ley moral requiere un Legislador moral (Dios)?

2. Reflexiona cómo la doctrina de la Trinidad (la existencia de Dios en una comunión de amor antes de la creación de la vida) responde, de manera única, el problema del dolor.

APLICACIÓN PERSONAL

1. Para ti o alguien que conoces: ¿ha representado el sufrimiento un obstáculo para recibir el amor de Dios? ¿De qué manera la cruz puede proporcionar consuelo y esperanza?
2. ¿Puedes recordar una situación en que el dolor haya sido un medio para traer alegría y bendición a tu vida?

5

LA BATALLA DEL CORAZÓN

Pilato volvió a entrar en el palacio y llamó a Jesús.

—¿Eres tú el rey de los judíos? —le preguntó.

—¿Eso lo dices tú —le respondió Jesús—, o es que otros te han hablado de mí? [. . .]

—Mi reino no es de este mundo —contestó Jesús—. [. . .]

—¡Así que eres rey! —le dijo Pilato.

—Eres tú quien dice que soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad.

Todo el que está de parte de la verdad escucha mi voz.

—¿Y qué es la verdad? —preguntó Pilato.

Dicho esto, salió otra vez a ver a los judíos.

—Yo no encuentro que este sea culpable de nada —
declaró.

JN 18:33-34, 36-38

El paso inicial y más importante para comprender la naturaleza de la verdad queda ilustrado en una conversación entre Jesús y Pilato. Al inicio del diálogo, el gobernador le pregunta a Jesús si en realidad es un rey. La respuesta de Cristo es sorprendente: «¿Eso lo dices tú [. . .], o es que otros te han hablado de mí?».

De hecho, Jesús le estaba preguntando a Pilato si su pregunta era genuina o un cuestionamiento meramente académico. No solo estaba comprobando la sinceridad de Pilato. En realidad, Cristo le estaba mostrando al gobernador el contenido de su propio corazón. El propósito era revelarle su indisposición a lidiar con las consecuencias

de la respuesta de Jesús. En la búsqueda de la verdad, la *intención* precede al contenido, o a la disponibilidad de este. El primer paso es amar la verdad y estar dispuestos a acatar sus requerimientos.

Después, Jesús aseveró algo incluso más extraordinario. Tras alegar que su reino no era de este mundo, él afirmó: «Todo el que está de parte de la verdad escucha mi voz». Jesús no solo estaba declarando la existencia de la verdad, sino que también estaba afirmando ser su encarnación perfecta. Él era y sigue siendo la verdad misma. Esto implica que todo lo que Jesús dijo e hizo y la vida que tuvo como ser humano representaban la verdad en su máxima expresión. Rechazar a Cristo es lo mismo que vivir una mentira.

Las respuestas de Dios a las preguntas fundamentales de la vida quedan confirmadas tanto por el proceso de razonamiento abstracto como por los rigores de la experiencia. En la historia, Dios ha demostrado de manera empírica lo que significa vivir la verdad a través del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de su Hijo.

En síntesis, los indicios de la verdad se revelan mediante todos los sentidos. Dios es el guardián de la razón y nos invita a verificar la consistencia de la Biblia con la realidad y a comprobar la coherencia de sus aseveraciones. Además, nuestra experiencia diaria confirma esas verdades en la realidad concreta. Nuestro mayor privilegio es conocer a Dios y vivir conforme a la verdad. Esto suscita una coherencia interna en nosotros.

Jesús afirmó: «Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres» (Jn 8:31-32). En un mundo bajo la esclavitud del error y la adicción, donde las ideas y las imágenes nos ofrecen engaños, es maravilloso ser liberados por la verdad de la paz de Cristo. La Escritura nos advierte que el enemigo de nuestras almas es el padre de la mentira. Él procurará alejarnos de la verdad por todos los medios posibles, porque es lo más valioso que existe y nos dirige hacia la fuente de toda verdad: Dios.

Un escéptico respondería que solo se puede llegar a estas conclusiones si el Dios de la Biblia existe en realidad.

Yo respondo: ¡Por supuesto! En muchas universidades alrededor del mundo, he tenido el privilegio de presentar una defensa de la existencia de Dios, la veracidad de la resurrección y la autoridad de la Biblia, única en su esplendor y convincente en las verdades que afirma. No obstante, no ignoremos lo que el escéptico revela, sin saberlo, al razonar que estos argumentos solo pueden ser verdaderos si Dios existe. En su aseveración está implícito el principio de no contradicción y el principio de inferencia racional, que existe solo si la verdad también existe. Por su parte, la verdad solo puede existir si tenemos un estándar objetivo para medirla. Ese criterio absoluto, objetivo e inalterable es Dios, quien también se ha revelado a través de Cristo.

Cuando era pequeño, en la India escuché la historia de un niño que tenía muchas canicas hermosas. Sin embargo, deseaba la bolsa de caramelos de su hermana. Un día el niño le propuso un trato: «Si me entregas todos tus dulces, entonces te daré mis canicas». Tras considerar la propuesta, la hermana accedió al trato. El niño tomó los caramelos y fue a su habitación a buscar las canicas. No obstante, al admirarlas se retractó de entregarlas todas. Entonces escondió las mejores canicas debajo de su almohada y le entregó el resto a su hermana. Esa misma noche, ella durmió plácidamente, pero él daba vueltas en su cama, sin dormir, y pensaba: *Me pregunto si mi hermana me entregó todos sus dulces.*

Cuando veo nuestra cultura irritada afirmar que Dios no ha ofrecido suficiente evidencia, me pregunto si no estamos en presencia del desasosiego solapado de las personas, que viven en la duda por causa de su propia duplicidad. La batalla de nuestra época se presenta como una del intelecto, pues se afirma que no podemos conocer la verdad. Sin embargo, es posible que solo sea una fachada que cubre la verdadera lucha: la del corazón, el cual solo Cristo puede transformar.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuál es el paso inicial y más importante para comprender la naturaleza de la verdad?
2. ¿Por qué la verdad requiere un estándar objetivo?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Jesús afirmó: «Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos». ¿Cómo cambiarán sus palabras tu vida y tu testimonio esta semana?
2. ¿Puedes recordar una situación en que, así como el niño con las canicas, le hayas escondido a Dios lo mejor de ti, aunque te preguntabas si él te estaba ofreciendo lo mejor que tenía?

6

¿UN CRISTIANISMO SIN CRISTO?

Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz.

COL 1:19-20

Paul Tillich, el destacado teólogo existencialista, viajó a Asia unos años atrás para participar en conferencias con algunos pensadores budistas. Tillich estaba investigando la relevancia de los líderes religiosos para los movimientos que habían generado. Se afirma que él preguntó: «¿Qué sucedería si, por alguna casualidad, Buda jamás existió y no es más que un invento? ¿Qué significaría esto para el budismo?». De hecho, yo afirmaré que Tillich estaba interesado en determinar qué tan indispensable fue Buda, no si fue real.

Los eruditos no tardaron en responder y afirmaron que, si Buda fue solo un mito, en realidad no importa. ¿Por qué? El motivo es que el budismo debe considerarse como una filosofía abstracta o un sistema de vida. Es irrelevante que sus conceptos se hayan originado en Buda o alguien más. En mi opinión, Buda habría estado de acuerdo. Ya cerca de la muerte, Buda les rogó a sus seguidores que no se enfocaran en él, sino en sus preceptos. No era su vida, sino su forma de vivir lo que debían imitar y propagar.

¿Podemos concluir lo mismo de otras religiones? El hinduismo se conforma de múltiples pensadores, filosofías y dioses. Por lo tanto, sin duda puede prescindir de muchos de sus dioses. Con otras religiones importantes sucede lo mismo.

¿Y el cristianismo? ¿Podría Dios, el Padre, haber enviado a alguien más que a Jesús? Definitivamente *no*. Cristo no afirmó ser solo un profeta más en una sucesión continua. Él es el único hijo de Dios y es parte de la Deidad que el cristianismo nombra la Trinidad.

El apóstol Pablo afirmó:

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente. Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de la resurrección, para ser en todo el primero. (Col 1:15-18)

Además, incluso Jesús oró solo horas antes de ser crucificado:

«Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, ya que le has conferido autoridad sobre todo mortal para que él les conceda vida eterna a todos los que le has dado. Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado». (Jn 17:1-3)

Jesús es imprescindible para el cristianismo y sus aseveraciones son únicas. En primer lugar, tenemos su descripción de la condición humana. Cristo afirmó que el corazón está en rebelión contra Dios.

En segundo lugar, Jesús propone una solución insuperable a ese problema. El regalo de Cristo para nosotros no tiene precedentes y tampoco resulta barato. Hablamos de la cruz. Otras cosmovisiones no incluyen la gracia del perdón. Por ejemplo, el islam afirma que para ir al cielo tus buenas obras deberán superar las malas. Es decir, va por tu cuenta.

Cristo nos ofrece el perdón a ti y a mí por medio de su sacrificio en la cruz. ¡Qué extraordinario! La Biblia asevera que necesitamos un Salvador y ser perdonados. Solo en la cruz el amor, el perdón y la justicia convergen. La verdad de la gracia de Cristo es única.

En tercer lugar, Jesús es único porque jamás pecó; él vivió una vida perfecta. Incluso Poncio Pilato declaró: «Ningún delito hallo en este hombre» (Lc 23:4, RVR1995).

Por último, la resurrección de Cristo es la máxima demostración de su originalidad.

Por lo tanto, el cristianismo es Cristo. En efecto, el inglés John Stott escribió: «Si Jesús no era Dios encarnado, el cristianismo colapsa. Lo que resta es una religión más con algunas ideas hermosas y una ética noble; su singularidad desaparece».¹

El núcleo del cristianismo es que Jesús es la imagen y la encarnación del Dios invisible. Cristo vino a nosotros para mostrarnos el amor, la perfección y la gracia de Dios. Esta verdad lo cambia todo.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué no es negociable en la fe cristiana que Jesús es el único Hijo de Dios?
2. ¿De qué modo son excepcionales las descripciones de Jesús de la condición humana y la solución a ella?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Jesús «lo cambia todo». ¿Cómo puede esta verdad impactar tu vida?
2. Cristo nos ofrece la gracia y el perdón de Dios y nos pide extender su bondad a los demás. ¿Con quién podrías compartir el amor y el perdón de Dios?

7

PERDER EL ENFOQUE

En él también ustedes, cuando oyeron el mensaje de la verdad, el evangelio que les trajo la salvación, y lo creyeron, fueron marcados con el sello que es el Espíritu Santo prometido. Este garantiza nuestra herencia hasta que llegue la redención final del pueblo adquirido por Dios, para alabanza de su gloria.

EF 1:13-14

Hace algunos años, mi familia y yo visitamos la ciudad de Bedford, Inglaterra. En el centro de la ciudad hay una estatua inmensa del afamado autor del siglo diecisiete, John Bunyan. El tamaño de la escultura era tan imponente, que alguien había pintado unas pisadas blancas y llamativas desde allí hasta los baños públicos. El mensaje implicaba, de manera sarcástica o genuina, que Bunyan aún vive.

La mayoría de los lectores de literatura saben que, aunque Bunyan falleció hace mucho tiempo, su obra maestra, *El progreso del peregrino*, aún perdura. Esta obra ha sido traducida a más idiomas que la mayoría de los libros en la historia, excepto la Biblia.

Mi familia y yo deambulamos por el museo construido en honor de Bunyan. Allí se exhibía una copia de su libro antes mencionado en todos los idiomas a los que se ha traducido. Nos impresionó la cantidad de personas de diferentes nacionalidades que quedaban absortos ante la

exhibición. Los veíamos visitar cada habitación de la exposición y estudiar aquel despliegue.

Cuando salía, le hice un comentario a la mujer en la recepción:

—¿No le parece increíble que un pequeño libro escrito por un reparador de ollas y sartenes sea aclamado mundialmente?

La mujer se detuvo y respondió: —Supongo que así es; pero debo confesar que no lo he leído.

Si no fuera porque el suelo era de concreto, me habría desmayado voluntariamente.

—¿Por qué no?, le pregunté, incapaz de contenerme.

Ella me respondió sin mucha emoción: —Supongo que me pareció demasiado difícil.

Si la conmoción se midiera con una escala, yo casi hubiera quedado fuera de ella en aquel momento. ¿Qué se le responde a una persona que vende entradas para un museo basado en un libro que ni siquiera se ha tomado el tiempo de leer? Le recomendé que al menos leyera la versión para niños. Así podría entender un poco el motivo de tanto interés en el libro, si no por curiosidad, al menos para ser consistente.

El relato clásico de Bunyan es una alegoría astuta y profunda del viaje de la vida. Cristiano, el protagonista que nos representa como peregrinos, lucha con una carga pesada. Él encuentra retos en la Feria de la vanidad, el Pantano de la desconfianza, etc. Solo cuando Cristiano alcanza la cruz en la colina, su carga se desprende de él.

No obstante, el viaje no acaba ahí. Bunyan escribe:

Por algunos instantes se quedó como estático mirando y adorando, porque le era muy sorprendente que la vista de la Cruz así hiciese caer su carga; continuó contemplándola, pues, hasta que su corazón rompió en abundantes lágrimas. Llorando estaba, cuando tres Seres resplandecientes se pusieron delante de él, saludándole con la «Paz».¹

El primer Ser resplandeciente se dirige a Cristiano con estas palabras: «Perdonados te son tus pecados». El segundo Ser le quitó los harapos y lo vistió con ropas nuevas. El tercero le puso una marca en la frente y lo

equipó con un rollo sellado, con la instrucción de que debía examinarlo en el camino y entregarlo al llegar a la puerta celestial.

El primer ángel suple su necesidad espiritual; el segundo, la física; el tercero se encarga de su necesidad intelectual y le entrega un mapa para guiarlo e instruirlo en su camino. El viaje de un cristiano incluye las tres áreas de la vida: la espiritual, la práctica y la intelectual. Estas áreas no son mutuamente exclusivas.

No obstante, así como la recepcionista en el museo de Bedford, que no había leído la obra base del museo, podemos llegar a ignorar al Autor de nuestra vida. Esto no solo ocurre con los escépticos, sino también con los creyentes seguidores de Cristo. Cuán fácil es perder el enfoque y no tomar en cuenta nuestro patrimonio garantizado en el evangelio: el propio Espíritu de Dios en nosotros.

¡Apeguémonos a su Palabra y a la marca indeleble de su Espíritu en nosotros, sus amados hijos, al pie de la cruz! Se nos otorgó la Palabra de Dios y su presencia en nosotros para informarnos, enriquecernos, instruirnos, corregirnos y guiarnos a la «Ciudad celestial». Al soslayar estas verdades, perdemos la luz que nos guía en el camino, ya sea en un valle oscuro o en un recodo luminoso.

¡Por otro lado, también gózate en la ternura de los regalos de Dios! Él se consume, y también nosotros, en lo que nos obsequia. Dios nos perdona, nos viste y nos guía a casa con el sello de su Espíritu en nosotros, tanto ahora, como cuando lo veamos en persona.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuándo se desprende la carga de Cristiano? ¿En qué parte de la Biblia podemos encontrar un ejemplo similar?
2. ¿Cuáles son los tres regalos que recibe Cristiano y cómo aplican a la travesía de la fe?

APLICACIÓN PERSONAL

1. El viaje de un cristiano incluye lo espiritual, lo práctico y lo intelectual. Considera el estado actual de tu vida. ¿En qué área necesitas con mayor urgencia la dirección y la presencia de Dios?
2. Piensa en alguien a quien has procurado presentarle el evangelio. De las tres áreas anteriores, ¿cuál requiere mayor atención en esta persona y cómo podrías ayudar?

8

LA MÁXIMA INVERSIÓN

Aquel mismo día dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; pero no lo reconocieron, pues sus ojos estaban velados.

LC 24:13-16

Una vez visité con mi esposa y mi hijo el Museo del Hermitage en San Petersburgo, Rusia. Mi esposa, quien ha sido formalmente entrenada como enfermera, tiene un gran interés en las bellas artes. Ella examina con cuidado los detalles, mientras que yo me apresuro a hacer todo lo necesario para poder llegar a nuestro destino siguiente. Mientras caminábamos por el museo, ella estudiaba cada pintura y yo echaba un vistazo a la exhibición. Para mí, sin duda fue un lugar maravilloso y de valor histórico, aunque poco más.

Años después, leí un libro de Henri Nouwen. Él impartía clases en Harvard y acababa de regresar de un viaje de conferencias cuando se encontró un póster que jamás había visto. Dos años después, renunció a su empleo como profesor y se dirigió al Museo del Hermitage para buscar una pintura: aquella representada en el póster que no lograba olvidar. La obra era *El retorno del hijo pródigo*, la versión de Rembrandt del momento en que el hijo pródigo

regresa a casa. Nouwen viajó a Rusia y se sentó a examinar la pintura durante cuatro horas. Esto cambió su vida. Luego de este hecho, él supo que deseaba trabajar con niños con discapacidad mental. Entonces se unió a una comunidad en Toronto que se dedica a este ministerio.

En cuanto a mí, cuando vi la pintura, me detuve un momento y luego continué a la siguiente. Todavía me arrepiento de esa oportunidad perdida.

Uno de mis autores favoritos, A. W. Tozer, afirmó:

Con frecuencia deseo que hubiera alguna manera de guiar a los cristianos modernos hacia una vida espiritual más profunda por medio de lecciones breves y fáciles; pero deseo en vano. ¡No existen los atajos! [. . .] ¿No podremos acaso rastrear el origen de nuestra deficiencia espiritual en nuestro hábito de jugar por los pasillos del reino como niños en un mercado, parlotando sobre muchas cosas, pero sin comprender el valor auténtico de nada?¹

Yo caminé por el museo y, como Tozer ilustró, jugué en los pasillos y lo miré todo, pero sin detenerme a examinar el valor auténtico de nada.

¿Debería recordarte lo fácil que es caer en esto, aunque busquemos de Dios? Recuerda la actitud de los discípulos de Jesús en el capítulo final del Evangelio de Lucas: estaban desilusionados, confundidos y temerosos. El domingo después de la crucifixión de Jesús, dos de los discípulos caminaban rumbo a una aldea llamada Emaús, a unas siete millas (11 km) de Jerusalén. Ellos conversaban sobre los hechos de la semana anterior cuando Jesús apareció y caminó junto a ellos. No obstante, no lo reconocieron. Jesús les preguntó por qué estaban cabizbajos. Ellos le preguntaron si él era el único peregrino en Jerusalén que no conocía lo que había sucedido en aquellos días.

La ironía en la pregunta de ellos es que *Jesús* era el único que *conocía* lo sucedido. Lucas afirma: «Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lc 24:27).

El trayecto se les hizo corto y, cuando se dieron cuenta, ya habían llegado a Emaús. Como es común con las personas del este, los dos discípulos invitaron a Jesús a cenar con ellos. Cuando se dispusieron a comer, Jesús actuó como el anfitrión y tomó el pan en sus manos para bendecirlo. De pronto, los discípulos lo reconocieron: ¡Jesús! Ya fuera porque, al compartir el pan, recordaron otra cena con él o porque vieron las heridas en sus manos, se les abrieron los ojos ante Cristo. Aunque habían caminado con Jesús durante varias horas en el trayecto hacia Emaús, ellos no se detuvieron a considerar el peso de lo que él les había revelado hasta que estuvieron sentados a la mesa juntos.

Compara esta situación con un cirujano en plena operación, enfocado en la cirugía delicada del paciente bajo su cuidado. También considera las horas de preparación que requiere esta aptitud y la disciplina necesaria para desarrollar esas habilidades. O imagina el tiempo que una madre invierte en estar con sus hijos y en comprender sus necesidades.

¿Podemos darnos el lujo de no tener esta misma intensidad en nuestro estudio y preparación para completar la misión que Dios nos ha asignado? Parafraseo a Charles Spurgeon cuando afirmo que estudiar a Dios es la ciencia máxima, la búsqueda más noble y la disciplina definitiva. Su recompensa es incalculable: «Dichosos los que guardan sus estatutos y de todo corazón lo buscan. [. . .] Los que aman tu ley disfrutan de gran bienestar, y nada los hace tropezar» (Sal 119:2, 165). Tozer concluye lo siguiente: «Dios no se somete a nuestra prisa nerviosa ni a los métodos de nuestra era de máquinas. Mejor aceptemos la verdad de una vez: ¡la persona que quiere conocer a Dios debe dedicarle tiempo!». ²

¿Escucharemos con atención durante el tiempo necesario para que Dios nos revele su voluntad para nosotros? Esta es la mayor inversión de nuestra vida.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Con base en el pasaje de Lucas, ¿por qué crees que los discípulos que iban de camino a Emaús con Jesús no pudieron reconocerlo?
2. ¿Cómo describe A. W. Tozer una vida espiritual profunda? ¿Cómo se compara al trabajo de un cirujano?

APLICACIÓN PERSONAL

1. El ritmo frenético de nuestro mundo puede suscitar una «prisa nerviosa». ¿Qué podrías hacer hoy para invertir en los asuntos y las relaciones eternas?
2. Dichosos los que buscan a Dios de todo corazón, afirmó el salmista. ¿Qué bendiciones has experimentado o te gustaría recibir al dedicarle tiempo a Dios?

9

CERRAR LA PUERTA

Con respecto a la vida que antes llevaban, se les enseñó que debían quitarse el ropaje de la vieja naturaleza, la cual está corrompida por los deseos engañosos; ser renovados en la actitud de su mente; y ponerse el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad.

EF 4:22-24

Hace algunos años, tuve una conferencia en un país donde me presentaron a un hombre que cada día llevaba a su hijo pequeño al tope de una colina. El hombre apuntaba al otro lado de la frontera y le decía a su hijo: «Tu propósito en la vida es asesinar a tantas personas del otro lado de la frontera como puedas».

Hasta el día de hoy me es difícil comprender esto. Desafortunadamente, este hombre no podía cerrar la puerta al pasado. De modo que arrastraba el cadáver incómodo del prejuicio histórico y lo depositaba sobre los hombros de la siguiente generación, como un recordatorio de que la masacre debía continuar.

Es lamentable que, en las páginas iniciales de la Escritura y en la primera familia, ya podamos identificar la semilla del odio y la separación. El primer asesinato en la Biblia no sucedió por dos teorías políticas irreconciliables. El asesinato de un hombre efectuado por su propio hermano fue causa de sus reacciones discrepantes ante

Dios. Atrapado en una perspectiva temporal, Caín creía el engaño de que era posible vencer la realidad espiritual mediante la fuerza bruta. Dios percibió el resultado ineludible de los celos y el odio en el corazón de Caín. Por eso, el Señor lo instó, por medio de un desafío que determinaría su destino, a que lidiara con ello: «Si hicieras lo bueno, podrías andar con la frente en alto. Pero, si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte. No obstante, tú puedes dominarlo» (Gn 4:7).

En un giro trágico, Caín ignoró la advertencia de Dios y siguió sus impulsos de asesinar a su hermano Abel.

Aunque estas anécdotas parecen extremas, ¿quién de nosotros no ha luchado con la ira, el perdón y el orgullo? No obstante, como seguidores de Cristo se nos pide que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos y que seamos «. . . más bien amables unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, así como también Dios os perdonó en Cristo» (Ef 4:32, LBLA). ¿Por qué razón? Bueno, la Escritura nos indica que toda vida es valiosa para Dios. David, el salmista, afirmó: «Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre. ¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien!» (Sal 139:13-14).

La vida es sagrada y de un valor incalculable. Esto aplica tanto a un pequeño en el pleno florecer de la niñez como a un anciano, frágil y ermitaño. Cada uno de nosotros fue hecho a la imagen sagrada de Dios. ¡Considera esta verdad! Por eso la Escritura describe el asesinato como un ataque a la imagen de Dios. También se nos indica: «Todo el que aborrece a su hermano es homicida. . .» (1 Jn 3:15, LBLA). El asesinato y las palabras despectivas son un intento de destruir la imagen de Dios y de negar el valor y la esencia espiritual de alguien más. Esta esencia nos otorga dignidad y valor y es nuestra gloria y hogar legítimo.

Me parece curioso que Jesús no haya abordado de manera específica algunos de los dilemas sociales más importantes de su época. Por el contrario, él analizó aquello que nos separa de Dios y lo que puede transformarnos: somos pecadores que necesitan el perdón liberador y la restauración de Dios.

La verdad es que todos necesitamos un Salvador de manera urgente, sin importar nuestro pasado o presente. Necesitamos un Dios que cambie tanto lo que hacemos como lo que deseamos hacer. La Biblia declara que debemos: «. . . ser renovados en la actitud de [nuestra] mente [. . .] [creados] a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad» (Ef 4:23-24). ¡Qué magnífica esperanza y qué gran promesa!

Ya no estamos presos en las cadenas del pasado, que nos impedían cerrar la puerta al odio y a la falta de perdón. Por el contrario, si estamos en Cristo, entonces estamos llenos del Espíritu de Dios. Recordemos que: «. . . el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio. . .» (Gá 5:22-23, LBLA). Seamos testigos del amor y el perdón de Dios este día.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿De qué manera malinterpretar a Dios provocó que Caín asesinara a su hermano?
2. ¿Por qué la Biblia equipara el odio con el asesinato?
¿Cómo es relevante para los dilemas sociales actuales el énfasis de Jesús en el corazón?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Qué medidas has tomado o podrías implementar para cerrar la puerta al odio y la falta de perdón?
2. «Necesitamos un Dios que cambie tanto lo que hacemos como lo que deseamos hacer». Separa un tiempo para buscar la dirección y la ayuda del Señor para restaurar tus deseos.

10

PERSEGUIR SOMBRAS

¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o “Levántate y anda”? Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados —se dirigió entonces al paralítico—: A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Al instante se levantó a la vista de todos, tomó la camilla en que había estado acostado, y se fue a su casa alabando a Dios.

LC 5:23-25

En un intercambio notable entre Jesús y el paralítico podemos ver ilustrada la relación entre el alma y el cuerpo, lo temporal y lo eterno (Lc 5:17-26). Los amigos del paralítico se esforzaron para llevarlo tan cerca de Jesús como fuera posible. Llegaron al extremo de deformar la propiedad de la persona que recibía a Jesús, pues tenían la esperanza de que él haría un milagro en su amigo. Seguramente pensaron que, si Jesús podía sanar a un paralítico, entonces reparar un techo sería un inconveniente menor. Mientras bajaban a su amigo por la azotea, ellos no buscaban tener una discusión apologética.

Jesús inquirió: «¿Qué es más fácil decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o “Levántate y anda”?». La respuesta era evidente e inevitable, ¿no te parece? Sanar el cuerpo era más difícil, pues implicaba un milagro visible a simple vista. El acto de perdonar era invisible y, por lo tanto, tenía menor valor demostrativo.

No obstante, del mismo modo en que aquellas personas reflexionaban, así también nosotros lo hacemos y descubrimos que en la vida Dios obra de manera distinta a la que esperamos. Nosotros vamos de lo material a lo espiritual de manera espectacular, pero Dios va de lo espiritual a lo material de manera esencial. Lo físico es el exterior concreto: esencialmente una sombra. Lo espiritual es el interior intangible: la realidad objetiva.

Muchas veces seguimos sombras y no la verdad, pues las sombras son una imagen evocadora de la sustancia sin ser en realidad dicha sustancia. A veces se requiere una sacudida brusca para recordarnos dónde yace la realidad y dónde seducen las sombras. Jesús está consciente de esta debilidad nuestra; por eso nos acompaña hasta un segundo kilómetro (Mt 5:41), de modo que algo más impresionante pueda utilizarse para mostrarnos lo que es más importante para Dios.

En efecto, Jesús sanó al paralítico, pero no sin antes exponer cuál es el milagro definitivo. Cuando comprendamos esto, habremos entendido la conexión entre sanar el alma y reparar el cuerpo. Cristo lo perdonó y después prosiguió con el acto más sencillo de sanar su físico. Si el paralítico era un hombre sabio, sin duda comprendió que el milagro menos evidente era, en realidad, más portentoso que el prodigio llamativo; y su gratitud por la rehabilitación de su cuerpo permanecería como un recordatorio perenne de la restauración de su alma.

Mientras examino este y tantos otros ejemplos de la misericordia de Jesús, considero el estado de nuestro mundo desensibilizado al mensaje del evangelio, que limpia el alma, sana nuestro ser y trae bienestar al cuerpo. El mundo está oprimido por el dolor, el miedo, el sufrimiento y la pobreza. Su estado es tan crítico que, si viéramos su realidad absoluta, en verdad desearíamos que fuera solo una sombra y no una realidad concreta. Las personas ignoran lo que se les hace familiar y tachan de meras sombras aquello que es dolorosamente real. Es una pena que tanto el alma como el cuerpo se pierdan en este proceso. El precio de esta realidad en sufrimiento humano es incalculable.

En un mundo como este, una pregunta surge: ¿Jesús todavía rescata el cuerpo y la mente de las sombras y los dirige hacia la luz? Yo creo que sí. Además, qué magnífica respuesta ofrece la cruz, sobre la cual Cristo «. . . llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores. . .» (Is 53:4, LBLA). Este es el poder del amor. Jesús nos revela que, a no ser que comprendamos el dolor de una persona, no podremos entender su alma. Cristo es el mejor recordatorio de los beneficios de seguir la verdad y no las sombras.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Lee el relato del hombre paralítico en Lucas 5:17-26.
¿Qué revelan las acciones de sus amigos sobre la estimación que tenían por el paralítico y por Jesús?
2. ¿Por qué el perdón, y no curar el cuerpo, es el milagro más importante? ¿Por qué lo material es solo una sombra en comparación con el alma?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Puedes recordar una situación en que te hayas esforzado por hablarle de Jesús a una persona?
¿Cómo podrías imitar la compasión y la persistencia de los amigos del paralítico para el beneficio de algún conocido tuyo?
2. Con frecuencia perseguimos las sombras y no la verdad. ¿A dónde te ha llevado esta tendencia? Por el contrario, ¿a dónde te ha dirigido perseguir la verdad?

CRUZAR PUENTES

Pablo se puso en medio del Areópago y tomó la palabra:
—¡Ciudadanos atenienses! Observo que ustedes son sumamente religiosos en todo lo que hacen [. . .]. Como algunos de sus propios poetas griegos han dicho: “De él somos descendientes”. Por tanto, siendo descendientes de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea como el oro, la plata o la piedra: escultura hecha como resultado del ingenio y de la destreza del ser humano.

HCH 17:22, 28-29

Las discrepancias entre cosmovisiones nos pueden separar de otras personas. No obstante, en mi labor de defender la fe cristiana, he aprendido que podemos discutir nuestras diferencias sin ceder del todo ni crear conflictos, siempre con gentileza y respeto.

Al haber crecido en Oriente y ahora vivir en Occidente, he constatado que la razón y la racionalización no son lo mismo. Las personas suelen creer que poseen *razones* a favor de su creencia. Sin embargo, esa palabra tiene significados distintos para cada persona. Para un profesor de filosofía, *razón* puede ser un argumento sensato. Para un profesor de colegio en India, *razón* puede significar el respeto de la cultura por las propias creencias ancestrales. Es crucial comprender que detrás de cada creencia hay un individuo y detrás de toda pregunta existe un interrogador. La creencia forma parte de la cosmovisión, pero la

cosmovisión no siempre ha sido evaluada mediante la razón.

Entonces reitero lo que considero una cosmovisión coherente. Todos tenemos una visión del universo, seamos religiosos o no. Una cosmovisión básicamente ofrece respuestas a las cuatro preguntas esenciales: el origen, el sentido, la moralidad y el destino. Todos, como seres humanos, compartimos estos cuestionamientos. Una cosmovisión debe responder las preguntas individuales con base en la realidad. Además, el conjunto de todas las respuestas debe ser congruente.

Al considerar al apóstol Pablo, quien estaba en contacto con tres culturas (judía, griega, romana), logro percibir su manera de abordar esa audiencia múltiple. Examinar sus conjeturas y su método es en extremo educativo. Su interacción con los atenienses en Hechos 17 ofrece un modelo. Al inicio, escuchamos que a Pablo «... le dolió en el alma ver que la ciudad estaba llena de ídolos» (v. 16). Esta ansiedad santa es un prerrequisito para entablar una comunicación efectiva y cruzar los puentes que nos separan.

El primer principio que podemos observar es: *jamás te desharás de ninguna carga si primero no sientes la presión en tu alma*. Su angustia llevó a Pablo a observar, escuchar, conversar, razonar, discutir y persuadir a muchos por el poder del Espíritu Santo. Escuchar es parte crucial de responder. Si escuchamos a los demás con atención y sinceridad, ellos harán lo mismo con nosotros. Esto aplica con mayor peso en nuestro tiempo, pues el contexto se ha vuelto más sensible.

El segundo principio que podemos observar, y que Pablo también asume, es: *las masas pueden concebir y promover una religión rigurosa desde la ignorancia*. Pablo afirmó que la búsqueda de los atenienses por lo divino era un aspecto positivo, pero sus métodos de adoración no eran lo suficientemente adecuados si sus verdades no habían sido evaluadas. Él apreció que ellos buscaran a Dios. Esa introducción positiva es encomiable. No es conveniente ridiculizar todo lo que otras personas estiman antes de compartirles el mensaje de Cristo. Mi madre solía

decir: «No tiene sentido cortar la nariz de una persona y luego ofrecerle una rosa para oler». Las culturas tienen conexiones profundas con el pasado; debemos abordarlas con respeto, pero es crucial siempre avanzar hacia la verdad. Presenta la discrepancia entre lo que creen y lo que es verdad con gentileza.

De manera amable, Pablo resaltó la falta de conocimiento de su audiencia sobre sus propias creencias. Una de las enseñanzas más sorprendentes que uno aprende en los países donde la cultura y la religión están entrelazadas es que vivir todo el tiempo en el núcleo de una cosmovisión es, de algún modo, la forma más segura de estar desconectados de esa perspectiva. Un proverbio chino afirma: «Si quieres comprender qué es el agua, no le preguntes a un pez».

La mayoría de los hindúes conocen poco sobre los textos hinduistas o el desarrollo de su credo. Los budistas no saben demasiado sobre el budismo. La mayoría de las personas consideran la religión más como parte de la cultura que como un sistema de verdad propiamente estructurado. Incluso el islam no está exento de esta ignorancia. Me atrevo a afirmar que la mayoría de los cristianos conocen poco sobre las enseñanzas y la historia de su propia fe.

Pablo estaba frente a personas que buscaban a Dios, pero su conocimiento de la verdad era escaso. ¿Cómo enfrentó el apóstol aquel reto? Sin duda al hacer alusión a uno de sus poetas logró establecer un lazo y construir un puente legítimo hacia ellos.

Debemos lidiar con las personas de modo que estén receptivos desde sus propias conjeturas, para entonces acompañarlos desde aquello que conocen y creen hacia lo que no conocen y no creen. Después, esta conclusión será inevitable: *puede que mi creencia actual sea buena, pero no lo suficiente*. Siempre debe existir un elemento de persuasión. Esto depende de que las personas estén familiarizadas con alguna autoridad y de su capacidad de identificarse con ella.

El tercer principio que podemos observar es: *el cristianismo no es una religión o una perspectiva; en*

realidad es Dios revelado por medio de Cristo. Su base y su método son una relación. Pablo procuró con fervor explicar este hecho. Las personas se habían reunido para escuchar lo que diría aquel «charlatán» (v. 18), pero su mensaje, como también debe hacerlo el nuestro, se basaba en el carácter y la obra de Jesucristo. La pregunta principal no es «¿cuál es la respuesta?», sino «¿quién responderá?». Todo corazón anhela un Salvador, un Campeón, un Redentor. Fue sobre tal Redentor que Pablo predicó.

Pablo llevó el evangelio a Atenas, aunque esto implicaba un gran peligro. Su sensibilidad, su conocimiento, su capacidad de encontrar puntos en común y su forma de expresar las respuestas únicas de Jesús edificaron la estructura de su mensaje. No es extraño que Pablo haya cambiado la historia al cruzar puentes hacia el mundo con gran efectividad. Es tanto literal como figuradamente cierto que el apóstol utilizó el idioma griego y el camino romano. Nosotros no podemos quedarnos atrás.

Cambiar el corazón de una persona es, esencialmente, el trabajo de Dios. Durante el desarrollo de nuestra misión, debemos descansar en esta certeza.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuáles fueron los tres principios que utilizó el apóstol Pablo en Atenas para cruzar el puente hacia ellos e iniciar un diálogo sobre el evangelio?
2. Lee Hechos 17:22-34. ¿Por qué razón la estrategia de Pablo de recurrir a la verdad de que somos descendencia de Dios es tan efectiva?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿De qué manera afectará la manera en que oras e interactúas con los demás la idea de que «jamás te

desharás de ninguna carga si primero no sientes la presión en tu alma»?

2. Muchos cristianos conocen poco sobre las enseñanzas y la historia de su propia fe. Considera la posibilidad de leer una de las epístolas de Pablo, o incluso leer Hechos por completo, para profundizar en la Palabra de Dios.

12

UNA BODA REAL COMO LA MÍA

¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! [. . .] En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros. Así también nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos.

1 JN 3:1, 16

Bueno, ya tenemos otra princesa en el mundo. Millones de personas observaron la boda real de Harry y Meghan. Desafortunadamente, yo estaba viajando y no pude ver el evento en vivo. No obstante, mientras me encontraba en el aeropuerto de Bangkok de camino a Singapur, pude ver los momentos destacados. No había nada que pudiera hacer al respecto; todas las pantallas proyectaban la boda.

Mientras observaba, me impresionó reconocer cuán similar era a mi boda en mayo, cuarenta y seis años atrás.

Harry desposó a Meghan, cuyo nombre abreviado es Meg. El nombre completo de mi esposa es Margaret; su nombre abreviado es Meg o Margie. Ellos se casaron en el Castillo de Windsor. Yo me casé a 240 millas (386 kilómetros) de Windsor, Ontario (mismo nombre, la misma ciudad referenciada). Meghan es ahora una princesa. Mi esposa, Margie, estudió en Toronto, en la avenida Princess. Meghan es de una hermosa raza mixta. Mi Margie es una hermosa mezcla entre irlandeses y escoceses. Además,

nosotros hemos agregado a esa fusión magnífica tres hermosos hijos.

Harry es un príncipe y es el segundo hijo de Carlos. Yo soy el segundo hijo de mi padre y mi segundo nombre, Kumar, significa *Príncipe*. A Harry lo felicitó su abuelo, el duque de Edimburgo. Cuando el duque visitó India hace seis décadas, él le dio la mano a mi hermano menor y lo felicitó por ser el miembro más joven del coro. Mi hermano menor me dio la mano poco después. Ahora que lo pienso, puede que el duque no le haya dado la mano a mi hermano, pero sin duda lo saludó. Entonces mi hermano me saludó a mí (da igual).

Un ministro, cuyo apellido era Curry, le dedicó un mensaje intenso a la pareja real. En cuanto a nosotros, luego de nuestro ensayo de boda cenamos curry, lo cual fue igual de intenso. Nuestra recepción se llevó a cabo en Howard Johnson. Conociendo a los ingleses, puedo asegurar que alguno de los cocineros de la boda real se llamaba Howard o Johnson.

Ellos dejaron la boda en un carruaje de caballos que prestó el padre de Harry. Nosotros dejamos la boda en nuestro Plymouth Duster de 1972, por cortesía de mis padres. Es curioso que el nombre del caballo de guerra del general de estandartes Tylee Khirgan es Duster. Claro que, así como en esta historia, nosotros podríamos haber dejado la boda en una limusina.

Tristemente, sí hubo diferencias. Las semanas previas a nuestra boda hubo una huelga de basura en Toronto. El único sitio donde no había suciedad apilada era cerca del aeropuerto. Por eso todas nuestras fotos de boda tienen el aeropuerto de fondo. Ciertamente fue algo profético sobre nuestro futuro. No obstante, obviando estas diferencias, estoy seguro de que puedes ver las similitudes entre nuestras bodas, ¿o no?

Fuera de bromas, no te dejes engañar por el revoloteo del corazón. El amor es un compromiso que implica retos en las áreas más vulnerables de la espiritualidad. Además, te obligará a tomar decisiones difíciles. Es un pacto que te fuerza a lidiar con tu lujuria, tu avaricia, tu orgullo, tu poder, tu deseo de controlar, tu temperamento, tu paciencia y

todas las áreas de tentación que la Biblia describe. El amor demanda el mismo nivel de compromiso que Jesús manifiesta por nosotros: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5:8).

De hecho, todas las bodas, concebidas correctamente y con respeto, son como salidas de un cuento de hadas. Dos personas nacidas a un mundo de distancia se conocen y sus corazones se unen para formar una sola vida. Bajo la autoridad de Dios y en la gracia de Cristo todos somos hijos de la realeza y debemos celebrar esta posición. Vivir así de bendecidos y como siervos del Rey de reyes es nuestro gozo. El matrimonio y el hogar son regalos preciados de Dios. Por lo tanto, debemos estimarlos del mismo modo que él.

No fue por accidente que el primer milagro de nuestro Señor fue en una boda. Más allá de la celebración y la comida yace el milagro de dos vidas que se someten la una a la otra para formar una unidad. Un corazón que se rinde ante Cristo es un milagro. Dos corazones que se unen ante Cristo es un milagro doble. Puede ser que nuestras casas no sean palacios, pero cada hogar es un palacio si el Rey de reyes vive en los corazones de aquellos que se aman como Dios lo ha previsto.

El padre de la nueva princesa musitó palabras conmovedoras desde lejos: «Mi bebé luce hermosa». Ella siempre será «su bebé» para él. Cuanto más nuestro Abba Padre irradia su amor al ver a dos de sus hijos honrarse entre ellos, así como lo honran a él. El Señor seguramente susurra: «Mis niños». Ellos serán sus hijos para siempre.

La boda real y la nuestra en realidad no fueron similares en esplendor y estatus, pero sí lo fueron en el aspecto más importante: el amor que triunfa y encuentra su destino. La pareja real se veía encantadora y feliz. Espero que esa belleza y gozo les dure toda la vida.

Además, espero que tú puedas conocer el amor profundo que solo Dios, el Rey de reyes, te ofrece en este instante. Bajo el estandarte de amor de Dios y gracias al gran sacrificio de Cristo podemos vivir como hijos de la

realidad y ser amados sin medida. ¡Ese es un amor digno de celebración!

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué es el verdadero amor según 1 Juan 3?
2. ¿Qué expresa Romanos 5:8 sobre la condición humana y la respuesta que nos ofrece Cristo?

APLICACIÓN PERSONAL

1. «El amor es un compromiso que implica retos en las áreas más vulnerables. . .». Eleva una oración con las promesas de la Escritura y ruégale a Dios que obre en tus áreas de mayor necesidad.
2. ¿De qué manera te inspira saber que, por medio de Cristo, eres un hijo o una hija del Rey de reyes?

CADA HEBRA IMPORTA

Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios. Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.

RO 8:26-28

Yo tuve dificultades en Delhi cuando era adolescente. Si has leído mi historia en *De oriente a occidente* (Vida, 2006), sabes que el peso del fracaso marcaba mi vida. Mi padre me miró y me dijo: «Serás una vergüenza para nuestra familia. . . fracaso tras fracaso». De hecho, él tenía razón si consideramos mi rumbo de aquel entonces. Yo quería escapar de todas mis responsabilidades y me faltaba disciplina.

En aquellos años, India estaba en guerra y la Academia Nacional de Defensa estaba reclutando pilotos de propósitos múltiples para ser entrenados. Yo apliqué y fui a la entrevista. Esto implicaba un viaje en tren de una noche desde Delhi. Estábamos en invierno y durante cinco días nos congelamos a la intemperie para realizar pruebas de resistencia física y algunas otras evaluaciones. Éramos 300 candidatos, pero solo elegirían a diez. El último día del

proceso, publicaron la lista de nombres aceptados en un tablero de anuncios. . . yo quedé en la tercera posición.

Entonces llamé a mi familia por teléfono: «No van a creer esto. Me aceptaron. Quedé en tercer lugar. Solo falta la entrevista. La prueba psicológica es mañana, y luego regreso a casa».

La mañana siguiente, tuve la entrevista con el oficial al mando, que se me pareció a Churchill sentado en el escritorio. Me hizo una serie de preguntas y luego me dijo:

—Muchacho, temo que voy a romper tu corazón. Quedas denegado. No has pasado la prueba.

—¿Puedo saber la razón, señor? —le respondí.

El oficial al mando me contestó: —Sí. En lo psicológico, no estás hecho para matar. Este trabajo se trata de matar.

Sentí ganas de demostrarle lo contrario. No obstante, recapacité, tanto por razones morales como porque el oficial era bastante grande. Regresé a mi habitación y no hablé con nadie. Luego empaqué mis maletas, me subí al tren y llegué a Delhi. Mis padres y mis amigos me recibieron con guirnaldas y dulces en sus manos para felicitarme. Nadie conocía los hechos. Entonces pensé: ¿Cómo puedo manejar la situación? ¿Cuál es el primer paso? Ellos celebraban, pero todo había terminado para mí.

Al menos eso creía.

Más adelante comprendí que Dios es el Gran Tejedor de nuestra vida. Cada hebra importa y tiene un propósito. Si me hubieran elegido, me habría visto comprometido con las Fuerzas Armadas Indias durante veinte años. El año siguiente, mi padre tuvo la oportunidad de mudarse a Canadá. Mi hermano y yo nos mudamos primero y después fue el turno del resto de la familia. Allí asistí a la escuela de negocios y Dios redirigió mi camino hacia la teología. Fue allí donde conocí a mi esposa Margie y mi vida cambió rotundamente. El resto es historia. Si me hubieran aceptado en las Fuerzas Aéreas Indias, quién sabe qué hebra yo hubiera descosido para destruir el tejido de mi vida.

Somos afortunados de que Dios se interese por nuestras decepciones. Él suele tornar nuestros momentos más amargos en experiencias de gran importancia en nuestra vida. Sin embargo, es difícil comprender esta

verdad mientras sufrimos. Ninguno de nosotros dice: «No puedo esperar a ver cómo encaja esta hebra en el tejido de mi vida». Por el contrario, solemos decir: «Este no es el diseño que quiero».

Un día, el Pastor de nuestras almas va a completar su obra en nosotros y podremos deleitarnos en la obra maravillosa de Dios. Nuestro Padre sostiene las hebras del diseño y estoy agradecido de que él sea el Gran Tejedor.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Según Romanos 8, ¿cuál es el papel del Espíritu Santo en la vida del cristiano?
2. ¿Qué significa que Dios sea el Gran Tejedor de nuestras vidas? ¿Estás de acuerdo con esta afirmación?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Las decepciones de la vida te han acercado o alejado a Dios? ¿Dónde percibes la mano de Dios en tu vida actual?
2. Dios afirma que: «. . . en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos» e intercede por nosotros. Invita al Espíritu Santo a que sea tu Consejero, Consolador y Defensor y a que interceda por ti y por tus inquietudes.

14

EL CORAZÓN DE DIOS

Con todo, los israelitas serán tan numerosos como la arena del mar, que no se puede medir ni contar. Y en el mismo lugar donde se les llamó: «Pueblo ajeno», se les llamará: «Hijos del Dios viviente».

OS 1:10

En mi opinión, uno de los poemas más profundos jamás escritos fue obra del autor inglés Francis Thompson. Él era un genio, pero su adicción a las drogas hizo que se diera a la fuga por muchos años. Hacia el final de sus años, Thompson escribió la obra maestra que tituló «El lebril del cielo». El poema describe a Dios como un sabueso persistente que, en una persecución de amor, rastrea a una persona que procura escapar de él. Thompson escribe:

Le huía noche y día
a través de los arcos de los años,
y le huía a porfía
por entre los tortuosos aledaños
de mi alma, y me cubría
con la niebla del llanto
o con la carcajada, como un manto.
He escalado esperanzas,
me he hundido en el abismo deleznable,
para huir de los Pasos que me alcanzan.¹

Al final del poema, Thompson ilustra el grito persistente de Dios dirigido a quien huye de su presencia, aquel que

Dios persigue hasta el final:

«Oh loco, ciego, enfermo que te abrasas,
pues buscas el amor, a mí me buscas,
y lo rechazas cuando me rechazas».²

Con la sabiduría de uno que ha sido perseguido, Thompson percibe el anhelo de Dios y la contradicción de la humanidad. Huimos, temerosos de que, si recibimos a Dios, entonces no podremos tener nada más. Pero Dios objeta: «Eras un enfermo, un ciego y un miserable cuando me rechazabas, pues, en realidad, rechazabas el amor. Yo soy a quien buscas».

Podemos encontrar un relato similar en el Libro de Oseas. La vida y el ministerio del profeta Oseas es una muestra fascinante y enigmática del amor de Dios y la tendencia humana a rechazar y huir de ese afecto. El profeta fue llamado por Dios para desposar a Gómer, una prostituta quien, a pesar de que Oseas le había brindado un hogar de amor, continuamente regresaba a la prostitución. Casi se pueden escuchar los susurros de las personas a quienes Oseas les predicaba. Entonces, alguien tuvo el valor de preguntarle: «Oseas, dínos por qué sigues amando a esta mujer, que te ha traicionado y ha despreciado su pacto contigo en repetidas ocasiones. ¿Cómo es que un hombre de Dios como tú se ha desposado con una mujer como esa?».

Oseas le contestó esencialmente esto: «Responderé tu pregunta con gusto si primero respondes la mía. ¿Cómo es posible que un Dios santo como el nuestro pueda amar a un pueblo tan traicionero como nosotros?».

El Libro de Oseas nos revela una y otra vez un aspecto crucial sobre la naturaleza de nuestra relación con Dios: Él nos ofrece un amor que no merecemos. No hemos hecho méritos suficientes.

Además, no solo no merecemos el amor de Dios, sino que este también crece y se fundamenta en nuestra relación con él. Es extraordinario que Dios incluso expresa un voto matrimonial para establecer su amor y fidelidad: «Yo te haré mi esposa para siempre, y te daré como dote el

derecho y la justicia, el amor y la compasión. Te daré como dote mi fidelidad, y entonces conocerás al Señor» (Os 2:19-20). Al caminar con Dios aumenta nuestra conciencia del gran regalo que es su amor.

Por medio del profeta Oseas, Dios se dirigió de manera descriptiva a una nación que escapaba de su presencia: «No les permiten sus malas obras volverse a su Dios; su tendencia a prostituirse les impide conocer al Señor» (Os 5:4). Sin embargo, Dios va detrás de ellos, los atrae hacia él, paga el precio por ellos, los limpia y se los lleva a casa. El Señor afirma: «. . . a “Pueblo ajeno” lo llamaré: “Pueblo mío”; y él me dirá: “Mi Dios”» (Os 2:23).

El mensaje que Dios expresó mediante Oseas traerá una gran esperanza a nuestro corazón si lo examinamos con cuidado.

En efecto, Dios nos demuestra su amor de manera pura en Cristo. Él nos enseña qué significa ser humano, elimina la corrupción del pecado y ofrece nueva vida, esperanza y sentido. Dios anhela que la humanidad florezca. Acerquémonos a la cruz, así como somos: niños en busca de amor, pecadores que solicitan misericordia, almas cansadas de huir noche y día y listas para seguir a Aquel que nos instituye.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Lee el Libro de Oseas por completo, o también puedes limitarte a los [capítulos 11 y 14](#): ¿Qué ejemplos puedes percibir del amor incondicional de Dios?
2. ¿De qué manera el amor de Oseas por su esposa adúltera augura el amor de Cristo por nosotros como pecadores?

APLICACIÓN PERSONAL

1. «El mensaje que Dios expresó mediante Oseas traerá una gran esperanza a nuestro corazón si lo examinamos con cuidado». ¿Qué detalle específico de esta historia te ofrece esperanza?
2. Por medio de Jesús, Dios «elimina la corrupción del pecado y ofrece nueva vida, esperanza y sentido». ¿En qué área de tu vida Cristo ha hecho la mayor diferencia? ¿Qué otros aspectos él debe transformar en ti?

15

¿QUÉ PASÓ CON TUS MANOS?

Una semana más tarde estaban los discípulos de nuevo en la casa, y Tomás estaba con ellos.

Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró y, poniéndose en medio de ellos, los saludó.

—¡La paz sea con ustedes!

Luego le dijo a Tomás:

—Pon tu dedo aquí y mira mis manos. Acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino hombre de fe.

—¡Señor mío y Dios mío! —exclamó Tomás.

JN 20:26-28

En varias ocasiones, he mencionado la respuesta del anfitrión de programas de entrevistas Larry King a una pregunta en particular: «Si pudieras elegir a una persona de cualquier época de la historia para entrevistarla, ¿a quién elegirías?». King respondió que le gustaría entrevistar a Jesucristo. Después, su interlocutor le preguntó: «¿Y qué le preguntarías?». Larry King respondió que le preguntaría a Jesús si en realidad nació de una virgen, pues la respuesta redefiniría la historia para él.

Es imposible vivir sin hacer preguntas. ¿Y qué fuente puede superar a Aquel que afirmó ser el camino, la verdad y la vida? Si pudiéramos estar cara a cara con él, la fuente de vida, experimentaríamos momentos asombrosos cuando las preguntas más complejas y dolorosas de la vida surgen. Aunque no sabían que caminaban con el Cristo resucitado,

los dos hombres de camino a Emaús afirmaron que sus corazones ardían dentro de ellos cuando él conversaba sobre el pasado, el presente y el futuro. Para cuando ellos se percataron de que aquel hombre era Jesús, una luz brillante para todas las épocas había surgido.

De modo similar, es posible que, cuando llegue el momento de sentarnos a la mesa con el Señor de la historia, la respuesta para el escéptico y el cristiano por igual será tan evidente que no hará falta expresarla. Pensé esta reflexión cuando vi una pregunta escrita en una pintura colgada en la oficina de un pastor en Puerto Rico. Antes de ingresar al santuario, logré verla justo frente a su escritorio. La pintura representaba a una niña pequeña que sostenía la mano de Jesús mientras él la miraba con cariño. Ella le preguntaba: ¿Qué pasó con tus manos?

Sospecho que esta pregunta contiene la respuesta a la duda del escéptico, la duplicidad del creyente y la desesperación del que sufre.

Además, incrementa la profundidad de la pregunta de Larry King. Es posible que el nacimiento virginal de Jesús solo convenza al escéptico de que el naturalismo no puede explicar la existencia del universo y que Dios ha intervenido de manera sobrenatural en la historia. En un contexto sobrenatural, esto es posible. No obstante, la pregunta: «¿Qué pasó con tus manos?» revela lo que se requiere para rescatarme de vivir con un intelecto egoísta o de moralizar con jactancia. Nos ofrece una respuesta visual a los extremos a los que tuvo que llegar Jesús para alcanzar nuestro dolor; nos ubica en una situación en que ya no vivimos nosotros, mas Cristo vive en nosotros; entierra el ego que persigue sus propios intereses y da a luz a la persona completa que Dios ha establecido.

Es decir, en la cruz experimento la pérdida definitiva para obtener el mayor galardón. Cuando el escéptico y el creyente ven aquellas marcas que suscitan la pregunta: «¿Qué pasó con tus manos?», entonces cesan los cuestionamientos de la vida y las respuestas brotan de las profundidades del alma.

Tanto para anfitriones de programas de entrevistas como para todos nosotros, que lidiamos con las preguntas

de la vida, la respuesta es la misma. Con el paso de los años, he llegado a la conclusión de que no es evidencia lo que nos falta, ni tampoco el conocimiento del discipulado. La mayoría de nosotros carece de la valentía y la paz necesarias para acercarnos a la cruz, morir y provocar que el mundo pregunte: «¿Qué pasó con tus manos?». Es ahí donde convergen el propósito de la historia y el de la vida. Siempre tendremos interrogantes, pero, en mi opinión, ambas ideas nos recuerdan hacia dónde nos deben guiar las respuestas al final.

Tomando en cuenta lo anterior, Calvin Miller afirmó:

El sermón y el Espíritu trabajan juntos para dar liberación. En ocasiones, desvelan respuestas directas a las necesidades humanas. No obstante, sus revelaciones suelen ser indirectas. La mayoría de los problemas no se resuelven escuchando sermones, pues, sin importar cuán genuinos sean, ellos no pueden solucionar estos problemas imposibles. Entonces, si el sermón no resuelve problemas, ¿dónde podemos acudir para encontrar soluciones? Conjuntamente con el Espíritu, el sermón existe para indicar que no necesitamos respuestas para vivir. Lo esencial es notar la presencia de Dios en momentos de duda. . . Nuestra necesidad de respuestas específicas queda disuelta ante la soberanía de Cristo sobre todas las interrogantes: las que tienen respuestas y también las que no.¹

La única modificación que yo haría a la afirmación de Miller es cambiar la última línea a: «. . . las que tienen respuestas meramente intelectuales y las que trascienden el intelecto». O, mejor aún: «. . . las que Belén revela y aquellas que solo el Calvario puede responder».

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué razón las manos heridas de Jesús definen nuestra vida?
2. Según el autor Calvin Miller, ¿qué es lo esencial para vivir? ¿Estás de acuerdo con él?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Si pudieras entrevistar a Jesucristo, ¿qué le preguntarías?
2. Al luchar con las interrogantes de la vida o al cooperar con alguien más en este proceso, ¿te parece que nos falta evidencia o la valentía de arribar a donde nos lleva la respuesta? ¿Cómo podrías profundizar más y permitir que Dios te guíe?

16

JUZGAR A LOS JUECES

Pero el SEÑOR reina por siempre; para emitir juicio ha establecido su trono. Juzgará al mundo con justicia; gobernará a los pueblos con equidad. El SEÑOR es refugio de los oprimidos; es su baluarte en momentos de angustia. En ti confían los que conocen tu nombre, porque tú, SEÑOR, jamás abandonas a los que te buscan.

SAL 9:7-10

Durante los Juegos Olímpicos de Invierno de 2002, una publicación de renombre incluyó el titular: «Las olimpiadas lloronas». El artículo hacía referencia a las quejas realizadas por múltiples competidores que argüían haber sido privados de sus legítimas posiciones por causa de un juez corrupto. En toda competencia existe la posibilidad de que algún árbitro deshonesto le impida ganar a uno de los competidores. Quien haya competido alguna vez de seguro conoce la sensación de sospecha cuando se otorgan las medallas con base en un criterio inexacto de medida. Ser un juez es un trabajo peligroso, pero también lo es juzgar a los jueces.

Lo cierto es que juzgar es una parte integral de la mayoría de los deportes. En béisbol es la bola y el strike. Aquí aplica el viejo dicho del árbitro que afirmó: «Están la bola y el strike, pero no son nada hasta que yo lo digo». El críquet no es muy distinto, aunque es un deporte demasiado complicado como para explicarlo en pocas

palabras. Todo el que se dispone a batear sabe que puede ser víctima de una mala decisión. La reticencia a dejar la caja de bateo o la base home indica que el bateador no está contento con el arbitraje. Cuando yo miraba el hockey en Toronto, a veces el público local no estaba de acuerdo con la decisión anunciada y el organista tocaba la canción «Tres ratones ciegos», en referencia al árbitro y a sus dos jueces de línea cuestionables.

Sin importar cuán legítimas sean las quejas, lo extraño es que los ganadores no suelen ir donde los jueces y confesar: «Disculpe, creo que no merezco ganar». Es poco frecuente que los ganadores cuestionen la validez del fallo del juez. Por otro lado, los perdedores lo hacen con frecuencia.

Estas quejas prueban dos cosas. Uno: siempre esperamos que un juez sea objetivo y justo. Dos: se nos presenta un dilema grave: ¿cómo puede un juez tomar una decisión si no existen criterios absolutos sobre los cuales basarse? Son dos situaciones bastante diferentes medir cuán lejos se ha lanzado un objeto y determinar cuál ha sido la presentación más hermosa de patinaje artístico. Este último requiere una medida estética, que puede ser inexacta y subjetiva.

En realidad, estas dos realidades morales están albergadas dentro de todos nosotros. Declaramos la necesidad de ser justos e imparciales, pero de algún modo creemos que incluso en cuestiones de belleza existen veredictos que revelan prejuicios. Esto nos indica que en la vida deben existir los absolutos. Incluso lo estético requiere puntos de referencia.

Es interesante que Dios en su Palabra nos pide que lo adoremos: «. . . en la hermosura de la santidad. . .» (Sal 96:9, RVR1995). Incluso la belleza contiene un elemento de juicio. Esto revela que nacemos como agentes morales y que cuando esa voluntad moral se infringe (objetiva o subjetivamente) en nuestro interior condenamos la infamia.

Un juicio es ilícito si el juez es deshonesto. Después de todo, de ahí proviene el supuesto peso de la pregunta: «¿Por qué Dios haría algo como eso?». Los autores de la Biblia se expresaban con ese mismo deseo de justicia. Es

como si dijeran: «Permíteme enunciar mis razones». Job cuestionó a Dios tanto como cualquier otro; no obstante, se lo consideró una de las personas más rectas que haya vivido.

La Biblia afirma con claridad que Dios es un Juez justo. Uno de los pasajes más reveladores está en Génesis, cuando Dios juzga las ciudades Sodoma y Gomorra. Abraham estaba afligido y le preguntó a Dios si eliminaría a justos e injustos por igual. Dios le aseguró que él podía ver todas las cosas. Abraham le respondió: «Tú, que eres el Juez de toda la tierra, ¿no harás justicia?» (Gn 18:25). Este es el consuelo que todos necesitamos y la seguridad moral que todos podemos obtener. Dios lo ve y lo conoce todo. Sus juicios son perfectos. Esta es una verdad que debemos tener en cuenta al acercarnos a él. Es conveniente recordar que la razón por sí sola no es suficiente en este contexto.

Mi suegro me contó que tenía un hermano mayor brillante en los trabajos que le asignaba a otros. Si bajaba algún juguete pesado de la segunda planta, al terminar de jugar, indicaba: «Yo lo bajé, ahora te toca a ti subirlo». Esto funcionó hasta que el hermano menor bajó el juguete. Entonces el mayor afirmaba: «Tú lo bajaste, así que te corresponde subirlo». Sin importar los hechos, siempre era el hermano menor el que debía subir los juguetes. La razón es como arenas movedizas cuando se la aplicamos a otras personas. En contextos de mayor seriedad, se desvanece el buen humor y emerge el dolor.

Es posible que tú y yo no hayamos perdido una medalla olímpica por la corrupción, pero sin duda sabemos que, cuando se toman las decisiones que definen nuestro futuro, el Juez supremo hará lo correcto. Podemos descansar al saber que nuestro Señor es justo y lleno de gracia. Él conoce los absolutos y no cometerá errores. Esta verdad es tan reconfortante como abrumadora. Debemos ser responsables y no hay por qué vivir en miedo o aflicción, pues tenemos un Defensor frente al Padre.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué nos revela Salmos 9 sobre Dios en su labor de Juez?
2. ¿Por qué debe existir un criterio absoluto para juzgar con rectitud? ¿Cómo se relaciona este estándar con la existencia de Dios?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Reflexiona sobre una ocasión en que experimentaste un juicio ilícito en un juego sencillo o en un contexto grave. ¿Qué emociones sentiste? Si todavía quedan restos de ira o desconfianza, ruégale a Dios por justicia, paz y sanidad.
2. ¿Alguna vez has juzgado incorrectamente a alguien? ¿Cómo podrías reconciliarte y pedir perdón?

JUSTICIA Y VIRTUD

Ahora bien, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque «el justo vivirá por la fe». La ley no se basa en la fe; por el contrario, «quien practique estas cosas vivirá por ellas». Cristo nos rescató de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros, pues está escrito: «Maldito todo el que es colgado de un madero». Así sucedió, para que, por medio de Cristo Jesús, la bendición prometida a Abraham llegara a las naciones, y para que por la fe recibiéramos el Espíritu según la promesa.

GÁ 3:11-14

En el [capítulo anterior](#) mencioné que, cuando se da un fallo injusto y un atleta queda privado de su victoria, los hinchas de ese deporte pueden simpatizar con su pérdida. Me gustaría profundizar más y llegar al núcleo de toda realidad. Tras el esfuerzo y el dolor que requiere prepararse para competir, es sin duda atroz ver cómo la infamia le roba el premio al ganador legítimo.

Si bien esta pérdida no tiene mayores consecuencias en una competición atlética, sí nos ilustra la importancia de ser justos. Esta es una de las verdades más importantes de toda sociedad civilizada. George Washington afirmó: «La adecuada administración de la justicia es el pilar principal de un buen gobierno».¹ Mucho antes, Aristóteles había sido más radical cuando dijo: «En este sentido, entonces, la justicia no forma parte de la virtud, sino que es la virtud

misma; y la injusticia no forma parte del vicio, sino que es el vicio mismo».²

No es necesario que concordemos por completo con lo dicho para notar su relevancia. ¿La justicia es la virtud misma? ¿Ser justos es la cúspide y la sustancia de la buena moral? Bueno, veamos. Supongamos que tú afirmas amar a una persona, pero eres injusto con ella. ¿Cómo respondería esa persona si le dijeras: «Pero en realidad te amo»? O pensemos que le dices a una persona que siempre dirás la verdad, pero, en ocasiones, eres injusto al lidiar con los hechos. Me explico, ¿no? La justicia es un elemento intrínseco de la virtud. Uno puede juzgar sin amar, pero no se puede amar sin justicia. Esta es una verdad dura de asimilar.

Dios es puro y justo por naturaleza. Su justicia cumple con los requerimientos de la ley a seguir si tú y yo hemos de ser recipientes de su misericordia.

El Viernes Santo es una fecha especial para los cristianos. Ese día, pero dos mil años atrás, un Dios puro y justo pagó el precio de nuestra separación de él y abrió el camino para que pudiéramos ser perdonados y vivir en una relación de amor con él.

Existe un versículo bíblico que aparece tres veces en la Escritura: en Hebreos, dirigido a la iglesia hebrea; en Gálatas, dirigido a la iglesia en Asia Menor; y en Romanos, dirigido a la iglesia europea. Se trata de una frase de Dios para el profeta del Antiguo Testamento Habacuc: «. . . el justo por su fe vivirá» (Hab 2:4, RVR1960). Este versículo surge cuando Habacuc le pregunta a Dios por qué permite la violencia descontrolada y tolera la maldad y la contienda. Habacuc luchaba con este cuestionamiento y fue en ese contexto donde Dios le respondió: «. . . la visión tardará aún por un tiempo. . .» (Hab 2:3, RVR1960).

Este pasaje espléndido revela que, a pesar de todo, la justicia no se puede impedir. Henry Wadsworth Longfellow afirmó: «El molino de Dios muele con lentitud, pero todo lo pulveriza».³ La Biblia declara: «El que es reacio a las reprensiones será destruido de repente y sin remedio» (Pr 29:1). Este versículo nos recuerda que la paciencia de Dios

tiene límites, pues se debe hacer justicia en algún momento.

Por esto la cruz es el núcleo del evangelio. Sin duda es la intersección del amor y la justicia, el juicio y la gracia, la precisión y la misericordia. La ley demanda perfección, pero la ley por sí sola no puede transformar el corazón humano. Esto significa que la perfección no nos salva; nuestra fe en el Perfecto lo hace. Su justicia se aplica con amor; y estos dos elementos no se contradicen.

Nuestro Salvador nos trajo justicia y amor. Así como hemos recibido estos regalos gemelos, también debemos ofrecérselos al prójimo. Es curioso que incluso un versículo tan popular como Juan 3:16 lleve implícita una realidad legal. Fue una iniciativa hermosa la del Señor al tomar la fuerza de la ley y revestirla del toque del Salvador. Es la grandeza en su máxima expresión.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Uno puede juzgar sin amar, pero no se puede amar sin justicia. Da tu opinión al respecto.
2. ¿Por qué la cruz es el núcleo del evangelio?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuáles son los «regalos gemelos» que Cristo nos ofrece? ¿Cómo puedes ofrecérselos a tu prójimo esta semana?
2. Dios te regala un «nuevo día» hoy, pues la Biblia promete que: «Cada mañana se renuevan sus bondades. . .» (Lm 3:23). Dedicar unos minutos a meditar en Lamentaciones 3:22-23. Agradécele a Dios su misericordia y su amor.

18

MÁS ALLÁ DE LA MORALIDAD

. . . y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que se aferre a su propia vida, la perderá, y el que renuncie a su propia vida por mi causa, la encontrará.

MT 10:38-39

Como seres humanos, tenemos la capacidad de sentir con implicaciones morales, de utilizar nuestra imaginación y de pensar en paradigmas. Todos emitimos juicios de acuerdo a cómo vemos o interpretamos el mundo. Aunque no concordemos del todo en cómo deberían ser las cosas, sin duda reconocemos que tiene que existir (y que de hecho existe) un *debería*. Por ejemplo, tenemos un estándar de comportamiento que debemos seguir para llevarnos bien; por eso tenemos leyes. En pocas palabras, nos asignamos una libertad con límites.

Sin embargo, es frecuente que evitemos estos límites. Lo hacemos porque nos sentimos obstruidos o porque tememos que nos impidan obtener lo que creemos querer. Aunque sabemos que la libertad no puede ser absoluta, rechazamos la idea de los límites, al menos cuando se trata de nuestra vida.

La Biblia nos advierte al respecto. Aquello que infringe límites, que puede destruir, nos atrae como las polillas a una fuente de luz y, aun así, jugamos con esos peligros. Pero al final de una vida, casi nunca escuchamos a una persona lamentarse por no haberse adentrado en terrenos

prohibidos. No he conocido a ningún cristiano con dominio propio que, cerca de la muerte, desee haber sido un ateo o vivir una vida indulgente. No obstante, sí he conocido muchas personas en la situación opuesta.

Por causa de esta inconsistencia experimentamos consecuencias inesperadas. Como ya he mencionado, no tengo dudas de que el mayor obstáculo para el impacto del evangelio no ha sido su incapacidad para dar respuestas, sino nuestra ineptitud para vivir en él. Esta ineptitud nuestra nos impide tener paz interior y arruina la luz que una vida consistente le ofrece a aquellos que nos observan.

Luego de dar una conferencia en una universidad estadounidense de prestigio, el organizador del evento me llevó al aeropuerto. Algo que me dijo causó una fuerte impresión en mí: «Anoche mi esposa trajo a nuestra vecina en el auto. Ella es médica y nunca había asistido a un evento similar. Durante el trayecto, mi esposa le preguntó su opinión sobre el programa». Se detuvo por un momento y luego continuó: «¿Sabes lo que le respondió a mi esposa».

Negué con mi cabeza renuientemente.

El organizador respondió: «Nuestra vecina le dijo: “Fue un evento poderoso y los argumentos fueron persuasivos. Me pregunto cómo es él en su vida privada”».

Las respuestas en la conferencia fueron satisfactorias en lo intelectual y lo existencial. No obstante, ella necesitaba saber si esas ideas habían hecho una diferencia en la vida de quien las proclamaba. Es decir, el mensaje se ve antes de oírse. Para los escépticos, las respuestas a las interrogantes no son suficientes. En realidad, ellos examinan la situación a profundidad para ver la transformación de quien responde.

En este punto debemos tener precaución. El cristianismo es, de manera concluyente y drástica, diferente de todas las demás religiones. En todas las religiones, excepto en el cristianismo, la moralidad es una medida de consecución. Ningún nivel de bondad nos puede justificar frente a un Dios soberano. El mensaje cristiano nos recuerda que nuestro verdadero padecimiento no se puede resolver con la moralidad. Nuestro problema fundamental

no es moral, sino espiritual. No solo somos inmorales, sino que además una vida de correcta moralidad por sí sola no puede abarcar el espacio que nos separa de Dios. Aquí yace la diferencia esencial entre las religiones moralizantes y la propuesta cristiana: Jesús no promete hacer buenos a los que son malos, sino darles vida a los que están muertos.

Un corazón transformado por la gracia de Dios revela el poder eficaz que nos eleva más allá de la mera moralidad. Esta es la riqueza de estar a cuentas con Dios. Su gracia compensa lo que nuestra voluntad no logra.

En esencia, el llamado de Jesús es una invitación generosa a confiar y vivir en la libertad y la riqueza de esa relación. Soy libre en la medida en que pueda rendirme ante Dios y confiar en que él me revelará el propósito que mi alma anhela. Esto es lo milagroso y lo poderoso de un corazón redimido. Si no puedo someterme y confiar en él, entonces no soy libre. Debemos conocer a quién le pertenecemos, aquel que nos llama a todos al mismo propósito. Solo al estar a cuentas con Dios puedo estar en paz conmigo mismo y con los demás; entonces podré ser en verdad libre.

Al rendirnos ante Cristo vencemos al pecado. Cuando muere nuestra antigua identidad, Cristo vive en nosotros. Cuando las personas ven este sacrificio, quedan atraídas al Salvador, pues logran ver lo que el evangelio obra en un corazón rendido. Ese testimonio está circunscrito en los límites que el Señor ha dispuesto para nosotros y nos eleva más allá de la moralidad, hacia la vida del alma que ha sido liberada.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuál es el mayor obstáculo para el evangelio?
¿Qué dificultades trae esto consigo?
2. ¿Por qué la moralidad por sí sola no puede resolver nuestro problema fundamental?

APLICACIÓN PERSONAL

1. El llamado de Jesús es una invitación generosa a confiar y vivir en la libertad de su amor. ¿Cómo puedes personificar esta verdad en tu vida?
2. ¿Qué aspecto de un corazón rendido atrae a las personas a Cristo? ¿Has experimentado esto?

¿A QUIÉN LE PERTENECE TU CORAZÓN?

Que nunca te abandonen el amor y la verdad: llévalos siempre alrededor de tu cuello y escríbelos en el libro de tu corazón. Contarás con el favor de Dios y tendrás buena fama entre la gente. Confía en el SEÑOR de todo corazón, y no en tu propia inteligencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él allanará tus sendas.

PR 3:3-6

En su excelente libro *Inteligencia emocional*, Daniel Goleman escribe sobre Gary y Mary Jean Chauncey, que lucharon contra el río turbulento al que cayó el tren Amtrak en que viajaban. Ambos lucharon con todas sus energías para salvar a su pequeña hija, Andrea, que tenía parálisis cerebral y estaba en una silla de ruedas. Al final, se las arreglaron para llevarla hasta el alcance de los rescatistas. Tristemente, ellos se ahogaron.

Muchos atribuyen estos actos de heroísmo a la evolución: los seres humanos nos comportamos así gracias al diseño evolucionista en aras de la supervivencia de nuestra prole. Sería imposible no preguntar: ¿Por qué los de salud robusta se sacrificaron por el enfermo en lugar de salvarse a sí mismos? Incluso el autor fue incapaz de explicar la situación solo en términos darwinianos. Goleman afirmó que «solo un amor potente»¹ podría explicar estas acciones.

En efecto, al considerar este acto noble, Goleman afirma que esos momentos de tensión emocional no suscitan acciones de la nada. Por el contrario, se trata de un compromiso previo a ciertos valores y verdades. En este sentido, creo que Goleman está en lo correcto. En presencia del amor y el compromiso de estos padres con su hija pequeña, podemos afirmar que esta clase de compromiso apasionado tiene su fundamento en una cosmovisión.

Quizá recuerdes la historia de cómo la computadora «Deep Blue» derrotó al campeón mundial de ajedrez, Gary Kasparov. Esto causó que las personas compararan las similitudes entre las máquinas y los seres humanos. El profesor de Yale, David Gelernter, no estuvo de acuerdo y afirmó: «Es absurdo pensar que Deep Blue tiene mente propia. ¿Cómo es posible que un objeto que no desea, ni teme, ni disfruta, ni necesita, ni le importa nada pueda tener una mente? Es posible que gane un juego de ajedrez, pero no porque así lo desee. No está feliz cuando triunfa ni triste cuando fracasa. ¿Cuáles son sus planes si derrota a Kasparov? ¿Acaso quiere invitar a Deep Pink a cenar en la ciudad?». ²

Gelernter añade: «El espacio entre el ser humano y el sustituto es permanente y no puede cerrarse. Las máquinas seguirán haciendo nuestras vidas más fáciles, saludables, abundantes y confusas. Los seres humanos seguirán enfocados en lo de siempre: ellos mismos, los demás y, en muchos casos, en Dios». ³

¿No es la capacidad de sentir y conocer a los demás de manera íntima una aptitud única que Dios nos ha dado? Desde el sacrificio altruista de padres amorosos hasta los pensamientos más íntimos, podemos reconocer que esta habilidad es una de las diferencias insuperables entre los seres humanos y las máquinas y entre el cristianismo y el naturalismo.

En las palabras de David el salmista, Dios nos hizo: «. . . poco menor que los ángeles. . .» (Sal 8:5, RVR1960). La vida, los sentimientos y el pensamiento son regalos de Dios para nosotros. Si vivimos en las ideas del Señor, nos

sentimos y actuamos con el mayor de los criterios. Además, nuestro compromiso con Dios es, principalmente, un asunto del corazón.

La Escritura nos enseña: «Confía en el Señor de todo corazón, y no en tu propia inteligencia». Nadie comprendió estas palabras con mayor profundidad que su autor, Salomón. Si examinas el Libro de Proverbios, encontrarás que la palabra «corazón» se repite múltiples veces. Salomón hablaba del corazón porque lo había perdido con tantas mujeres. Luego afirma: «Dame, hijo mío, tu corazón. . .» (Pr 23:26). Esto se debe a que nuestro trayecto espiritual y el tejido que Dios quiere crear en nuestra vida se verán afectados por quien posea nuestro corazón.

Hoy te pregunto: ¿A quién le pertenece tu corazón? ¿Cómo sabrás la respuesta? Es lo que afirmó Salomón: «Reconócelo en todos tus caminos. . .». Es el camino que eliges, las decisiones que tomas y la manera en que vives. Si no reconoces a Dios, entonces tu corazón pertenece a alguien o algo más.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿En qué se diferencia el cristianismo del naturalismo?
2. ¿Por qué los compromisos del corazón definen nuestra vida?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Considera memorizar Proverbios 3:3-6 o escríbelo en un lugar donde lo veas a menudo.
2. ¿Cómo respondes a la pregunta: «¿A quién le pertenece tu corazón?». Permite que esta interrogante guíe tus pasos hoy.

20

HEBRAS DISPARES

Y porque yo vivo, también ustedes vivirán.

JN 14:19

Hace algunos años, visité un lugar conocido por hacer los mejores saris nupciales en el mundo. Los hacían cargados de hilo de oro y plata, llenos de colores. En presencia de un producto tan elaborado, yo esperaba ver un sistema mecánico complejo que me dejara sorprendido; pero sucedió todo lo contrario.

Había un equipo de un padre y su hijo por cada sari confeccionado. El padre estaba sentado en una plataforma elevada sobre su hijo y estaba rodeado de carretes de hilo que sostenía en sus dedos. Al hijo le correspondía solo una labor: mover la lanzadera de un lado a otro y de vuelta cuando su padre se lo indicaba. Ellos repetían esta secuencia por cientos de horas y, eventualmente, un patrón magnífico comenzaba a emerger.

Sin duda el hijo tenía la tarea más fácil. Solo debía actuar cuando el padre asentía. No obstante, el padre utilizaba el esfuerzo del hijo para crear el vestido lujoso. Desde el inicio él tenía el diseño en mente y se encargaba de crear la correcta combinación de tejidos.

Mientras más examino mi vida y la de los demás, me fascina descubrir el diseño que Dios tiene para cada uno de nosotros por individual si tan solo estamos dispuestos.

Durante nuestra rutina diaria experimentamos pequeños recordatorios de las hebras que Dios ha combinado en el tejido de nuestra vida.

Me gustaría contar una anécdota de mi propia vida. En mi búsqueda de sentido en plena agonía de una adolescencia turbulenta, me vi yacer en una camilla de hospital luego de un intento de suicidio.

Allí, alguien me leyó Juan 14:19. Lo que Jesús les dijo a sus discípulos me cautivó: «Y porque yo vivo, también ustedes vivirán». Ese día, le entregué mi vida a Cristo. También le encomendé mis dolores, luchas y anhelos.

Casi exactamente treinta años después de esta decisión, mi esposa y yo estábamos en la India y decidimos visitar la tumba de mi abuela. Un jardinero nos guio por la maleza y los escombros acumulados hasta encontrar la lápida que marcaba la tumba. Con un balde de agua y un cepillo pequeño, el jardinero limpió el polvo acumulado con los años. Nos sorprendimos al ver que un versículo aparecía debajo del nombre. Mi esposa apretó mi mano y expresó: «¡Mira el versículo!». La tumba decía: «Y porque yo vivo, también ustedes vivirán».

Si un tejedor ordinario puede crear una prenda que embellezca el rostro utilizando hilos de colores, ¿cómo no podrá el Gran Tejedor tener un diseño listo para adornarte? ¿Por qué no podría utilizar tu propia vida para embellecerte, haciendo uso de todas las hebras de colores que él tiene a su alcance? Cuando el Padre entreteje un patrón con aquellos elementos que a nosotros nos parecen dispares, entonces un diseño con propósito sale a la luz.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué es lo que solo el padre percibe en su trabajo de tejedor?
2. ¿Qué quiso decir Jesús cuando afirmó: «Y porque yo vivo, también ustedes vivirán»?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Qué ha hecho el Gran Tejedor en tu vida para revelar su obra y su diseño?
2. Se nos recuerda que Dios trabaja tanto en la belleza como en el dolor. De las personas que conoces, ¿quién necesita a Dios hoy y cómo puedes ayudarlos?

21

EL ESPÍRITU HAMBRIENTO

—Yo soy el pan de vida —declaró Jesús—. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed.

JN 6:35

Yo he examinado con intensidad la interrogante de por qué las personas acuden a Dios. Recuerdo que una mujer de Rumanía me contó que se había criado en un contexto excesivamente ateo. Los miembros de la familia no debían siquiera mencionar el nombre de Dios en la casa, para evitar ser escuchados y que se les negara el acceso a la educación. Luego de que ella fue a vivir en Estados Unidos, yo fui su paciente mientras me recuperaba de una cirugía en la espalda. Un día tuve el privilegio de orar con ella. Mientras se enjugaba las lágrimas, la mujer confesó: «En lo profundo de mi corazón, siempre he creído que Dios existe; solo que no sabía cómo encontrarlo».

Este sentimiento se repite múltiples veces. Tuve el privilegio de reunirme con dos personas de renombre en un país abiertamente ateo. Cuando terminé de orar, uno de ellos comentó: «Jamás en mi vida había orado o escuchado a alguien hacerlo. Es mi primera vez. Gracias por enseñarme a orar». Es evidente que incluso los espíritus hambrientos que han sido reprimidos toda la vida emergen hacia la luz en un contexto donde pueden satisfacer su anhelo.

Aunque el problema del sufrimiento es uno de los mayores retos para la fe en Dios, me atrevo a sugerir que el problema del placer es el que, con mayor frecuencia, nos impulsa a considerar asuntos espirituales. El sexo, la avaricia, la fama y las emociones pasajeras son las atracciones más peligrosas en el mundo. El sufrimiento nos obliga a aceptar nuestra finitud. También puede generar cinismo, cansancio y fatiga por la vida. El dolor nos impulsa a buscar un poder mayor y puede resultar en introspección, superstición, ceremonias y votos.

Sin embargo, desilusionarnos del placer es un asunto totalmente diferente. En ocasiones, se percibe el sufrimiento como un medio hacia un fin mayor, pero el placer se ve como un fin en sí mismo. Cuando el placer se acaba, el desánimo puede filtrarse en nuestra alma y llevarnos a la autodestrucción. El dolor puede ser temporal, pero la desilusión respecto al placer genera un vacío que puede durar toda la vida. En ese contexto, puede parecer que no hay razón para la vida, ni un propósito determinado, si el placer no puede llenarnos.

La conexión entre el dolor y el placer está en el centro del dilema humano y en el núcleo del espíritu hambriento. Las personas que sufren buscan consuelo y una explicación a su dolor. Aquellos que se han decepcionado de los placeres buscan un propósito. Nuestro aburrimiento nos hace querer escapar en lo extraño o lo torcido, mientras que Dios se ha revelado en Jesucristo.

Solo en la cosmovisión judeocristiana se afirma que cada persona fue creada a la imagen de Dios, ya que él mismo es una persona. Así mismo, toda persona tiene prioridades *relacionales* implícitas, que han sido programadas por Dios y no por la naturaleza. Recordemos la tragedia del terremoto y el tsunami en Japón hace algunos años. Incluso en esa cultura estoica, donde la comunidad es de suma importancia, las personas lloraban la pérdida de sus seres queridos. Ellos no se lamentaban solo por la pérdida total de vidas, sino también por las pérdidas personales. Esto es real y no imaginario. Visitamos con mayor frecuencia las tumbas de aquellos que amamos que las de personas desconocidas.

Sin embargo, aún hay más: ser una persona no está limitado al ADN. Cada persona tiene un valor intrínseco. En el cristianismo se considera sagrada la esencia de cada persona, la realidad individual de toda vida. Es sagrada porque nuestro Creador nos ha dado ese *valor* intrínseco y se ha revelado en el cielo estrellado y en la cruz.

Mientras más examino mi vida e interactúo con los demás, me fascina descubrir el diseño que Dios tiene para cada uno de nosotros por individual si tan solo estamos dispuestos. La verdad es que he conocido tanto a personas que, en la cumbre de su éxito, han acudido a Dios como a otros que, ahogados en el dolor y el fracaso, buscan una respuesta en el Señor. Ambos extremos suscitan interrogantes difíciles. Solo Dios conoce cómo responderemos ante estas situaciones.

Dios nos creó para sus propósitos; este diseño incluye tener una relación con él y adorarlo. Solo Dios puede tejer un patrón con las hebras sueltas de nuestra vida (sufrimiento, éxito, gozo o dolor) y crear un diseño espléndido. Si te detienes a considerarlo, quizá hoy puedas percibir que Dios anhela tu espíritu hambriento.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué significa estar hechos a la imagen de Dios?
¿Qué afirma de manera singular el cristianismo sobre ser una persona?
2. ¿Con qué propósito nos creó Dios? ¿De qué manera orar por las personas dispone sus corazones a recibir el plan de Dios?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Los problemas del sufrimiento y del placer implican dificultades particulares para rendir nuestro corazón a Dios. ¿Qué obstáculos has experimentado en tu vida

o has percibido en la de otros? ¿Estos siguen siendo obstáculos para confiar en el amor y la gracia de Dios?

2. ¿Has orado con alguien que no se identificaba como cristiano, pero que tuvo una respuesta similar? Rueda por una ocasión para presentar el amor de Dios de este modo.

LAS PREGUNTAS MÁS DIFÍCILES

Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido. Ahora, pues, permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más excelente de ellas es el amor.

1 CO 13:12-13

De las muchas cartas que he recibido con los años, hay una que sobresale. En ella, la persona preguntaba por qué Dios había hecho tan difícil creer en él. Además, afirmaba que, si amara a alguien y tuviera poder infinito, entonces usaría ese poder para revelarse de manera más obvia. Esta persona se preguntaba: ¿Por qué Dios ha hecho tan difícil ver su presencia y su plan?

Esta pregunta es vigorosa e implica tanto las emociones como el intelecto. Uno pudiera preguntar: «¿Por qué Dios se esconde?». La pregunta cobra impulso y se asienta en la búsqueda sincera de nuestro corazón por el sentido, la pertenencia y la relación con nuestro Creador.

Recuerdo el desasosiego y el punto crucial de mi propia vida. Yo había concluido que la vida no tenía sentido; nada encajaba propiamente. Ya mencioné que, cuando era adolescente, estuve en el hospital tras un intento de suicidio. Mi búsqueda de respuestas frente a la desesperanza fue lo que me llevó por ese camino atroz.

Pero alguien me leyó la Escritura mientras estuve internado. Por primera vez en mi vida recibí las respuestas directas que Dios tenía para mi corazón hambriento. El descubrimiento radical de que podía conocer al Creador de manera personal me atrajo y, con sinceridad y determinación, me sumergí en las profundidades de esa noticia. Luego de una sencilla oración de confianza, mi corazón pasó de estar desesperado a comprender la plenitud del sentido.

Lo primero que cambió fue mi manera de ver la obra de Dios. Yo me maravillaba del esplendor en las cosas más ordinarias y esta era la labor de Dios en mi corazón. Con el tiempo, fui capaz de estudiar, investigar y entender cómo responder otras preguntas más intrincadas de la mente.

Ese encuentro divino en que llegué a conocer a Dios me trajo sentido y me acercó a las respuestas que buscaba. Yo creo que el Señor interviene en nuestra vida. Él nos habla de manera diferente y en momentos distintos, de modo que sepamos que él es el autor de nuestra personalidad; que sus revelaciones nos brindan propuestas y nos ofrecen una relación (a veces en orden inverso); que su presencia calma las tormentas del corazón.

Es curioso que, en toda la historia, las personas que cuestionaban y que se resistían se convirtieron en mensajeros de Dios para los escépticos. Por ejemplo, Pedro, Pablo y Tomás, entre otros. Ellos cuestionaron, lucharon y plantearon dificultades. Una vez que se convencieron, hablaron, escribieron y persuadieron a las personas en las circunstancias más difíciles. Por eso ellos pagaron el precio definitivo mientras buscaban el poder y la presencia de Dios en aquellas «noches oscuras del alma».¹

Al final, las respuestas a las preguntas difíciles deben ser satisfactorias y reales; deben hacernos ver que Dios está más cerca de lo que creemos. Como todos podemos confirmar, la Escritura afirma que esta convicción de la cercanía del Señor en ocasiones tiene un costo, así como ocurre en toda relación de amor y compromiso. No obstante, Dios anhela que lo conozcamos y que lo sintamos cerca. Su grandeza es mayor que los paisajes más

excelentes que podamos contemplar y él es la respuesta a las interrogantes más profundas de todo corazón.

La consumación final de esa certeza todavía está por venir. Yo creo con firmeza lo que el apóstol Pablo afirmó: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado al corazón del hombre, *son* las cosas que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Co 2:9, LBLA). Entonces veremos, no de manera velada, sino cara a cara. El alma sentirá el abrazo definitivo y habrá silencio al entender con una profundidad concluyente. Lo único que desearemos mantener oculto es cuán ciegos estábamos.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Dios se ha revelado a través de su Palabra, de Jesucristo, de su Espíritu en la vida de la iglesia e incluso en su creación. ¿Está Dios escondido?
2. ¿Qué significa que las revelaciones de Dios nos brindan propuestas y nos ofrecen una relación?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Si te parece que Dios está oculto, ¿tienes a alguien que pueda orar por ti? ¿Cómo puedes descansar hoy en la presencia de Dios? (Considera leer Salmos 23 y 139).
2. Reflexiona sobre la verdad de que Dios es la respuesta a las preguntas más profundas de tu corazón. ¿Hacia qué persona o lugar puedes acudir para encontrar las respuestas a tus interrogantes?

LA AGONÍA DEL ASOMBRO

¡Oh SEÑOR, cuán numerosas son tus obras! ¡Todas ellas las hiciste con sabiduría! ¡Rebosa la tierra con todas tus criaturas! Allí está el mar, ancho e infinito, que abunda en animales, grandes y pequeños, cuyo número es imposible conocer [. . .] Que la gloria del SEÑOR perdure eternamente; que el SEÑOR se regocije en sus obras. Él mira la tierra y la hace temblar; toca los montes y los hace echar humo.

SAL 104:24-25, 31-32

Yo he tenido el privilegio de viajar y conocer el mundo durante cuatro décadas. Con frecuencia me han preguntado cuál es mi ciudad y mi comida favorita. Definir mi plato favorito es la más fácil de las dos preguntas. Si bien las ciudades son atractivas por razones distintas, el paladar está influenciado por nuestro lugar de nacimiento.

Es extraño que nunca me hayan preguntado por mi lugar preferido. No estoy seguro de que podría elegir un solo instante, pero hay una experiencia que estaría entre los momentos más emotivos de mi vida. Un hermoso día soleado, a un colega y a mí nos llevaron desde Ciudad del Cabo hasta muy cerca de la costa en Sudáfrica: Cape Point. Nos detuvimos al borde de tierra firme y observamos el agua tranquila del Océano Atlántico colisionar con la corriente agitada del Océano Índico. Juntos formaban un torrente abismal de agua y casi se podía ver a plena vista el poder de aquella corriente. Esas aguas han sido la tumba

de muchos marineros que recorrían el mundo. Quedamos asombrados ante aquella escena en el fin del mundo: el horizonte infinito, la mezcla turquesa y azul de las aguas y los bordes espumosos de las olas que se chocaban entre sí.

He visitado el Taj Mahal y otras de las que llaman maravillas del mundo. No obstante, aquella experiencia nos causó un asombro puro, no confeccionado por manos humanas. Ni siquiera procuraré definir si se debió a que no esperábamos ver algo tan hermoso o a que necesitábamos descansar luego de un día difícil. Solo sé que nos afectó a los dos con la misma intensidad.

Por motivos que parecen inexplicables, lágrimas brotaron de mis ojos. Experimenté la agonía de disfrutar las maravillas y la grandeza de la creación. Me sentí pequeño y descomunal al mismo tiempo (pequeño porque mi estatura humana parecía insignificante frente a la belleza y el poder que veía; descomunal porque gozaba de aquel espectáculo glorioso) mientras que la tierra y el agua combinadas no podían disfrutar su propia belleza ni sentir gozo alguno.

Después, una extraña sensación nos acogió a los dos e hicimos algo que jamás habíamos hecho. Retrocedimos un poco y tomamos una piedra filosa. Luego raspamos los nombres de nuestras esposas en una gran roca. Entendíamos que, en algunos días, los nombres desaparecerían, pero la intención y el acto lo decían todo. Habíamos experimentado la agonía del asombro, pero nos sentíamos incompletos al no poder compartir la experiencia con quienes más amamos y expresarnos desde la abundancia del acontecimiento.

Las preguntas de opinión personal («¿Cuál es tu destino turístico preferido?», por ejemplo) son relativamente fáciles de responder. Uno responde desde su contexto y gustos individuales. Luego surgen preguntas como estas: «¿Cómo puedo saber que Dios es real?», «¿Por qué existe la maldad en el mundo?». Las respuestas requieren un enfoque universal. Estas preguntas revelan las luchas de muchos escépticos y cristianos por igual y nos muestran que las interrogantes más profundas alcanzan tanto la mente como el corazón.

Plantear interrogantes es parte de la naturaleza humana. Siempre haremos preguntas, debatiremos, plantearemos objeciones y buscaremos respuestas. Sin embargo, existe una diferencia considerable entre una cosmovisión que no es capaz de responder todas las preguntas de manera absoluta y una cuyas respuestas son consistentemente contradictorias. Hay una diferencia todavía mayor entre las respuestas que contienen paradojas y las que son irreconciliables de manera sistemática.

Una vez más, el cristianismo se destaca en este aspecto, tanto como un sistema de pensamiento como por las respuestas que ofrece. La fe cristiana no afirma que podrás responder todas tus preguntas de manera absoluta antes de fallecer. No obstante, sus respuestas son consistentes todo el tiempo. Es posible que existan paradojas en la enseñanza y la creencia cristianas, pero no son irreconciliables.

Con frecuencia reflexiono de esta forma: Dios nos ha dejado suficiente evidencia en el mundo para que creer en él sea algo razonable. No obstante, él ha excluido la cantidad de información necesaria para que sea imposible vivir solo de la razón. La fe y la razón deben trabajar juntas en una unión verosímil.

En la profundidad de todo corazón humano palpita la esperanza de que alguien o algo le traerá repuestas sobre el significado de la vida al mismo tiempo que mantiene el asombro de la existencia. Si tan solo nos detuviéramos y examináramos lo que ya tenemos disponible en este mundo de maravillas, podríamos obtener una muestra de la fascinación que somos capaces de sentir.

Conectar la fe y la razón es el viaje extraordinario del alma. Cuando nuestro pensamiento es rectificado y nuestra carne liberada, la mente y el cuerpo quedan bajo el plan redentor y gratificante de Dios. Entonces vemos como él quiere que lo hagamos. Cuando conocemos a nuestro Creador, planteamos interrogantes no para dudar, sino para descubrir la totalidad de sus maravillas.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué nos hace inscribir en la roca el nombre de quienes amamos? ¿Qué relación tiene este impulso al acto de adorar y a estar hechos a imagen de Dios?
2. Contrario a lo que el naturalista o el ateo afirman, ¿por qué es imposible vivir solo de la razón?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Tienes algún destino de viaje o un lugar conocido que te inspira a adorar? ¿Qué aspecto de ese lugar te acerca a Dios?
2. Lee Salmos 104 y pídele a Dios que abra tus ojos para que veas la majestad de su creación y su cuidado divino.

24

DE LO PRÓXIMO A LO PERSONAL

—Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed — respondió Jesús—, pero el que beba del agua que yo le daré no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna. —Señor, dame de esa agua para que no vuelva a tener sed ni siga viniendo aquí a sacarla.

JN 4:13-15

Hace algún tiempo, mi esposa Margie regresó sobresaltada de hacer un recado. Mientras compraba una imagen enmarcada, tuvo una conversación conmovedora con la dueña de la tienda. Margie especificó que quería una imagen donde hubiera niños. La mujer le preguntó de manera casual que si quienes recibirían la imagen enmarcada tenían hijos. «No, pero no por elección propia», le respondió mi esposa.

Hubo un silencio breve. De inmediato, como un volcán en erupción, la mujer hizo una pregunta cargada de hostilidad: «¿Usted ha perdido a un hijo?».

Margie quedó sorprendida, pero de inmediato comprendió que detrás de aquella pregunta se escondía una tragedia atroz.

La conversación se había tornado incómoda. Mi esposa no estaba preparada para el mar de emociones e ira que fluía de aquella desconocida. La historia trágica no tardó en salir a la luz. La mujer le contó que había perdido dos hijos;

cada pérdida con un dolor sin igual. Luego afirmó: «Ahora debo presenciar cómo mi hermana pierde su propio hijo». Ella no escondía su rencor ni encubría a qué le adjudicaba aquellas tragedias.

Sin poder articular algo que aliviara el corazón herido de la mujer, mi esposa respondió: «Lo siento», pero fue interrumpida por una reprimenda austera: «¡No diga nada!». Al salir, Margie comentó: «Estaré orando por usted en esta situación difícil». Sin embargo, incluso esto suscitó una réplica vigorosa: «No hace falta».

Margie regresó al auto y lloró de impresión y añoranza por auxiliar a aquella vida fragmentada. Desde aquel día, mi esposa lleva en su memoria una imagen indeleble del rostro de una mujer cuyos músculos faciales se tensan de ira y angustia; que busca auxilio, pero con reticencia; que anhela consuelo, pero calla a todo el que procura ayudar; que empuja a las personas en su camino para llegar a Dios.

De manera sorprendente, esta experiencia produjo una amistad y hemos tenido el privilegio de acercarnos a aquella mujer y orar con ella en nuestro hogar. También hemos sentido su abrazo de gratitud, pues ella ha tratado de decir «Gracias» en tantas maneras. En este proceso, ella ha representado para nosotros un símbolo de llantos ahogados y de una búsqueda por respuestas que requiere tiempo antes de que la ira se convierta en confianza y la angustia dé paso a la alegría.

De igual manera, y como ya he dicho, todo rostro nos recuerda que detrás de cada pregunta, directa o indirecta, hay un interrogador. Siempre debemos procurar resolver la duda de la persona, en lugar de solo responder la pregunta.

Entre las historias de la Biblia, ninguna refleja las necesidades múltiples de la humanidad como el relato de la mujer samaritana que conversó con Jesús junto al pozo. El relato se encuentra en Juan, [capítulo 4](#). Los discípulos se habían marchado al pueblo a comprar alimentos. Cuando regresaron, quedaron atónitos al ver a Jesús conversar con la mujer samaritana. No obstante, sintieron temor de preguntarle por qué lo hacía o de cuestionar el origen de aquella confianza poco común.

La mujer representaba todo lo que fuera oprimido o rechazado en aquella sociedad: era una mujer y no un hombre; era samaritana, rechazada por su etnia; había sido rechazada y dañada en cinco matrimonios diferentes; identificaba a Dios con un sitio particular y no tenía la menor idea de cómo alcanzarlo. ¿Era posible tener una autoestima todavía menor en su mundo fragmentado?

Jesús inició, de manera tierna, pero con determinación, la tarea de desarraigar a la mujer samaritana de aquel discurso teológico recto y pomposo que ella desplegó. Cristo deseaba que ella pudiera revelar la voz real de su corazón. Como si pelara una cebolla, él la separó de sus miedos y prejuicios, de sus técnicas de autopreservación, de su estrategia para esconder su dolor y la acercó a la fuente de plenitud radiante y apasionante que era Jesús. Es decir, la llevó de lo abstracto a lo concreto, de lo concreto a lo próximo y de lo próximo a lo personal. Él sació la sed de su corazón.

En Salmos, David se describe como un herido que llora en su cama en la noche, pero también describe su felicidad al llevar su dolor ante el Señor. Luego de recibir estas enseñanzas bíblicas, examinemos nuestro corazón. Quizá nos sorprendamos al ver la cantidad de emociones reprimidas que guardamos. Cuando Dios nos habla, no debemos responder: «No digas nada». Por el contrario, podemos descansar en Él, pues sabemos que Dios escucha nuestro clamor y nos acompaña en la necesidad.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Reflexiona sobre las siguientes afirmaciones:
«Algunas respuestas requieren tiempo antes de que la ira se convierta en confianza» y «Detrás de toda pregunta hay un interrogador».
2. ¿Cómo fue que Jesús reveló el corazón de la mujer samaritana y le permitió ver su mayor necesidad?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Un consejero sabio o un buen amigo puede ayudarnos a vernos como en realidad somos.
¿Tienes angustia o ira que necesite salir a la luz para poder experimentar la sanidad de tu Padre celestial?
2. ¿Cómo podrías replicar las acciones de Margie esta semana en beneficio de alguien que necesite ser escuchado y que precise la compasión y la intercesión de Cristo?

UNA HISTORIA MAYOR

Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve. Gracias a ella fueron aprobados los antiguos. Por la fe entendemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que lo visible no provino de lo que se ve. [. . .] En realidad, sin fe es imposible agradar a Dios, ya que cualquiera que se acerca a Dios tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan.

HEB 11: 1-3, 6

Recuerdo la historia sobre un hombre que fue a pescar. Siempre que atrapaba un pez grande lo devolvía al agua, pero si el pez era pequeño lo guardaba en su bolsa. Uno grande, al agua; uno pequeño, a la bolsa. Un hombre que lo observaba quedó atónito ante aquel método de pesca poco convencional y le preguntó: «¿Puedes explicarme por qué devuelves los peces grandes al agua?». El pescador respondió sin dudar: «¡Lo hago porque mi sartén mide veinte centímetros y no me cabría algo más grande!».

Nos puede causar gracia alguien que desecha un pez demasiado grande para su sartén o alguien que descalifica todo lo que no calza en su criterio prejuicioso. Sin embargo, esto sucede con frecuencia: los naturalistas describen el origen del universo como algo «irrepetible», «casi un milagro» o «matemáticamente imposible», pero luego desechan la posibilidad de un agente, una causa o lo sobrenatural. Hay una interrogante que siempre demanda

una respuesta y que todos debemos detenernos a examinar: ¿nuestra visión del mundo calza con la realidad? ¿Encajan las piezas? ¿Puede explicar las preguntas ineludibles de la vida? ¿Es coherente? ¿Es razonable?

Aquí hay una dificultad. Debemos reconocer que toda cosmovisión puede dejarnos con preguntas imposibles de responder de manera absoluta en este lado de la eternidad. Toda visión del mundo tiene vacíos. La pregunta es: *¿Mi forma de ver el mundo encaja con la realidad y me permite explicar cómo podría llenar sus vacíos de una manera consistente?*

¿A qué me refiero con vacíos? Voy a utilizar una ilustración de Francis Schaeffer. Imagina que dejas una habitación con una mesa y dos vasos sobre ella: Vaso A, que tiene sesenta mililitros de agua, y Vaso B, que está vacío. Cuando regresas en la tarde, el Vaso B tiene agua y el Vaso A está vacío. Podrías asumir que alguien transfirió el agua de un vaso a otro. Sin embargo, esto no lo explica todo, porque reparas en que el Vaso B tiene 120 mililitros de agua, mientras que el Vaso A solo tenía sesenta en la mañana.

Estas frente a un problema que, en el mejor de los casos, solo tiene una explicación parcial. Es cuestionable que el agua del Vaso A se haya vertido en el Vaso B. Lo incontrovertible es que no toda el agua del Vaso B provino del Vaso A. Los sesenta mililitros adicionales sin duda salieron de algún otro lugar.

La fe cristiana ofrece una explicación eficaz y única para esos «sesenta mililitros» adicionales. El naturalismo podría explicar sesenta mililitros en el Vaso B, pero no 120. El teísmo no solo es creíble, sino que también es más eficaz que el ateísmo (u otras cosmovisiones) en lidiar con las preguntas esenciales de la vida: el origen, el sentido, la moralidad y el destino. Sin importar nuestro enfoque inicial (un punto de vista filosófico y luego uno bíblico, o esto último por sí solo, que para muchos es suficiente) la coherencia y la persuasión de sus respuestas es evidente. Los «sesenta mililitros» iniciales, al igual que los sesenta adicionales, pueden ser explicados con mayor precisión desde una perspectiva teísta cristiana. Los argumentos son

tanto sencillos como intrincados, en dependencia de la pregunta y su contexto.

Reitero lo que afirmé antes: Dios nos ha dejado suficiente evidencia en el mundo para que creer en él sea algo razonable. No obstante, él ha excluido la cantidad de información necesaria para que sea imposible vivir solo de la razón y la observación. Por ejemplo, seguramente recuerdas que la resurrección de Jesús sorprendió incluso a los discípulos. Al principio, ellos no creían que Jesús había vuelto de entre los muertos. Su visión de la realidad quedó impactada y ahora debían reinterpretar la vida y el destino. Ellos creyeron que quizá la resurrección de Cristo era una historia creada por personas que alucinaban. Toda la esperanza que tenían en él era de bases políticas: Jesús derrocaría a Roma de algún modo. Sin embargo, una victoria política hubiera representado una medida superficial. Jesús vino a dar la vista a los ciegos y a transformar los corazones y las mentes. Me pregunto si un cúmulo de evidencias de la resurrección de Jesús tendría relevancia alguna para los ateos actuales. ¿Rechazarían la evidencia por tener una sartén de «veinte centímetros»?

El problema con la evidencia es que está limitada a un momento y crea la demanda de una intervención repetida de algún tipo. He podido confirmar esto múltiples veces en mi vida. Hoy, puede ser un negocio que falla y que necesita la intervención de Dios. Mañana, podría necesitar sanidad de un cáncer. Pasado mañana, quizá anhele que un familiar sea resucitado. Hay una gran demanda por la constancia del milagro.

El evangelio es verídico, bello y lo suficientemente milagroso como para tener bases razonables y suficientes. No obstante, puede ser complejo de vivir, porque suele entreverar la razón y la fe.

Cuando nos encontremos en situaciones en que anhelemos otra «prueba», le ruego a Dios que entendamos que elevarnos sobre la razón (para tener seguridad, pero sin quebrantarla) es la constancia de nuestra confianza en él. También ruego que podamos sentir su presencia, porque ese es el mayor milagro dentro de nosotros. Solo al confiar en Dios podemos aceptar cada momento como una

fracción de una historia mayor. Para algunos de nosotros, nuestra historia individual puede ser un viaje largo y arduo. No obstante, lo superaremos un momento y un día a la vez, siempre apoyados en la fuerza de la presencia de Dios en nuestro interior.

Incluso Pedro comprendió que se debía trascender el deleite de la transfiguración mediante una «. . . palabra profética más segura. . .» (2 P 1:19, RVR1995). Él confiaba en esta enseñanza incluso de camino al martirio y tenía la certeza de que su vida formaba parte del plan maestro de Dios. Aquí encontramos la esperanza del evangelio: «Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve».

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cómo explica la fe cristiana lo que representan en la realidad los sesenta mililitros en la ilustración de los dos vasos?
2. ¿Qué es la fe de acuerdo a Hebreos 11?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuál es «el mayor regalo dentro de nosotros»? ¿Cómo puede guiarte hoy esta verdad?
2. Incluso la perspectiva de los discípulos sobre Jesús fue confrontada. ¿Qué aspectos debes mejorar de tu confianza firme en Dios?

TODO ES RENOVADO

Así que de ahora en adelante no consideramos a nadie según criterios meramente humanos. Aunque antes conocimos a Cristo de esta manera, ya no lo conocemos así. Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación.

2 CO 5:16-18

¿Es la fe cristiana un montón de fruslerías intelectuales?
¿De verdad Dios nos transforma?

El ateo Sam Harris afirma: «Todo lo de valor que las personas obtienen de la religión se puede obtener de manera más honesta y sin hacer declaraciones sin evidencia suficiente. Lo demás son delirios al ritmo de la música».¹

Richard Dawkins sugiere que la idea de Dios es un virus y que debemos hallar un software para erradicarlo. Si logramos eliminar el virus que nos llevó a pensar de esa manera, seremos purificados y librados de las fastidiosas nociones de Dios, el bien y el mal.² Conjuntamente con otros, estos dos ateos desean que se erradique toda creencia religiosa. Su grito de batalla es: «Afuera con esas tonterías». Como recompensa, cuando nos hayamos

desecho del engaño de Dios, nos prometen un mundo de esperanza renovada y de amplios horizontes.

Sin embargo, tengo malas noticias para ellos. La verdad es que el vacío que sobreviene al perder lo trascendente es áspero y devastador, tanto filosófica como existencialmente. En efecto, negar la existencia de una ley moral objetiva, por querer oponerse a la existencia de Dios, nos lleva a negar la realidad del mal. Para escapar de lo que ellos llaman la contradicción entre un Dios bueno y un mundo lleno de maldad, los ateos procuran ignorar la realidad de una ley moral (y, por consiguiente, de un Legislador moral) al introducir términos como «ética evolucionista». El que cuestiona a Dios de manera negativa juega a ser él cuando niega su existencia.

Uno podría preguntarse: *¿Por qué necesitamos un Legislador moral si tenemos una ley moral?* La razón es que el interrogador y su pregunta siempre implican el valor esencial de la persona. No podemos hablar de la moralidad de manera abstracta. Esta pregunta implica al ser humano como objeto principal. En síntesis, plantear una ley moral sin un Legislador moral sería el equivalente de sugerir el problema del mal sin alguien que pregunte. Por lo tanto, no podemos tener una ley moral sin que dicha ley esté entreverada con una persona. Esto significa que se requiere una persona con importancia intrínseca si la ley moral ha de tener algún valor. Solo Dios puede ser esa persona.

Nuestra incapacidad de cambiar la realidad frustra nuestras pretensiones ostentosas de ser soberanos de todo. No obstante, no podemos escapar de nuestros problemas existenciales alejándonos de una ley moral. Los valores morales objetivos solo existen si Dios es real. Por ejemplo, ¿es correcto mutilar infantes por diversión? Toda persona razonable diría que no. Todos sabemos que los valores morales objetivos existen; por lo tanto, Dios existe. Al examinar estas premisas y su validez vemos que presentan un argumento sólido.

El mundo no comprende lo absoluto de la ley moral. Algunas personas son atrapadas, otras no. No obstante, ¿quién de nosotros querría ver nuestro corazón expuesto

en la portada del periódico de hoy? Seguramente habrás tenidos momentos en que, como el apóstol Pablo, has luchado contigo mismo y clamado de este modo: «No entiendo lo que me pasa, pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco. [. . .] ¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?» (Ro 7:15,24). Si somos honestos, todos podremos reconocer este conflicto interno.

Con esta disposición, debemos reflexionar con profundidad sobre estas preguntas: *¿En realidad Dios ha obrado un milagro en mi vida? ¿Es mi corazón la prueba de la intervención sobrenatural del Señor?* En Occidente, donde pasamos por modas teológicas, la cuestión del «señorío» de Cristo plagó nuestros debates cuando nos preguntábamos: *¿Existe una visión minimalista de la conversión?* Es decir: «Hemos hecho la oración de fe y listo». Sin embargo, ¿cómo puede existir una visión minimalista de la conversión cuando este proceso representa un trabajo máximo de la gracia de Dios? La Escritura afirma lo siguiente sobre experimentar la gracia redentora de Dios: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas» (2 Co 5:17, RVR1995). De algún modo hemos minimizado todos los compromisos sagrados y los hemos convertido en denominadores comunes. *¿Qué significa para mí nacer de nuevo?* Pocas veces nos hacemos esta pregunta. *¿Quién era yo antes de que Dios me cambiara y quién soy ahora?*

La primera consecuencia de conocer al Dios que transforma es experimentar los nuevos anhelos y tendencias que surgen en la voluntad humana. Recuerdo bien el cambio dramático en mi forma de pensar. Experimenté nuevos anhelos, esperanzas, sueños, satisfacciones y, principalmente, una nueva voluntad de cumplir los deseos de Dios. Este afecto que surge en el corazón (el amor hacia Dios provocado por el Espíritu Santo) expulsa las antiguas tentaciones y gustos. Aquellos que conocen a Jesucristo comienzan a percibir que sus corazones descarriados han quedado empobrecidos y necesitan obediencia constante a la voluntad de Dios: un sometimiento espiritual.

El sello distintivo de la conversión es que nos permite percibir nuestra pobreza espiritual. La arrogancia y el engreimiento deben ser perjudiciales para la vida del creyente. La conciencia profunda de nuestros nuevos anhelos y deseos es una muestra convincente de la presencia de Dios y de su gracia en nuestro interior.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué debemos rechazar la realidad del mal si negamos una ley moral objetiva?
2. ¿Por qué debe existir un Legislador moral (Dios) si hay una ley moral?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Quién era yo antes de que Dios me cambiara y quién soy ahora?
2. ¿Cómo podrías mostrar un testimonio convincente para las demás personas esta semana?

¿ES IMPORTANTE LA ORACIÓN?

Así que yo les digo: Pidan, y se les dará; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá la puerta. Porque todo el que pide recibe; el que busca encuentra; y al que llama, se le abre. ¿Quién de ustedes que sea padre, si su hijo le pide un pescado, le dará en cambio una serpiente? ¿O, si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues, si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!

LC 11:9-13

Yo iba en mi auto con otro hombre y conversábamos sobre sus decepciones. Él dijo: «Yo solo quería algunas cosas en la vida, pero ninguna ha resultado como lo pedí en oración. Yo deseaba que mis padres vivieran al menos hasta que yo pudiera valirme por mí mismo, para que pudieran ver a mis hijos crecer. Esto no sucedió. Yo quería que mi matrimonio fuera exitoso, pero no fue así; que mis hijos crecieran agradecidos por lo que Dios les había dado, pero no sucedió; que mi negocio prosperara, pero no lo hizo. No solo mis oraciones han sido inútiles, sino que lo contrario a ellas ha sucedido. Ni siquiera te ofrezcas a orar por mí. Ya no creo en ese tipo de cosas».

Mientras escuchaba, sentí dos emociones emerger en mí. La primera emoción fue una tristeza genuina. Aquel hombre sentía que se había esforzado y hecho su trabajo, pero que Dios no había cumplido su parte. La segunda

emoción fue impotencia al tratar de encontrar una forma de ayudarlo.

Este es el filo cortante de creer en un Dios personal, trascendente y todopoderoso. La mayoría de nosotros tiene la tendencia a reaccionar con ira o rechazo cuando sentimos que Dios nos ha decepcionado al no concedernos lo que percibimos como peticiones legítimas. Quizá nos sintamos culpables de que las expectativas que teníamos puestas en Dios eran demasiado elevadas. Es posible que pensemos que el Señor no nos contestó por causa de nuestras deficiencias. Quizá nos comparemos con otros que parecen obtener todo lo que desean de parte de Dios y nos preguntemos por qué él no ha hecho lo mismo por nosotros. Luego permitimos que esta decepción en Dios se infecte y carcoma nuestra confianza en él, hasta que pasan los años y nuestra fe perece.

G. K. Chesterton dedujo que, cuando creer en Dios se hacía difícil, la tendencia era a alejarnos de él. . . pero, por todos los cielos, ¿hacia dónde iremos? Para el escéptico o para aquel que ha perdido la fe la respuesta obvia es dejar de creer que existe alguien allá arriba, tomar el control y vivir como mejor se pueda.

Por otro lado, Chesterton también afirmó: «La verdadera dificultad con este mundo nuestro, no es que sea un mundo irrazonable ni que sea un mundo razonable. La dificultad más común, es que es aproximadamente razonable; pero no del todo».¹ En esto tiene razón. No todo en la vida podemos comprenderlo mediante la razón. Hay situaciones que parecen no tener una explicación racional.

La oración se convierte en el clamor incontenible de nuestro corazón en momentos de necesidad. La oración es más compleja de lo que muchos suponen. Ella implica más que solo pedir y recibir. En este, así como en otros contextos, con frecuencia llegamos a creer que algo es lo que jamás fue, incluso si sabemos que no puede ser tan sencillo como lo deseamos.

Por cada persona para quien la oración no ha «funcionado» y ha abandonado a Dios, existe alguien para quien la oración continúa siendo parte vital de su vida. Esto la sostiene incluso cuando sus peticiones no han sido

respondidas, pues su fe y su confianza no recaen solo en el poder de la oración, sino también en el carácter y la sabiduría de Dios. Cuando el Señor es el centro de nuestras oraciones, yo creo que él sostiene y preserva nuestra fe.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué nos dice Lucas 11 sobre la oración y el carácter de Dios?
2. ¿Qué elementos de la fe deben ser nuestro enfoque para que la oración sea una parte vital de nuestra vida?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cómo has lidiado con la decepción en la oración?
2. ¿Existen áreas de tu vida que requieran el toque sanador de Dios? ¿Conoces a alguien que necesite estímulo por medio de la oración y que se le recuerde la bondad de Dios?

EL ESPÍRITU DE LA ORACIÓN

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan cotidiano.
Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros hemos perdonado a nuestros
deudores.
Y no nos dejes caer en tentación,
sino líbranos del maligno.

MT 6:9-13

Juan Crisóstomo, uno de los padres de la iglesia primitiva, arzobispo de Constantinopla, afirmó lo siguiente en el siglo cuarto sobre la oración:

La oración es una panoplia de absoluta eficiencia, un tesoro que no mengua, una mina que no se agota, un cielo despejado que la tormenta no corrompe. Es la raíz, la fuente, la madre de mil bendiciones. . . El poder de la oración ha sometido la fuerza del fuego, ha controlado la furia de los leones, ha silenciado la anarquía, ha extinguido guerras, ha calmado tempestades, ha expulsado demonios, ha deshecho las cadenas de la muerte, ha abierto las puertas del paraíso, ha aliviado enfermedades, ha librado de fraudes, ha rescatado ciudades de la destrucción, ha mantenido el curso del sol y ha detenido el avance del rayo.¹

Quién podría leer este fragmento y no sentir deseos de exclamar: ¡Vaya retórica! Sin embargo, no es así. Cada punto de Crisóstomo ha sido tomado de la Escritura.

En todas sus formas, ya sea vacilante y breve o un caudal de frases hermosas y bien estructuradas, la oración es simplemente una conversación con Dios. Si convertimos la oración en un monólogo, si la usamos para revelar nuestro mérito verbal o si hacemos de ella un medio para informar e instruir a los que nos escuchan, entonces estamos yendo en contra de su propósito. La Biblia explica con claridad que la oración vincula el corazón de quien ora con el de Dios. Incluso Jesús practicaba la oración como un estilo de vida. Él urgía a sus discípulos a que lo imitaran en esto y que adoptaran la oración en su diario vivir. Las oraciones de Jesús eran ejemplos perfectos y de sinceridad óptima.

El impacto que tiene orar con una persona lastimada es increíble. En diversas ocasiones he orado con personas que dicen ser escépticos y viven como tales, pero al final me he sorprendido de ver lágrimas en sus ojos. Si bien la oración continúa siendo un misterio para nosotros, en especial para aquellos apartados de Dios, he visto una y otra vez que hasta los corazones endurecidos anhelan la posibilidad de comunicarse con Dios.

No pretendo negar la desilusión que ocasionan las oraciones no respondidas. Sin embargo, examinemos para qué sirve la oración según Dios. El pasaje más importante es lo que conocemos como El Padre Nuestro o, como algunos estudiosos lo llaman, la Oración del Discípulo. Las primeras palabras son significativas y fundamentan el concepto de oración: «Padre nuestro que estás en el cielo». Esta es una frase única del cristianismo. En esas dos palabras («Padre nuestro») reconocemos, al menos de manera implícita, dos verdades: la cercanía de Dios como Padre celestial y la soberanía del Señor como aquel que lo controla todo. Al clamar en oración: «Padre celestial», estás admitiendo su presencia en tu vida.

Después del Padre Nuestro y como conclusión a este, Jesús nos revela que Dios nos dará el Espíritu Santo, que lleva su presencia, a todo el que lo pida (Lc 11:13). Esto no

lo articula como una pregunta, ¡sino como una exclamación! Dios le dará su presencia a quien lo pida; esto queda garantizado. ¡Puedes contar con ello!

Es triste que no escuchemos esto con más frecuencia en la actualidad. Hemos convertido la oración en un medio para alcanzar nuestros deseos. Casi nunca esperamos lo suficiente como para analizar qué desea Dios para nosotros en ese momento. Al limitar la evidencia de la presencia del Espíritu Santo a un solo don, le hemos arrebatado a las personas la Presencia Santa que nos motiva en la oración, intercede por nosotros cuando no logramos expresarnos y nos consuela en tiempos de necesidad.

Nuestra máxima necesidad actual es la presencia de Dios en nosotros. En un giro extraordinario, la presencia de Dios, el Espíritu Santo, convierte a Dios en el facilitador de nuestras oraciones y en el proveedor de respuestas a ellas. Este es el propósito más importante de la oración.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué nos revelan sobre Dios las enseñanzas de Jesús sobre la oración? ¿Qué exponen sobre nuestras necesidades?
2. ¿Cuál es el regalo definitivo que Dios quiere darnos en la oración (ver Lucas 11:13)? ¿Qué nos informa esta perspectiva sobre lo que Dios desea para sus hijos?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Crisóstomo afirmó que la oración es una muestra espléndida de los tesoros y el poder de Dios. ¿Has experimentado esto? Lee las oraciones del profeta Daniel o infórmate sobre la vida y los escritos de Juan Crisóstomo.

2. Es fácil convertir a la oración en un medio para cumplir nuestros deseos. ¿Cómo puede cambiar tu forma de orar saber que la presencia de Dios habita en tu interior?

REPOSICIONAR LOS MUEBLES

Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda. Por eso Caín se enfureció y andaba cabizbajo. Entonces el Señor le dijo: «[. . .] Si hicieras lo bueno, podrías andar con la frente en alto. Pero, si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte. No obstante, tú puedes dominarlo».

GN 4:4-7

La historia puede suscitar las preguntas más esenciales de la vida y a veces con una fuerza extraordinaria. Los periodistas, junto a ruinas y caos, transmiten horrores a diario. Cuando enfrentamos una realidad atroz, una pregunta inevitable aparece: ¿Por qué? En ocasiones, incluso el ámbito internacional se ve obligado a postular esta interrogante.

Sin embargo, preguntar «¿Por qué?» en presencia de un acto violento (tan dolorosas como pueden llegar a ser tales atrocidades absurdas) es irrelevante a no ser que nos cuestionemos sobre la vida misma: ¿Por qué existimos? ¡Ah! Pero esa pregunta queda descalificada como irrelevante en una cultura con una academia sofisticada. Entonces, ¿no es esta una contradicción autodestructiva para aquellos que rechazan la noción de una moralidad objetiva? Quienes reducen el mundo a meros procesos

físicos están jugando sucio cuando entran en un terreno metafísico.

En contraste, una vez más Dios nos invita a acercarnos con sus llamados a un mundo sordo a la moralidad. Es cierto que las interrogantes expuestas provienen de dos grupos. El dolor íntimo y profundo de aquellos para quienes la pérdida ha sido personal y abrumadora no se puede resolver de manera simplista. Para ellos, hay alguien que les habla desde la cruz. También hay otra parte en este dilema: comprender cómo y por qué el odio y el asesinato son concebidos y nutridos en el corazón humano.

Lo repito, el primer asesinato en la Biblia no ocurrió por tener teorías políticas irreconciliables. Que un hombre asesinara a su hermano fue un acto sin duda nacido de respuestas diferentes a Dios. El Señor percibió los celos y el odio de Caín hacia Abel y le advirtió al respecto: «Si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte. No obstante, tú puedes dominarlo».

Solo tenemos dos opciones. Uno, ir a Dios en sus términos y encontrar una paz perfecta en su aceptación. Dos, jugar a ser Dios, definir una moralidad propia y asesinar. La segunda opción nos convierte en fugitivos errantes, por siempre huyendo de la voz ensangrentada de nuestro hermano que clama desde el suelo. La vida es, en principio, sagrada y de un valor inestimable, ya pertenezca a un infante en plena niñez o a un anciano recluso. Ambos tienen algo en común: están hechos a la imagen de Dios.

Podemos intentar, mediante una duplicidad intelectual, reposicionar los muebles de la vida (sus elementos) y procurar definirlos solo en términos materiales. No obstante, siempre que leemos sobre genocidios y tráfico humano nos alejamos con repugnancia al comprender que no existe armonía en la «decoración» secular, pues el llamado interno de lo sagrado no se puede suprimir. Por esto preguntamos «¿Por qué?» frente a las noticias: no podemos silenciar la voz tranquila y sutil dentro de nosotros, que nos habla de la santidad intrínseca de la vida y nos dice que no debe ser quebrantada.

Sin importar cuánto lo intentemos, el resultado lógico de negar un absoluto es imposible de escapar. Dios se lo

mostró a Caín y ahora nos lo explica a nosotros: «Si haces lo malo, el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte». Caín se convirtió en un asesino porque se rehusó a adorar al Dios viviente y eligió entronarse a través de la violencia. Este es un aspecto de la sociedad moderna que hemos subestimado. Al hacerlo, hemos desechado incluso el sentido común. Dios no es solo el Creador que nos define de manera filosófica, sino también el proveedor que nos acompaña existencialmente en nuestra necesidad. Él nos regala la confianza y la seguridad de que somos amados y no huérfanos.

Si queremos resolver el problema agobiante de la violencia, tendremos que modificar nuestra percepción de manera radical. Debemos reconocer tanto lo visible como lo invisible, pues lo segundo precede a lo primero. Sería adecuado reconocer que, mucho antes de que las noticias causen estragos en nuestra mente, ya han causado un caos mayor en las mentes y los corazones de quienes las ponen en marcha. La autoridad del ser humano no puede lidiar con esa devastación interna, pero Dios sí puede. Esta guerra invisible es una lucha espiritual. Tenemos la opción de someternos a Dios o de jugar a ser él. Solo el Señor puede obtener esa victoria. Mientras más rápido comprendamos y aceptemos nuestra necesidad, más cerca estaremos de abandonar nuestra sintomática reorganización de muebles y de ir a casa para ser sanados.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Examina algunas de las formas en que procuramos reposicionar «los muebles de la vida» para que calcen con nuestra visión de cómo debería funcionar el mundo.
2. ¿Cuál es la guerra invisible en que luchamos? ¿Cuál es la solución?

APLICACIÓN PERSONAL

1. La Escritura nos revela que todos somos propensos al asesinato en nuestro corazón. Si posees ira y conflictos pendientes, pídele a Dios que obre en ti y te dé paz, perdón y sanidad.
2. ¿Alguna vez la violencia y el dolor te han mostrado tu necesidad de Dios? ¿Cómo podrías ministrar a alguien en una situación parecida?

30

EL VALOR DE ALGO

En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. Y no solo en esto, sino también en nuestros sufrimientos, porque sabemos que el sufrimiento produce perseverancia; la perseverancia, entereza de carácter; la entereza de carácter, esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado.

RO 5:1-5

Mientras impartía una conferencia en una universidad estadounidense, me entregaron una nota manuscrita con una pregunta de un estudiante que no deseaba acercarse al micrófono. La nota decía: «El estado de la humanidad como la conocemos va cuesta abajo y creo que empeora cada vez. ¿Usted tiene esperanza en el futuro de la humanidad, específicamente la generación actual? Si la tiene, ¿cuál es su motivo?».

Yo quedé entristecido, pero también animado al leer la pregunta. Aquel corazón joven buscaba una salida al laberinto de conflictos que la humanidad enfrenta. Creo que él representa un vasto número de jóvenes en el mundo. En contradicción con la imagen de indiferencia que se nos

presenta de los estudiantes universitarios, este muchacho nos revela lo cercanos al pesimismo y la desesperación que están muchos de ellos.

Es difícil engañar a los estudiantes de hoy, pues no confían con facilidad. No obstante, sus interrogantes muestran una profundidad y un conocimiento de nuestro mundo que se pierde en los gritos del cinismo cultural o en el llanto desesperanzado del pesimismo. G. K. Chesterton afirma una idea importante: hay una diferencia inmensa entre la tristeza y el pesimismo. Él asevera: «La tristeza se sostiene en el valor de *algo* y el pesimismo en el valor de *nada*».¹ Si hablamos de la esperanza para el futuro, esta idea lo cambia todo.

En una ocasión almorcé con un ateo que insistía en que no hay evidencia de ningún tipo a favor de Dios. Mientras comíamos, me refirió lo mucho que amaba a su esposa y me explicó los detalles de su lucha con una enfermedad. Su esposa estaba muriendo y él no podía remediarlo. Luego de que todos los argumentos intelectuales habían colisionado con su resistencia obstinada y terca, le pregunté por qué amaba a su esposa. El hombre me observó.

Yo intervine: —¿No la ves como una mujer de valor intrínseco para ti?

—Sí —me respondió él.

Yo repliqué: —¿Pero cómo podría ella tener tanto valor si la vida no es más que un montón de químicos?

En ese momento, la conversación tomó un nuevo rumbo. Cuando nos levantamos de los asientos, él afirmó: —Sigue haciendo tu trabajo como hasta ahora. Tú nos devuelves el sentido común.

Comparto esta anécdota porque, y lo repito, el valor intrínseco y el problema del sufrimiento y el dolor nos apuntan a la realidad de la existencia de Dios. Ahora la pregunta es: ¿Quién es Dios?

Solo en el teísmo cristiano el amor preexiste en la Trinidad. Por lo tanto, el amor precede a la vida humana y se convierte en el valor absoluto para nosotros. Este absoluto solo podemos encontrarlo en Dios. Al conocer y amar al Señor, podemos atravesar las dificultades del dolor,

pues conocemos su conexión con la maldad y que será destruido por Aquel que es bueno y amoroso en la mayor medida. Es él quien nos ha dado las bases para las palabras *bueno* y *amor*, tanto en el concepto como en el lenguaje.

¿Qué pensamientos me asedian mientras examino el estado actual del mundo? Por sobre todo lo demás y del mismo modo que el joven de la universidad, yo quiero creer que hay esperanza en nuestro futuro. Veo razones para sentir tristeza, pero ella está fundamentada en el valor de las cosas. La esperanza, así como el carácter, toma años construirla y minutos quebrarla. Sin embargo, tanto la esperanza como el carácter pueden ir más allá de los instantes e invertir en aquello que tiene valor definitivo: una relación eterna con Dios.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuáles son las dimensiones múltiples de la esperanza que se presentan en Romanos 5?
2. Explica la observación de Chesterton: «La tristeza se sostiene en el valor de algo».

APLICACIÓN PERSONAL

1. «La esperanza, así como el carácter, toma años construirla y minutos quebrarla». ¿Cómo podría esta perspectiva guiar tus pasos durante la semana?
2. ¿Qué esperanza tienes y en qué está basada?

EL REGALO DE LA FE

Sdrac, Mesac y Abednego le respondieron a Nabucodonosor: —¡No hace falta que nos defendamos ante Su Majestad! Si se nos arroja al horno en llamas, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de las manos de Su Majestad. Pero, aun si nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua.

DN 3:16-18

Quizá estemos familiarizados con el concepto de que la fe en Dios produce obras. No obstante, con frecuencia olvidamos que lo opuesto también es cierto. Uno de los distintivos del pensamiento hebreo que vemos en la Escritura es la certeza de que el conocimiento de la verdad resulta de la obediencia. Los cristianos concebimos la *fe* como «convicción» o «confianza», como por lo general se traduce esta palabra griega en el Nuevo Testamento. Sin embargo, el equivalente a la palabra *fe* en el Antiguo Testamento se representa como «fidelidad». Esto sugiere que la obediencia construye y fortalece nuestra fe.

Una demostración clásica de este principio la recibimos en el encuentro entre Dios y Moisés. Cuando Moisés pidió una prueba de que Dios en realidad lo había llamado, el Señor afirmó: «Yo estaré contigo [. . .] Y te voy a dar una señal de que soy yo quien te envía: Cuando hayas sacado de Egipto a mi pueblo, todos ustedes me rendirán culto en

esta montaña» (Éx 3:12). La prueba del llamado de Dios vino después de la obediencia, no antes.

De manera similar, Ezequiel, Oseas y Jonás no querían llevar a cabo las instrucciones de Dios y lo cuestionaron al respecto. Cada latido del corazón los impulsaba a seguir otro rumbo. Pero Dios afirmó que ellos debían obedecer. La solución no era obedecer porque sintieran el deseo de hacerlo, sino obedecer para que su fe se fortaleciera.

En la Biblia encontramos otros ejemplos de esta lucha apremiante de obtener confianza en la sabiduría y la voluntad de Dios, incluso frente al peligro de la muerte. Pensemos en los tres amigos del profeta Daniel: Sadrac, Mesac y Abednego cuando enfrentaron la amenaza real del rey Nabucodonosor de lanzarlos al horno de fuego si no se sometían a su autoridad. El rey no era una persona benévola, mas ellos no abandonaron su compromiso con Dios. En efecto, los tres declararon: «Si se nos arroja al horno en llamas, el Dios al que servimos puede librarnos del horno [. . .] Pero, aun si nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua». Dios honró esa muestra de fe. En su misericordia, él los liberó incluso tras ser arrojados al fuego. Ellos, por su parte, experimentaron el triunfo de la fe al mantenerse firmes.

Estar alineados con la voluntad de Dios no es sencillo. Nabucodonosor había saqueado Jerusalén y su templo y había tomado cautivos a los judíos. El rey ordenó que Sadrac, Mesac, Abednego y Daniel fueran instruidos en la lengua y la filosofía babilonias durante tres años con el fin de que sirvieran en su reino. Aunque Daniel y sus amigos estaban envueltos en una cultura extranjera, ellos mantuvieron tres principios que les permitieron enfrentar las presiones de su entorno: pusieron un límite de resistencia, uno de dependencia y otro de confianza en Dios.

Estos hombres resistieron la tentación de adaptarse a la cultura pagana de Babilonia. Ellos dependían de Dios y conocían dónde acababan el conocimiento y la educación y dónde iniciaban la confianza y la sabiduría de Dios. Ellos creían que Dios es el máximo Juez, así como lo indica el nombre de Daniel. (*Daniel* significa «Dios es mi juez»).

¿Qué sucedió cuando ellos obedecieron al Señor? Tres reyes paganos se tornaron hacia Dios y, hacia el final del Libro de Daniel, alzaron una oración al Amo del firmamento. Los monarcas impregnaron a estos jóvenes de la filosofía babilonia y procuraron cambiar sus nombres y su cosmovisión. No obstante, los sirvientes fieles a Dios acabaron por cambiar la lealtad y la identidad de los reyes.

¿Todavía pueden suceder cosas similares? Así es. Sin duda en ocasiones es más fácil resistirnos a la voluntad de Dios que tener fe y confianza en él y en sus propósitos específicos para cada uno de nosotros. Sin embargo, desde los salones de Washington hasta las salas de juntas de Singapur, Dios sigue obrando entre su pueblo, en especial por medio de aquellos que oran.

La oración nos enseña fe, pero orar requiere esfuerzo. No es garantía de que obtendremos nuestros deseos ni tampoco es un sustituto de la acción. Por el contrario, la oración afianza nuestras acciones con la fuerza necesaria para marcar la diferencia. La fe es depender de Dios y, aunque no obtengamos nuestro deseo, nos permite conocer y amar a Aquel que tuvo motivos suficientes para negárnoslo por nuestro propio bien. La fe implica tener la certeza de que nuestro Señor supervisa nuestra vida y atiende nuestras necesidades, dependencias, éxitos y logros. Las relaciones más importantes de nuestra vida se basan en esta fe. Dicha certeza enfrenta el fracaso de los deseos con la victoria de la fe en Aquel que está en control.

Me atrevería a sugerir que a veces perdemos la capacidad de sentir y ver a Dios obrar porque elegimos no obedecerlo. Hay un peligro que todos llevamos dentro: sin importar lo que Dios haga, hay la posibilidad de que deseemos otro resultado. El don de la fe es precisamente lo que nos permite aceptar que Dios obra a su manera (que no siempre corresponde con la nuestra), en su tiempo y por sus propósitos. Es nuestro deber abandonar las dudas, alinearnos con el plan de Dios y esperar con paciencia a que la última pieza encaje en su lugar. Estas son las enseñanzas gloriosas de la fe. Nosotros actuamos, obedecemos, cedemos y nos sometemos a Dios, incluso

cuando nuestro instinto natural nos quiere llevar en dirección contraria.

Solo al ejercitar ese tipo de fe podremos aceptar cada momento y concebirlo como una porción pequeña de la gran historia de Dios. Para algunos, nuestra historia individual implicará un viaje largo, difícil y peligroso. No obstante, lo viviremos un momento y un día a la vez, cada instante fundamentado en la fuerza de la presencia de Dios en nosotros. Sin duda alguna podemos descansar en Él, con la misma confianza que Daniel y sus amigos tenían en que el Dios que servimos nos librará. Él así lo hará.

La fe verdadera no depende solo del poder de Dios, sino también de su sabiduría. El mundo la satiriza al no comprenderla. G. K. Chesterton estaba en lo correcto al afirmar: «La fe siempre está en desventaja, en una perpetua derrota, pero siempre sobrevive a sus conquistadores».¹

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué ejemplos en la Biblia apoyan la idea de que la obediencia nos lleva a conocer la verdad de Dios?
2. ¿En qué resultó la obediencia de Daniel y sus amigos hacia Dios? ¿Existe algún ejemplo contemporáneo de esa misma fidelidad que te inspire?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuáles fueron los tres principios que les ayudaron a Daniel y sus amigos a obedecer a Dios en las situaciones peligrosas? ¿Has trazado estos límites también? ¿Cómo y dónde los implementaste?
2. A veces no logramos percibir la obra de Dios porque elegimos no obedecerlo. ¿Existe algún área en tu

vida que necesites presentar ante Dios y confiar que él te responderá a su modo y en su tiempo?

LA LUZ DEL EVANGELIO

Ustedes son la luz del mundo. Una ciudad en lo alto de una colina no puede esconderse. Ni se enciende una lámpara para cubrirla con un cajón. Por el contrario, se pone en la repisa para que alumbre a todos los que están en la casa. Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo.

MT 5:14-16

La India es el país que más películas produce en el mundo. Crecer ahí implica estar en una cultura en que las personas se amontonan frente a la gran pantalla. El romance en las películas era típico mientras yo crecía. Puesto que los besos estaban prohibidos, los romances generalmente presentaban a un chico que conocía a una chica. Luego, la situación culminaba con rostros embelesados y con los amantes persiguiéndose entre los árboles con una música melodramática de fondo. En pocas palabras, eran adultos jugando al escondite en medio de la jungla. Cuando llegaba el momento esperado del abrazo, la escena cambiaba y el público aplaudía.

A un comediante indio que redactó una columna de preguntas y respuestas en una revista nacional de cine se le preguntó lo siguiente: «¿Qué diferencia hay entre el amor en el cine de Occidente y en el de la India?». El comediante respondió con una sola palabra: «Árboles». El cine indio ha

cambiado mucho desde entonces, pero no haré comentarios.

En las preguntas existenciales de la vida y en las batallas de nuestra mente los árboles que separan las culturas son numerosos. Detrás de las diferencias superficiales yacen las discrepancias importantes: los valores, la religión y la cosmovisión. En mi trabajo de defender la fe cristiana, Dios me ha dado el privilegio de impartir conferencias en todos los continentes y en docenas de ciudades. Con frecuencia, mi público han sido personas con una perspectiva espiritual radicalmente distinta a la mía. Yo he experimentado cómo los asuntos religiosos se pueden discutir sin poner en riesgo nuestras creencias, pero con cariño, amabilidad y respeto. Aunque ciertas creencias específicas puedan ofender a otros, hay maneras de expresarlas sin ser ofensivos.

Una vez visité el sudeste de Asia y conocí a un agradable hombre musulmán. Él era un asistente del servicio de habitaciones en mi hotel. Cada día él venía a arreglar mi habitación, preparaba una taza de té y conversábamos. Incluso llegó a comprarme unas películas indias antiguas para que yo me entretuviera. En su día libre, el hombre me acompañó a conocer la ciudad y visitamos varios lugares de adoración. Jamás olvidaré a ese señor.

En una ocasión, nos invitó a mi esposa y a mí a cenar en su hogar. Nos hicimos buenos amigos. Él conocía mis creencias opuestas a las suyas y me preguntaba al respecto. Quisiera que más personas mostraran la amabilidad de ese hombre.

Ese es precisamente mi argumento: podemos tener creencias muy distintas sin enojarnos u ofendernos. Yo sostengo mis creencias con firmeza. El fundamento de todo mi trabajo ha sido la convicción de que solo Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Puesto que estoy convencido de esto, siento el impulso de compartirlo con los demás. Sin embargo, quiero ir más allá de solo discutir principios y doctrinas: anhozo vivir con gentileza y respeto, basándome en el amor hacia todas las personas, de modo que la luz del evangelio brille a través de nuestras diferencias.

En un mundo donde nos separan árboles inmensos y las discusiones sobre la verdad absoluta suelen generar más calor que luz, debemos procurar unirnos y discutir la verdad de manera abierta. Los obstáculos para creer son muchos, pero el puente al corazón de los demás no debe perderse. Solo entonces tendremos una paz genuina, que será posible mediante la gracia de Dios.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Puedes identificar diferencias culturales entre tú y los demás que causan división al discutir los valores y la religión?
2. Según 1 Pedro 3:15, ¿cuáles son los dos elementos cruciales al interactuar con aquellos que tienen cosmovisiones diferentes a la nuestra?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Conoces a alguien que tenga una cultura y una cosmovisión radicalmente distintas a la tuya? Piensa de qué manera tu amistad y tu amabilidad podrían ser un puente para revelar el amor de Cristo.
2. Los principios de la fe cristiana son esenciales. Sin embargo, si no tenemos amor, somos como un «címbalo que retiñe» (ver 1 Co 13, RVR1995). Aprender a amar lleva una vida entera. No obstante, ¿qué podrías hacer hoy para aumentar tu amor y hacer brillar la luz del evangelio?

MUÉSTRANOS AL PADRE

—Señor —dijo Felipe—, muéstranos al Padre y con eso nos basta.

—¡Pero, Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes, y todavía no me conoces? El que me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo puedes decirme: “Muéstranos al Padre”? ¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? Las palabras que yo les comunico, no las hablo como cosa mía, sino que es el Padre, que está en mí, el que realiza sus obras.

JN 14:8-10

Una vez asistimos a un culto de Nochebuena donde realizaron una obra. Era un monólogo de José, que sostenía a Jesús y le hablaba momentos después de nacer. El hombre miró el rostro del bebé y, con las observaciones típicas de un nuevo padre, habló del parecido de Jesús con su madre. De pronto, se detuvo. Luego susurró con toda seriedad: «Me pregunto cómo luce tu Padre». Uno podía sentir que los cientos de personas en la audiencia se preguntaban lo mismo.

En el transcurso de la historia, artistas, escritores, músicos, eruditos y todo el que haya leído la vida de Jesús se ha preguntado cómo lucía él. Es curioso que quienes lo vieron llevaron esa búsqueda un paso más allá. Ellos le pidieron: «Muéstranos al Padre». En efecto, una de las preguntas iniciales que los discípulos hicieron sobre Jesús fue: «¿Dónde vives?». (Solo por congraciarse, él pudo

haberles respondido: «Si te lo dijera, jamás me creerías»). Muchos se han preguntado cómo lucía tanto el Jesús histórico como el Dios Creador.

San Agustín escribió sobre un encuentro fáustico en el que se le ofreció un placer pasajero con la condición de que abandonara la posibilidad de ver a Dios. San Agustín concluyó sin dudar: «Ningún placer vale esa pérdida».

En su gracia y su misericordia, el Padre nos ha bendecido con intelectos y sentidos que anhelan verlo, escucharlo y conocerlo. De igual manera, Dios nos ha otorgado imaginaciones libres, aunque limitadas. El Señor nos advirtió que no hiciéramos imágenes de él. Es importante recordar que, si bien exaltamos a una persona cuando le hacemos una escultura o la pintamos en un lienzo, se nos advierte que procurar hacer lo mismo con Dios reduce su grandeza. Restringir a Dios implica el peligro de mostrar nuestro prejuicio y de ser contradictorios.

La Biblia no revela demasiado la apariencia física de Jesús. Por lo tanto, tendremos que esperar el día en que «todos lo verán». Sin embargo, aunque la información sobre su aspecto ha sido escasa (y con razón), la Escritura es generosa al describir la persona de Dios, su carácter y la forma amorosa en que se nos reveló por medio de Jesús. Al examinar con cuidado el texto podemos comprender la profundidad de la respuesta de Dios al clamor humano: ¿Quién eres, Dios? Esta debería ser la búsqueda fundamental de todo hombre, mujer y niño, pues de ese conocimiento fluyen las respuestas a las interrogantes del corazón y la mente.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué características del Dios Padre nos muestra la Escritura?
2. Jesús afirmó: «El que me ha visto a mí ha visto al Padre». ¿De qué manera Cristo nos muestra al Padre?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Para muchas personas, la paternidad de Dios provoca asociaciones negativas con un padre o madre terrenal. ¿Qué aspecto del carácter de Dios debes creer con más intensidad? ¿Su fidelidad, su amor, su protección o su compasión?
2. Piensa en cómo la respuesta a la pregunta «¿Quién eres, Dios?» suple las necesidades más profundas de tu corazón y tu mente. Pídele a Dios que se revele hoy en el área en que más lo necesitas.

PROBAR LA ADORACIÓN

¿Está afligido alguno entre ustedes? Que ore. ¿Está alguno de buen ánimo? Que cante alabanzas. ¿Está enfermo alguno de ustedes? Haga llamar a los ancianos de la iglesia para que oren por él y lo unjan con aceite en el nombre del Señor. La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y, si ha pecado, su pecado se le perdonará. Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz.

STG 5:13-16

Hace años leí una definición de adoración que hasta hoy resuena con términos claros y poderosos. El autor de esta definición fue el famoso arzobispo William Temple: «La adoración es la sumisión de toda nuestra naturaleza a Dios. Es agilizar la conciencia mediante su santidad; nutrir la mente con su verdad; purificar la imaginación con su belleza; abrir el corazón a su amor; someter nuestra voluntad a su propósito. Todo esto junto en la alabanza forma la emoción más pura de la que nuestra naturaleza es capaz».¹

Mientras más examino esa definición, más convencido estoy de que, si la adoración se practica con integridad entre el pueblo de Dios, puede convertirse en el factor evangelizador más efectivo en nuestra cultura posmoderna. Es crucial que, al planificar los servicios de alabanza y adoración, el pastor y los líderes de la iglesia presten

atención a todos los aspectos necesarios. Es imperioso que se aseguren de que la adoración retiene su integridad y su propósito. De manera general, las personas van a la iglesia abatidos por este mundo de engaños, distracciones y demandas. La gente experimenta una extracción de energía emocional y espiritual que los lleva con «el tanque vacío» hacia la comunidad. El trabajo del ministro y de los líderes de adoración es alistarse durante la semana para ser instrumentos de restauración y ofrecer energía fresca al alma.

Por supuesto, tan solo estar en presencia de otros creyentes en la adoración ya nos restaura el espíritu. Solemos subestimar el poder de un pueblo con una misma mente y parecer. Como ya he mencionado antes, la oración puede rescatar al corazón hambriento y librar sus pasos en tiempos peligrosos.

Años atrás, algunos de mis colegas y yo estábamos en un país dominado por el marxismo durante décadas. Antes de iniciar con las reuniones, unos amigos que teníamos en común nos invitaron a cenar. Todos ellos eran escépticos y prácticamente ateos. Hubo muchas preguntas esa noche; la mayoría fueron propuestas por un notable físico teórico. También había otras personas que representaban diferentes autoridades en aquella sociedad. Mientras la noche transcurría, sentimos que nos habíamos cuestionado por demasiado tiempo y que quizá argumentábamos en círculos.

En ese momento les pregunté si podíamos orar por ellos y por su país antes de retirarnos. Hubo un silencio de evidente reticencia. Luego, uno de ellos respondió: «Por supuesto».

Entonces oramos. En aquel comedor enorme y de trascendencia histórica para ellos (con tantas memorias del poder secular impregnado en aquellas paredes) la oración suscitó un silencio tranquilo, señal de que estábamos en presencia de Alguien mayor que nosotros. Al terminar, sus ojos estaban húmedos y nadie habló. Ellos nos abrazaron y nos agradecieron con rostros cargados de emoción.

Cuando los volvimos a ver el siguiente día, uno de ellos comentó: «Anoche regresamos a nuestras habitaciones al

amanecer. De hecho, yo me quedé conversando en el vestíbulo de mi hotel la mayor parte de la noche. Después regresé a mi cuarto y le entregué mi vida a Jesucristo».

Tengo la certeza de que fue la oración lo que les permitió probar el sabor de la adoración. Sus corazones jamás habían experimentado algo así.

En el transcurso de los años, he descubierto que, a veces, orar con alguien puede beneficiarlos más que solo predicarles. La oración aleja el corazón de la dependencia en sí mismo para apoyarse en el Dios soberano. La carga desaparece de inmediato, en especial cuando escuchamos orar a una persona que cree con firmeza en el amor y la presencia constante de Dios. Una respuesta superficial no cambia el parecer de alguien en necesidad, pero la oración sí.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Según William Temple (y también la Escritura), ¿qué es la adoración?
2. Considera las maneras en que podemos reaccionar a la oración y a la evangelización cuando somos nosotros quienes escuchamos a alguien más.

APLICACIÓN PERSONAL

1. La oración es una muestra de la adoración y nos lleva a la intimidad con Dios. Agradécele a Dios por el regalo de la oración y el privilegio de disfrutar su compañía.
2. ¿Existe una carga que puedas aligerar hoy si intercedes por alguien más? ¿Puedes pedirle a otra persona que haga lo mismo por ti?

TEMPLOS VIVIENTES

Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que una persona comete quedan fuera de su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios.

1 CO 6:18-20

A finales de la década de 1970, el sociólogo Daniel Bell definió *cultura* como «el esfuerzo por proveer una serie de respuestas coherentes a los dilemas existenciales que confrontan a todos los seres humanos durante sus vidas».¹ Desde lo que estimamos hasta lo que aborrecemos, desde cómo vivimos hasta cómo morimos, desde lo sagrado hasta lo profano, en cada decisión que tomamos procuramos encontrarle el sentido a la vida. La cultura es el pegamento que mantiene juntos nuestros valores comunes.

Es extraño que hoy entender la cultura en esos términos puede ser anticuado. Por ejemplo, en una ocasión, mientras impartía una conferencia en cierta universidad, una estudiante se precipitó hacia el micrófono y vociferó:

—¿Quién le dijo a usted que la cultura es la búsqueda de la coherencia? ¿De dónde sacó esa idea? La coherencia es un concepto Occidental.

Sorprendido, le recordé que tan solo había presentado la definición de un sociólogo.

Ella respondió con gritos: —¡Ah! ¡Palabras! ¡Solo palabras!

—Déjame preguntarte lo siguiente: ¿quieres que mi respuesta sea coherente? —añadí.

En aquel instante, una ola de risa cubrió el auditorio. Ella no supo qué decir por unos segundos. Luego afirmó: —Pero es solo el lenguaje, ¿no?

Le pregunté si el lenguaje tenía algo que ver con la realidad: —¿No hacen referencia a algo las palabras? Si buscas una respuesta coherente en mí, ¿no debería existir una correspondencia entre mis palabras y la realidad? ¿Entonces de qué manera podemos lograr esto en nuestra cultura?

Sin duda alguna, aquella estudiante solo reflejaba el pensamiento actual: no hay verdad, ni sentido, ni certeza. Ahora afirman que el lenguaje está desconectado de la realidad y que la verdad está separada del sentido. Lo que resta es un modo de pensar básicamente condicionado por nuestros apetitos y propensiones; así, la vida queda definida por nuestras pasiones desenfrenadas. Por lo tanto, hoy la incoherencia es algo normal.

En un contraste radical, la Escritura afirma que nuestras vidas fueron diseñadas para ser templo del Dios viviente: «¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios?» (1 Co 6:19).

Solo al entender el significado de que nuestros cuerpos son el templo de Dios, podremos comprender qué es vivir y cómo surge la coherencia. Pues verás, la vida no es sagrada porque vamos a un sitio de adoración, sino que vamos a adorar porque la vida es sagrada y nos impulsa a ello. En este sentido, donde sea que estés, no puedes movilizarte sin el templo. Profánalo y cosecharás incoherencia; mantenlo en santidad y tendrás armonía.

El mismo Jesús se refirió a su cuerpo como templo de Dios (ver Jn 2:19-21). Si estamos en Cristo, no nos pertenecemos, pues su sangre preciosa nos compró y hemos sido llamados «cuerpo de Cristo»: «Ahora bien,

ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno es miembro de ese cuerpo» (1 Co 12:27). ¡Qué verdad tan impresionante y maravillosa! Anhele que todo nuestro ser refleje el propósito de Dios para nuestra vida. En esta verdad hallaremos la auténtica coherencia y la paz.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuál es la función de un templo? ¿Cómo lo describirías?
2. Lee 1 Corintios 1. ¿De qué manera se concibe a la iglesia como el cuerpo de Cristo?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Qué pensamientos y sentimientos te suscita la verdad de que nuestros cuerpos son el templo de Dios, dónde reside su Espíritu? ¿Cómo podrías vivir hoy de acuerdo a este hecho?
2. «Ustedes no son sus propios dueños; fueron comprados por un precio». Le perteneces a Dios. ¡Eres su hijo! Alaba al Señor por darnos su «don inefable» (2 Co 9:15).

36

UN FARO DE ESPERANZA

El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines [. . .]

Y se decían el uno al otro:

«Santo, santo, santo es el SEÑOR Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria».

Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité:

«¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros [. . .], ¡y no obstante mis ojos han visto al Rey, al SEÑOR Todopoderoso!».

IS 6:1-5

Hay una historia de un cínico que está sentado debajo de un nogal y que eleva un monólogo irónico a Dios. La crítica detallaba lo que él consideraba el fracaso de Dios al no seguir las reglas del diseño estructural. El cínico habló así: «Señor, ¿por qué creaste un árbol grande y fuerte como este, pero con nueces tan pequeñas y ligeras? Por otro lado, creaste plantas pequeñas y tiernas para sostener sandías enormes».

Mientras el hombre se reía de la desproporción del universo de Dios, una nuez cayó sobre su cabeza. Quedó aturdido por un momento y luego exclamó: «¡Gracias a Dios que no fue una sandía!».

Una cosmovisión justificable debe poder explicar las realidades ineludibles de la vida. Como cristianos que afirman la existencia de un Dios de amor y sabiduría, anhelamos ser faros de esperanza en este mundo y presenciar cómo la luz de la Escritura suaviza al cínico y al ateo por igual. No obstante, si somos honestos, admitiremos que en ocasiones también nosotros luchamos por comprender el mundo y el diseño soberano de Dios; sobre todo en tiempos de sufrimiento y confusión.

¿Recuerdas a Job? Él estaba cansado de sufrir y procuró encontrar una respuesta para su dilema. Job argumentó basado en la necesidad de conocer lo que estaba pasando; solo en posesión de aquel conocimiento podría disipar su confusión y sufrimiento. Sin embargo, Dios habló y confrontó las conjeturas de Job; le recordó que había mucho que él no conocía y que solo había aceptado y creído mediante deducciones. A pesar del cínico debajo del nogal, el argumento del diseño fue la herramienta que Dios utilizó con Job. El Señor le explicó, como primera medida nada más, que existían mil y una cosas que él no entendía y que solo las había dado por sentadas. Ante la presencia de Dios, Job quedó perplejo y confesó: «¿Qué puedo responderte, si soy tan indigno? [. . .] Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas» (Job 40:4, 42:3).

El profeta Isaías describió de manera similar su estado de fascinación cuando Dios se le reveló. A pesar de que Isaías era un hombre moral, cayó al suelo y percibió que no era digno de estar en la presencia de Dios. De hecho, no solo estaba en la presencia de alguien superior, sino de Aquel que es el medio y la razón de que la pureza tenga un punto de referencia. Por eso Isaías quedó deslumbrado.

Dios no es solo bueno, sino también santo. Él es la fuente trascendente de bondad: no solo lo «mejor» en una jerarquía de elecciones, sino el criterio mismo que determina las diferencias. Dios habita en una luz indescriptible. Para nosotros, las categorías morales se organizan mediante comparaciones y jerarquías. Mediante el juicio o las emociones decidimos que una cosa es mejor

que otra. Creemos que nuestra cultura es moralmente más avanzada que las demás. No obstante, la existencia de Dios modifica estas categorías y nos lleva a reconocer la esencia de aquello que sustenta a la *bondad*.

Esta diferencia es el factor que hace casi imposible que un escéptico comprenda el argumento. La santidad no es solo bondad. «¿Por qué Dios no nos creó de modo que solo hiciéramos el bien?». «¿Por qué les suceden cosas malas a las personas buenas?». Si bien lo opuesto a la maldad, en grado, puede ser la bondad, el opuesto de la maldad absoluta, en clase, es la santidad absoluta. En el contexto bíblico, la idea de santidad es la *otredad* formidable de Dios. Él no se revela solo como bueno, sino también como santo.

No existen contradicciones en Dios. Él no se autodestruye ni puede dejar de ser. Dios existe eternamente en una pureza sublime que trasciende la jerarquía de categorías. A los seres humanos nos encanta el concepto de santidad cuando estamos en lo correcto. Sin embargo, nos tornamos reticentes a aplicarlo cuando estamos equivocados y se nos pone bajo el escrutinio implacable de su luz.

En realidad, el problema del mal inicia conmigo. La oscuridad está en nuestro interior.

Además, por ejemplo, la respuesta de Jesús a la pregunta sobre el ciego en Juan 9 nos brinda un poder y una esperanza extraordinarias. Las personas deseaban conocer por qué aquel hombre había nacido ciego. Jesús respondió que la ceguera no se debía ni al pecado de ese hombre ni al de sus padres. En realidad, el propósito de su condición era que la gloria de Dios fuera evidente en su vida. La enseñanza es radical y el mensaje profundo. La oscuridad física tiene consecuencias tangibles e impide a una persona ver la realidad palpable. Sin duda es una tragedia, pero no de la misma magnitud que la devastadora ceguera espiritual. El propósito de que Jesús sanara al ciego era atraer a los que tenían ceguera espiritual para que buscaran la sanidad de sus almas en Cristo.

Aunque era sordo, cuando Beethoven veía la reacción de entusiasmo del público a sus composiciones, él

resonaba en el exterior con sus designios internos. Beethoven no podía escuchar su propia música, pero sí lograba sentir la armonía que deseaba expresar. Lo mismo ocurre con nosotros. Conocemos nuestro interior empobrecido y nuestros anhelos más profundos. Esto debería acercarnos a las riquezas que solo Dios, por medio de Cristo, puede concedernos.

Solo cuando sometemos nuestra vida a la luz de la verdad de Dios podemos ver con claridad y ser un faro de esperanza y sanidad para este mundo perdido. La veracidad del corazón precede la verdad en el mundo objetivo. El problema del mal tiene una causa definitiva: la resistencia a la santidad de Dios que envuelve a la creación. Al final, existe solo una esperanza de vida: el desempeño glorioso de Dios en el alma humana. Este cambio dispone el corazón para ser parte de la solución y no del problema. Nuestra reforma inicia a los pies de la cruz.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Dios no es solo bueno, ni su santidad se limita a la bondad. Explica esta idea.
2. ¿Cómo define la Escritura la santidad? ¿A qué nos referimos con otredad?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Lee Isaías 6 o Apocalipsis 4. ¿Cómo se conecta la santidad de Dios con la adoración y la intimidad con él?
2. ¿Cómo podrías ser un faro de la esperanza del Señor en tu medio de influencia esta semana?

LOS LIBROS QUE LEEMOS

Pero tú permanece firme en lo que has aprendido y de lo cual estás convencido, pues sabes de quiénes lo aprendiste. Desde tu niñez conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría necesaria para la salvación mediante la fe en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra.

2 TI 3:14-17

Mi suegro y yo solíamos conversar con algo de tristeza sobre librerías de tomos usados que habíamos visitado. Sin embargo, él me contó una historia muy superior a las demás.

Él se encontraba en una librería sofisticada de Toronto. Este lugar estaba pensado para la comunidad académica y en él abundaba la tradición clásica. De pronto, al local ingresó un hombre un tanto burdo, con un overol grasiento, y le gritó al dueño: «¿Cuánto me cuesta comprar cuarenta metros de libros?».

El dueño quedó perplejo, pues nunca antes había vendido libros académicos por metro. Entonces respondió: «Bueno. . . ¿qué va a hacer con ellos?». Todos los clientes que habían escuchado habían dejado de leer y estaban con los oídos listos para escuchar la revelación.

Resulta que el hombre había sido enviado por unos líderes del sindicato que iban a ser los anfitriones de sus educados colegas en la gerencia. El propósito era sobrepasar un punto muerto en unas negociaciones bastante volátiles. Por eso los líderes del sindicato querían decorar las oficinas con las filas de libros. ¿Por qué? Ellos deseaban parecer intimidantes, portentos ideológicos, para aterrorizar a la oposición.

Interesante historia, ¿no?

Salomón nos recuerda que no hay nada nuevo bajo el sol. Por eso supongo que en el transcurso de la historia ya había sucedido algo similar. Después de todo, competir por la superioridad literaria es tan antiguo como la página escrita. Sin duda muchos de nosotros hemos adquirido libros clásicos que, a fin de cuentas, han servido para otros propósitos, como dar la apariencia de que somos sabios.

Se cuenta que una señora le escribió una carta al famoso escritor A. W. Tozer donde le agradecía por su devocional cristiano, ¡pues calzaba perfecto en su jaula para aves! En una ocasión, Groucho Marx le respondió esto a un autor: «Desde que tomé tu libro hasta que lo solté no pude dejar de reír. Me he propuesto leerlo algún día».

Es posible que existan libros como ese en tu vida; aunque no te hagan reír del mismo modo, jamás los has considerado con seriedad. Un crítico comentó sobre el libro *Historia del tiempo*, del difunto Stephen Hawking, que destruyó todos los récords de venta en el Reino Unido, que sería uno de los libros más comprados y menos leídos de la actualidad.

Sin embargo, ¿quién de nosotros no ha viajado a otros mundos o adquirido lecciones que nos cambiaron la vida al leer un libro? Amigos, no subestimen el poder de la lectura. Estoy convencido de que los libros que hemos leído han ayudado a moldear nuestra vida con más intención y permanencia de lo que suponemos.

El rey Salomón afirmó: «No hay fin de hacer muchos libros», pero adquirir sabiduría «preserva la vida de sus poseedores» (Ec 12:12, RVR1960; 7:12, LBLA). Y en esto solo el libro entre los libros, la Biblia, supera a todos los demás. «Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más

cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4:12). La Biblia permanecerá incluso después de que sus portadores desaparezcan; ella continuará transformando corazones y mentes en toda cultura y generación gracias al poder regenerativo de la Palabra.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Considera cómo leer mucho, o tener una oficina cargada de libros, puede ser intimidante. ¿Cómo podría serlo un poco menos?
2. En nuestra era de redes sociales, ¿cómo nos estimula la cultura a darle un uso incorrecto al conocimiento y a nuestra educación para ganar ventaja o presentar una imagen particular de nosotros mismos?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Qué libros te han impactado con mayor fuerza?
¿Por qué crees que han cambiado tu vida?
2. ¿Qué nos revelan 2 Timoteo 3 y Hebreos 4 sobre la Palabra de Dios y sus efectos? ¿Cómo te ha cambiado la vida leer la Escritura?

EN LO CORRECTO DONDE NOSOTROS NOS EQUIVOCAMOS

Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza. [. . .] Ocuúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen.

1 TI 4:12,15-16, RVR 1995

Platón afirmó una vez que estaba agradecido de haber nacido griego y no bárbaro, hombre libre y no esclavo, hombre y no mujer y, más que nada, de haber nacido en los tiempos de Sócrates.

¿No sientes, así como yo, una punzada de incomodidad al escuchar eso? Su declaración revela dos de nuestras luchas perennes: encontrar una filosofía por la cual vivir y corregir nuestros prejuicios internos. Uno podría pensar que la conexión entre estos dos aspectos es demasiado evidente como para ignorarla. El que estas ideas se afecten entre sí es un hecho que debería confrontarnos. No obstante, la historia nos ha enseñado que no aprendemos mucho de nuestro pasado. Tampoco nos detenemos a justificar nuestras creencias ni a asegurarnos de que nuestra doctrina y conducta tengan una conexión vivificadora. Que nadie separe lo que Dios ha unido.

En una ocasión me pidieron que impartiera una conferencia sobre ética en una universidad que no mencionaré. Allí me atreví a mostrar la quiebra racional y práctica de las teorías humanísticas. Además, contrasté dichas perspectivas con la base bíblica para la ética. Al finalizar, hubo un silencio extenso. Después, una profesora habló: «Su teoría suena bien, pero la verdadera interrogante es: ¿cómo logro que mis estudiantes sean éticos, que no copien en los exámenes, que digan la verdad?».

Aquella pregunta me pareció muy oportuna porque, en realidad, ese era el punto de la conferencia. Sin embargo, yo no estaba preparado para lo que aconteció luego.

Después de la sesión de preguntas y respuestas, se me acercó una estudiante y me planteó un verdadero dilema:

—Mi profesora me pidió que asistiera hoy a su conferencia. Se suponía que estuviera en desacuerdo con usted y que redactara un texto sobre eso. No obstante, tras escuchar sus argumentos, me di cuenta de que coincido con usted. Ahora tengo un problema serio. Si escribo a favor de su posición, me asignarán una nota baja o me reprobarán. Por otro lado, ella me dijo que, si estoy en desacuerdo con usted, sin duda tendré una nota alta. Mi problema es que si digo la verdad me arriesgo a fallar.

Un poco desconcertado, la miré y pregunté: —¿Tu profesora asistió al foro?

Hubo un silencio breve y luego respondió con suavidad: —Sí.

—¿Quién era? —le pregunté.

Ella respondió: —Era la persona que pidió dejar a un lado la teoría por un momento y preguntó cómo lograr que los estudiantes no copiaran en los exámenes y que dijeran la verdad.

¿Qué te parece? Yo quedé estupefacto. ¿Hay alguna duda de por qué tantos estudiantes universitarios no logran conectar el intelecto con la vida? ¿Y de por qué encarnan una larga serie de contradicciones, pues han sido instruidos por profesionales de la ética que han separado el corazón de la mente y esperan todavía poder vivir?

Por eso Pablo le advirtió a Timoteo que guardara la Escritura, pues lo haría «sabio para la salvación» (2 Ti 3:15, RVR1995). También le instruyó: «Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina» (1 Ti 4:16, RVR1995). La Biblia es significativa y personal porque es verdadera, pero no es verdadera porque logremos elegir fragmentos para ganar ventaja o manipularla para que se ajuste con nuestra opinión personal. El significado y la aplicación pueden prostituirse frente al altar de la gratificación personal. Sin embargo, la verdad permanecerá firme en la historia cuando todos los que se oponen a ella digan su parte.

G. K. Chesterton tuvo razón al decir: «No nos conviene una religión que coincida en todo con nuestra opinión. Lo mejor es una religión que esté en lo correcto donde nosotros nos equivocamos».¹ Solo la Palabra de Dios nos ofrece esa acción correctiva. Esta advertencia aplica a escépticos y creyentes por igual.

Dios nos corrige por causa de su carácter y no por apariencias. La bondad nos guía hacia el propósito de la vida y no hacia la teoría.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Considera de qué manera la pregunta de la profesora ocultaba sus intenciones. ¿Qué deseaba en realidad?
2. La conducta y la doctrina correctas no pueden salvarnos. Entonces, ¿a qué se refiere Pablo cuando le dice a Timoteo: «. . . persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen»?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuándo eres más propenso a separar el corazón de la mente? ¿Quizá frente a la posibilidad de obtener placer y por miedo a perderte de algo? Pídele a Dios

que te revele los hábitos de tu corazón que deben ser corregidos por su gracia.

2. ¿Has estado en una situación similar a la de la estudiante? ¿Qué hiciste o cómo reaccionarías hoy?

RETRATO DE UN ALMA

«Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta:
aunque vuestros pecados sean como la grana,
como la nieve serán emblanquecidos;
aunque sean rojos como el carmesí,
vendrán a ser como blanca lana.
Si queréis y escucháis,
comeréis de lo mejor de la tierra;
si no queréis y sois rebeldes,
seréis consumidos a espada».
La boca de Jehová lo ha dicho.

IS 1:18-20, RVR 1995

En la novela *El retrato de Dorian Gray*, Oscar Wilde describe a un joven de belleza excepcional y tan cautivante que provocó la adulación encantada de un gran artista. El pintor le pidió al joven que posara para un retrato, ya que jamás había visto un rostro tan atractivo y puro. Cuando se completó el retrato, el joven Dorian quedó tan fascinado por su belleza que, con melancolía, expresó lo maravilloso que sería vivir como deseara sin que su estilo de vida desfigurara la imagen de su propio rostro. Si tan solo aquel retrato envejeciera, pero que él no fuera afectado por el tiempo o el estilo de vida. Similar a Fausto, Dorian estaba dispuesto a entregar su alma por aquel deseo.

Un día, solo y pensativo, el joven visitó su ático y descubrió el retrato que había mantenido escondido por

tantos años. Lo que presencié lo dejó perplejo. El retrato estaba marcado por la fealdad, el horror y la sangre.

La farsa acabó cuando el artista vio el retrato que había pintado. La historia quedó al descubierto. El artista le rogó a Dorian que cambiara su rumbo: «¿No hay un versículo que dice: “Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarán blancos como la nieve”?». Sin embargo, lleno de furia y con la intención de silenciar la voz que emitía aquellas razones, Dorian tomó un puñal y mató al artista.

Ahora solo restaba una cosa por hacer: tomó el puñal para eliminar la única prueba de su vida desenfrenada. En el instante en que lanzó la daga hacia el lienzo, el retrato volvió a su estado de belleza inicial y Dorian cayó al suelo, muerto por la herida del puñal. Las cicatrices que alguna vez desfiguraron el retrato ahora las tenía él, de tal modo que ni siquiera sus sirvientes lo reconocían.

Qué ilustración tan eficaz de cómo un alma, aunque invisible, puede ser deformada. Si existiera un retrato de mi alma o de la tuya, ¿cómo luciría? ¿No nos arde la conciencia cuando lo consideramos? Aunque hayamos diseñado múltiples formas de evitar el daño físico, ¿cómo se restaura el alma?

En la actualidad, parecemos tener una capacidad ilimitada de postular el problema del mal dado que lo percibimos fuera de nosotros. Sin embargo, también poseemos una reticencia semejante cuando debemos confrontar la maldad en nuestro interior. Una vez visité el piso más alto de un edificio corporativo, propiedad de un empresario exitoso. Principalmente conversamos sobre sus motivos para no creer: el mundo está lleno de oscuridad y corrupción y tenemos un Dios que parece indiferente. Un amigo mío interrumpió la conversación y afirmó: «Ya que la maldad te causa tanta angustia, me gustaría saber, ¿qué has hecho con el mal que habita dentro de ti?». El empresario hizo silencio, su rostro avergonzado.

Nosotros enfrentamos el mismo dilema que Dorian Gray. Tarde o temprano, una vida engañosa nos pasa factura. El alma no es por siempre invisible, pero hay Alguien que nos limpia y nos restaura. La fe cristiana nos revela mucho sobre la batalla del alma, pues Dios lidia con la esencia del

problema una vida a la vez. En efecto, Isaías, a cuyas palabras alude Oscar Wilde, lo expresa así: «Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana» (Is 1:18, RVR1995).

Dios tiene la solución, solo nos pide que seamos obedientes y que escuchemos, pero que no seamos rebeldes (ver Is 1:20). Algunos se acercan, obedientes y dispuestos, y encuentran la respuesta de Dios a los retratos desechos de nuestra alma. El mayor Artista de todos nos habla hoy.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué razonamiento o perspectiva de la vida llevarían a una persona a abandonar su vida y sus compromisos para perseguir el placer y la libertad sin límites?
2. ¿De qué manera el empresario había traicionado a su propio corazón? En referencia al problema del mal, ¿por qué debemos iniciar cuestionándonos a nosotros mismos?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Si existiera un retrato de tu alma, ¿cómo luciría después de la intervención de la gracia y el perdón de Dios?
2. ¿Cómo quieres ser recordado? ¿Estás invirtiendo en tu legado en las relaciones, el trabajo y el ministerio?

UN PODER REGENERATIVO

Esto ha venido a confirmarnos la palabra de los profetas, a la cual ustedes hacen bien en prestar atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que despunte el día y salga el lucero de la mañana en sus corazones. Ante todo, tengan muy presente que ninguna profecía de la Escritura surge de la interpretación particular de nadie. Porque la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo.

2 P 1:19-21

Hace algunos años, leí un libro extraordinario del afamado teólogo Carl F. H. Henry. El título del libro era *The Christian Mindset in a Secular Society* [La mentalidad cristiana en una sociedad secular]. El libro tenía una inflexión profética, pues señalaba dónde se estaban implantando los límites de una batalla cultural y qué tanto abarcarían los efectos colaterales.

El autor yuxtapuso dos ideas que captaron mi atención. Primero: «la verdad bíblica, puesto que es transcultural, tiene un mensaje indispensable para el ser humano moderno».¹ Esta afirmación es una conclusión lógica para todo el que tenga una opinión elevada sobre la Escritura. Sin embargo, después tenemos la descripción áspera de la escena contemporánea, con su esterilización implacable de la verdad, la marca distintiva de la humanidad moderna.

Carl Henry describió a esta generación como «de intelecto destapado, de moral desabrochada y de voluntad desatada».²

Esta realidad inquietante me la confirmó una historia contada por un amigo mío, un actor profesional que hace narraciones dramáticas de la Biblia palabra por palabra. Él describió su última presentación en una universidad y me reveló que había experimentado algo profundamente desconcertante. Mientras él representaba la angustia de Cristo de camino a su muerte, los estudiantes se reían y se burlaban del patetismo de la escena. Eso jamás hubiera ocurrido en un contexto hindú o budista, donde se muestra respeto por las cosas espirituales, aunque no correspondan al credo personal. Es evidente que nuestro contexto es otro.

Entonces, ¿cómo llegamos a las personas que han adoptado esa mentalidad que Henry describe, que abiertamente rechazan la autoridad definitiva y ridiculizan lo sagrado? La respuesta no es sencilla, pero nos equivocaríamos al pensar que es imposible.

En primer lugar, aclaremos que todas las generaciones en algún momento se han resistido a la verdad que Dios ha proclamado. En Mateo 11, Jesús comparó su generación con niños que gritan en la plaza:

«Tocamos la flauta,
y ustedes no bailaron;
Cantamos por los muertos,
y ustedes no lloraron». (v. 17)

Ellos deseaban que Juan el Bautista bailara porque consideraban su mensaje (los requerimientos de la ley) demasiado sombrío. Por el contrario, cuando Jesús trajo el evangelio de gracia y libertad, ellos querían que él llorara, pues era demasiado clemente. Todo mensaje que amenaza nuestra autonomía queda rechazado, sin importar cuál sea.

En segundo lugar, mientras las modas culturales decaen y fluyen, una verdad ineludible surge: siglo tras siglo, el poder de la Palabra escrita de Dios ha rebasado (y lo seguirá haciendo) la euforia de las experiencias pasajeras,

que surgen y fenecen en un instante. Solemos poner un halo de luz en la frente del sentimiento y del milagro. No obstante, en tiempos de gran aflicción, la Palabra escrita y encarnada, mas no el sentimiento, nos acompaña a través del fuego.

El apóstol Pedro reitera esta verdad. Este es el mismo Pedro que experimentó el éxtasis de la transfiguración y eso lo llevó a implorar que tanto él como sus acompañantes pudieran disfrutar por siempre de aquel resplandor. Fue Pedro quien, al comparar lo temporal de esa experiencia con lo eterno y permanente de la Escritura, afirmó: «Tenemos también la palabra profética más segura» (2 P 1:19, RVR1995). La escrituración (la preservación de la palabra escrita) representa un punto de referencia actual y eterno, pues trasciende los destellos de sentimientos y los actos milagrosos.

Durante nuestra vida, podemos examinar la veracidad de la Palabra una y otra vez. Sus verdades permanecerán firmes mientras la fascinación de nuestra cultura por lo subjetivo confirme ser hueca y falsa. Por el contrario, los documentos bíblicos han soportado el análisis más riguroso al que se haya sometido a un manuscrito y han surgido con autenticidad y autoridad. Ninguna otra literatura antigua exhibe un nivel de precisión similar.

La Palabra no solo está inscrita de manera persuasiva en el papel, sino que presenciamos su poder eficaz cuando ese escrito, proclamado por el Espíritu y encarnado por Jesucristo, nos otorga una convicción que nos cambia la vida. No olvidemos jamás la encarnación: el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. La regeneración proviene de la transformación que resulta de ese toque personal, cuando el texto de la Palabra y su encarnación en Cristo se inscriben en el corazón de quien escucha.

La Escritura, el toque, la presencia y el amor de Cristo en nuestra vida juntos conforman la espada del Espíritu, que destruye las defensas de una cultura en guerra con su verdad. Pues, al final, toda búsqueda apartada de Dios nos lleva al aislamiento y la soledad. Solo la intervención de Cristo puede rescatarnos de ese estado.

Por lo tanto, el cristiano debe proclamar y vivir la verdad que alcanza la mente, estimula el corazón y purifica la imaginación. El poder regenerativo de la Palabra la hace indispensable para todas las culturas, generaciones y épocas. Por eso se nos instruye que no vivimos tan solo de pan, sino de toda palabra que emana de Dios.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Imagina una generación «de intelecto destapado, de moral desabrochada y de voluntad desatada». Considera cómo la belleza y la verdad del evangelio pueden transformar a las personas que calcen con esa descripción.
2. ¿Qué elementos conforman la espada del Espíritu, que destruye las defensas de una cultura en guerra con su verdad?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿De qué manera el poder regenerativo de la Escritura y el amor de Cristo han cambiado tu vida? Agradécele al Señor por la obra de gracia que está efectuando en tu vida.
2. La Palabra de Dios es como «una lámpara que brilla en un lugar oscuro». Lee 1 Juan 3:19-22 e invita a la Palabra, a Cristo mismo, a brillar con su luz y amor en cada área de tu vida.

41

VARÓN DE DOLORES

Despreciado y rechazado por los hombres, varón de dolores, hecho para el sufrimiento.

Todos evitaban mirarlo; fue despreciado, y no lo estimamos.

Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades y soportó nuestros dolores, pero nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y humillado. [. . .]

Todos andábamos perdidos, como ovejas; cada uno seguía su propio camino, pero el SEÑOR hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros.

IS 53:3-4,6

«La felicidad, la vida de placer y el triunfo pueden ser de exterior áspero y de esencia vil; el dolor es lo más sensible que existe en el mundo».¹ Estas son las palabras del afamado hedonista Oscar Wilde. En *De profundis*, escrito en prisión, Wilde revela con una franqueza profunda cuánto le había enseñado el dolor. También añadió: «Donde hay dolor es lugar sagrado. Algún día comprenderá la Humanidad lo que esto significa. Hasta entonces, nada se sabe de la vida».²

Al examinar estas afirmaciones, primero considero a su autor. Cuando Oscar Wilde tomaba sus decisiones, no estaba considerando una vida llena de dolor. En este sentido, ninguno de nosotros elige sufrir. No obstante, noto algo más en sus palabras: su declaración es audaz. Él no está afirmando una idea que percibe en su cosmovisión

personal, sino una que puede ver inscrita en el mundo. El dolor es tierra sagrada, afirma Wilde, y aquellos que no aprenden a vivir allí no conocen el significado de la vida.

Cuando menos, Wilde quiere expresar que algunas de las verdades más sagradas de la vida se aprenden en medio del dolor. Por ejemplo, él aprendió que el placer crudo y absoluto, procurado por su mismo valor, no resulta satisfactorio. Transgredir lo sagrado en la búsqueda de felicidad no nos lleva a ella. De hecho, impide la felicidad, pues daña sin piedad a otras personas. Un placer que profana también destruye.

Por otra parte, el dolor, aunque no lo procuremos, llega a nuestra vida y nos obliga a considerar nuestra finitud y debilidad. También exige seriedad y ternura si hemos de vivir como se debe. Una labor importante del dolor es mostrarnos lo que necesita y a qué responde mejor. Wilde afirmó: «El dolor es una herida que sangra en cuanto la roza cualquier mano que no sea la del amor, y que sangra, aunque ya sin sufrir, cuando esta la toca».³

Entre todas las descripciones hechas sobre Jesús, existe una que nos confronta con energía. El autor de esta descripción, que conmueve a la mente y al corazón, fue el profeta Isaías:

Despreciado y rechazado por los hombres,
varón de dolores, hecho para el sufrimiento.
Todos evitaban mirarlo;
fue despreciado, y no lo estimamos.
Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades
y soportó nuestros dolores,
pero nosotros lo consideramos herido,
golpeado por Dios, y humillado.

Ya fuera que consideró el dolor a escala global o el sufrimiento y la pérdida personal, Isaías nos ofrece una declaración precisa sobre la cual reflexionar. En efecto, en el versículo 5 Isaías profetiza sobre Jesús:

Él fue traspasado por nuestras rebeliones,
y molido por nuestras iniquidades;
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,
y gracias a sus heridas fuimos sanados.

Quizá te encuentres en una época de tu vida donde el dolor aflige tus pensamientos. Jesús no desconoce tu sufrimiento. De hecho, él se aproxima a ti con su toque de amor. Es posible que tu herida sangre por algún tiempo para recordarte tu fragilidad, pero Cristo puede ayudarte a sobrellevar el dolor y a sostenerte en su fuerza. Sin duda podría tratarse de tierra sagrada en tu vida. Para Jesús lo fue.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué significa que el dolor sea tierra sagrada?
2. ¿Qué nos revela el profeta Isaías sobre Jesús, su ministerio y la reacción que enfrentaría durante su vida terrenal?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Te parece cierto que las verdades más sagradas de la vida las aprendemos en medio del dolor? ¿Cómo podría esta perspectiva modificar tu visión del sufrimiento y permitirte ayudar a alguien que amas?
2. Ora y ruega por la paz y la sanidad de Jesús para tu vida y las de otros que sufren.

TIRAR PIEDRAS

Y, como ellos lo acosaban a preguntas, Jesús [. . .] les dijo:

—Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

E inclinándose de nuevo, siguió escribiendo en el suelo. Al oír esto, se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos, hasta dejar a Jesús solo con la mujer [. . .]:

—Mujer, ¿dónde están? ¿Ya nadie te condena? —Nadie, Señor.

—Tampoco yo te condeno. Ahora vete, y no vuelvas a pecar.

JN 8:7-11

«**A**quel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra». Con frecuencia se utiliza esta afirmación para desalentar cualquier tipo de regaño público. Es evidente que esta sociedad no puede deshacerse por completo de su legado cristiano. Es irónico que suelen acompañar esta convicción moral con la idea de que la moralidad es privada y no se debe imponer en público. Sin embargo, si toda certeza moral es privada, ¿por qué no se mantiene en secreto también esta convicción? ¿Por qué se nos exige en público?

Cuando les pregunto a quienes citan ese pasaje de Juan 8 si conocen el contexto en que se afirmó, suelen contestar que no. Uno de ellos respondió que tenía algo

que ver con la mujer adúltera. Le pregunté si sabía lo que provocó aquel mandato de Jesús y hacia quién lo había dirigido. La persona no respondió. Esencialmente, la confrontación sucedió porque los fariseos querían tenderle una trampa a Jesús. Ellos deseaban que él defendiera de manera explícita la ley de Moisés o que del mismo modo la rechazara. Todo fue una estratagema para atrapar a Jesús y no para encontrar una verdad moral.

En un giro fascinante, Jesús expuso la bancarrota espiritual de aquellas personas al revelarles que, en el mismo centro de la ley, estaba el carácter de Dios. Es decir, existe una esencia espiritual que precede a los mandatos morales. Entonces, cuando demandamos a gritos que solo aquel libre de pecado tire la primera piedra, también debemos dar crédito al carácter de Dios en muchos otros dictámenes.

Sin embargo, para muchas personas el pecado ni siquiera es una categoría aceptable. Este uso selectivo de la Escritura es el mismo artificio que los fariseos utilizaron con Jesús. Cuando citamos la ley y negamos la realidad del pecado, los objetivos soberbios pueden invalidar el carácter. Por lo tanto, en nuestro mundo de espiritualidad amputada, el arte de oscurecer la verdad se ha convertido en una ciencia en los juzgados y la política.

Aquí se encuentra lo que considero la muerte esencial de nuestro carácter. No existe un contexto trascendente en el cual discutir una teoría moral. Como las palabras, que para tener sentido deben referirse a algo mayor que ellas, a una existencia real que todos comprendemos, también la realidad debe referirse a algo mayor que ella, a una esencia que todos aceptemos. De lo contrario, la realidad no tiene coeficiente moral y el sentido de la moralidad se torna subjetivo e impide el debate. Solo lo trascendente puede otorgar un valor moral fijo de manera consistente.

Sin embargo, la muerte de lo trascendente es una espada de doble filo que afecta tanto al escéptico como al cristiano. En efecto, la ley tiene valor moral, pero no debe ser un medio para que abogados astutos plaguen de sofismas sus casos, minimicen la inmoralidad y aniquilen la verdad. Al mismo tiempo, la ley tiene valor espiritual, de

modo que no destruyamos al individuo cuyo arrepentimiento es genuino. Dios le ofrece su gracia incluso a lo peor de la sociedad. Oculto en la naturaleza deleznable de nuestros fracasos se halla el secreto atrevido del perdón de Dios. Cuando el hijo pródigo regresó a su hogar, no enfrentó la ira de su padre, sino la de su hermano, quien falló en comprender la gracia espléndida del padre.

A lo largo de la historia, la forma en que Dios ha lidiado con los imprudentes ha revelado cuán dramáticos son sus métodos. Debemos dar lugar a tales cosas. En Lucas 15:24, el padre exclama sobre el hijo pródigo: «Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida». En las pasiones dispersas y en el pecado se hallaba la muerte. La vida quedó dispuesta de manera precisa para regresar a casa y «no volver a pecar». No obstante, notemos que el perdón se ofrece también reconociendo la atrocidad de lo que se perdona.

Por el contrario, cuando las palabras, las consecuencias y el contexto de trascendencia se extinguen, nos aguarda un chiquero. Solo si recordamos la dirección de nuestro Padre sabremos hacia dónde dirigirnos en busca de amor y perdón. Por otro lado, si insistimos en argumentar como astutos traficantes de influencia política o locuaces asesores legales sin contexto espiritual, arrasaremos con la ley y el amor.

A pesar de todo, estoy seguro de que, sin importar lo escarpada que parezca la pendiente, Dios siempre está listo para el rescate. Sin duda todos fallamos en alcanzar el ideal. Nuestra única esperanza está en los caminos del Señor, en los cuales el perdón y la responsabilidad están balanceados. También existe otro puente, donde se quebrantó un cuerpo para que pudiéramos cruzar y vivir. En la cruz habitan el juicio y la misericordia. El Juez de la tierra no se deja engañar por inflexiones de sentido, ni Cristo fue aniquilado por las sombras de la muerte.

Gloria a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien es nuestro auxilio y esperanza en los tiempos pasados y en los venideros.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. «. . . en el mismo centro de la ley, estaba el carácter de Dios. Es decir, existe una esencia espiritual que precede a los mandatos morales». Justifica esta afirmación.
2. ¿Qué nos revela sobre el corazón de Dios la parábola del hijo pródigo y su padre?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Si tu vida quedara relatada en la Escritura, aparte del perdón de Cristo, ¿qué carácter se asemeja más a ti: un fariseo que cuestiona, la adúltera asustada, el hijo pródigo o el hermano enojado?
2. ¿En qué aspecto de tu vida debe intervenir Cristo?

EL ESCÁNDALO DE LA CRUZ

Los judíos piden señales milagrosas y los gentiles buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado. Este mensaje es motivo de tropiezo para los judíos, y es locura para los gentiles, pero para los que Dios ha llamado, lo mismo judíos que gentiles, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Pues la locura de Dios es más sabia que la sabiduría humana, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza humana.

1 CO 1:22-25

Qué impactante es este versículo del Nuevo Testamento en que Pablo se refiere a la cruz de Jesucristo como locura para los griegos y motivo de tropiezo para los judíos. De inmediato podemos comprender por qué afirmó esto. Para la mentalidad griega, la sofisticación, la filosofía y el aprendizaje eran actividades dignas. ¿Qué conocimiento ofrecía un crucificado?

Por otra parte, la mente judía rogaba y anhelaba ser libre. Durante su historia, este pueblo había sido atacado por varias potestades y a menudo humillado por fuerzas invasoras. Jerusalén había sido saqueada y su pueblo desolado por asirios, babilonios y romanos por igual. ¿Qué más podrían querer los hebreos que una persona que adoptara su causa y ahuyentara al enemigo? ¿En qué podría ayudar un mesías crucificado?

La cruz era una locura para los griegos y un motivo de tropiezo para los judíos. ¿Qué hay en la cruz de Cristo que

desafía todo lo que el poder exalta? La crucifixión era tan humillante y dolorosa que los romanos especializados en la disciplina de la tortura les aseguraban a los ciudadanos que ningún romano podía ser crucificado.

Me gustaría añadir que, por esta y otras razones, nuestros amigos musulmanes consideran a la cruz una muestra de debilidad y no de poder.¹ Un musulmán me preguntó una vez: «¿Cómo es que el Dios de toda la creación se deja humillar tanto?». Sin embargo, cuando la película de Mel Gibson *La Pasión de Cristo* se estrenó en los Emiratos Árabes Unidos en auditorios repletos, muchos salieron enjugándose las lágrimas y afirmando: «No sabíamos que lo habían tratado tan mal».

¿No deberíamos detenernos a considerar esto? Es decir: humillación y agonía. ¿Pero con qué propósito? ¿Por qué tanta violencia? Este fue el método que Jesús eligió para rescatarnos a ti y a mí.

Eso que llamamos *pecado*, y que tanto subestimamos, quiebra el esplendor para el que fuimos creados. El pecado trae impureza a nuestra esencia y sufrimiento a nuestra existencia. También nos separa de Dios. Alguien ha dicho, y con mucha razón, que el peor efecto del pecado no lo vemos en el sufrimiento o en el cuerpo desfigurado, sino en «facultades rebajadas, amores indignos, ideales pobres y un espíritu maltratado y esclavizado».²

Analicémoslo frase por frase:

Facultades rebajadas: la humanidad cuenta con tanto ingenio y excelencia, pero nos humillamos a actividades tan básicas.

Amores indignos: prácticas depravadas que deberíamos repudiar, pero que frecuentamos (pornografía, violencia, odio, obscenidad).

Ideales pobres: deberíamos alinear nuestra visión con fines elevados, pero perdemos tiempo con lo innoble.

Un espíritu maltratado y esclavizado: nos adentramos cada vez más en hábitos perjudiciales hasta quedar esclavizados. Esta es la peor esclavitud de la que poco hablamos.

Hace 2000 años, de camino a la cruz, Jesús cargó con la máxima indignidad, degradación, castigo y dolor para permitirnos volver a tener el privilegio de una relación con

Dios y sanar nuestra alma. ¿Estás dispuesto a recordar que esto fue por ti y a recibir su regalo?

Entonces podrás comprobar que la provisión de Cristo no es locura, el pecado lo es. Nuestra máxima debilidad es el enemigo que llevamos dentro, no el que está afuera. La causa de nuestro tropiezo es nuestra voluntad frágil. No obstante, Jesucristo nos libera de la locura del pecado y la debilidad que llevamos dentro.

Por esta razón el apóstol Pablo afirmó que él predicaba al Cristo crucificado, que era tanto el poder como la sabiduría de Dios. Esto no es atrevido, pero sí lo es que nosotros no logremos ver nuestra insensatez y fracaso. Esa es la sabiduría del Señor, que corrige nuestra imprudencia, y también su gracia, que vence nuestro ego. Ese es el amor de Dios, que supera nuestro odio.

Acércate a la cruz en este tiempo de reflexión y descubre su poder y sabiduría. Pablo se salvó gracias a la resurrección, pero se dedicó a comprender la cruz. Él era de linaje judío y era producto del aprendizaje griego. Pero todo esto lo consideró inconsecuente al comprender que la cruz era la respuesta definitiva frente a nuestras insensatas maneras de pensar y vivir. Cuando vuelvas a ver una cruz, recuerda que ella es la sabiduría de Dios frente a nuestra ruina.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Por qué los musulmanes hallan la cruz de Cristo ofensiva? (Para profundizar al respecto, ver el artículo de mi colega Abdu Murray referenciado en la [aquí](#)).
2. ¿De qué manera se muestran la gloria, el poder, el amor y la justicia de Dios en la cruz?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Separa un tiempo para examinar una o todas las frases de la [aquí](#) (por ejemplo: «amores indignos»). Ruégale a tu Padre celestial que te llene de su Espíritu y que te ayude a someterte a su corrección y su gracia.
2. Agradécele a Dios que nos libra de la locura del pecado y de nuestra debilidad interna. ¿Cómo podrías ser un ejemplo de su amor y misericordia esta semana?

LA IMAGINACIÓN Y LA VOLUNTAD

A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. Aunque afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles.

RO 1:21-23

A los nueve años de edad, nuestro hijo Nathan decidió escribir un libro. Puesto que me veía frente a la computadora cada día le pareció que escribir podría ser divertido. En realidad, hizo un buen trabajo. Incluyó un asesinato, un secuestro y todas las cosas horribles que nos llaman la atención. En cada página había una tragedia o atrocidad similar. Con gran disciplina se sentaba y comenzaba a escribir. Sin duda era fascinante ver su intensidad al crear una historia.

Pero un día lo vi sentado en el comedor, con un bolígrafo en la mano, la historia frente a él y lágrimas en sus ojos. Quise saber lo que había sucedido, pero no imaginé su respuesta cuando me acerqué a él. Lo rodeé con mi brazo y le pregunté: «¿Qué pasa, hijo?».

Él se enjugó las lágrimas y respondió: «Es que estoy seguro de que el perro morirá».

«¿Qué perro?», pregunté.

Él nombró el perro que había incluido en su historia. Me esforcé mucho por mantener la seriedad mientras Nathan me explicaba su historia, en que un extraordinario perrito se había enfermado. Él sabía que la muerte era el final lógico para aquella mascota maravillosa.

¿Qué te parece? Es el poder de la imaginación, que incluso absorbe a su autor, quien ha forjado la narrativa, y se convierte en su soberana. La realidad alcanza incluso los mundos que imaginamos. Nathan podía permanecer en la fantasía por poco tiempo. Después debía llegar o lo fantásticamente verdadero.

Cuando reflexiono sobre mi vida, e incluso al escuchar las opiniones de los demás, he podido comprender el gran poder de la imaginación, que puede ser utilizado para el bien o el mal. Me parece que fue el pensador francés Pascal quien expresó: «Ubica al mejor filósofo del mundo en un tablón más ancho de lo necesario. Si hay un precipicio debajo de él, aunque su raciocinio lo persuade de que está a salvo, su imaginación prevalecerá».¹

Es decir, la imaginación puede incluso deformar la realidad. Por eso Dios nos da la imaginación para soñar y la intuición, la conciencia y la razón para guiar estas aspiraciones con precaución. Las leyes de la aerodinámica pueden mostrarnos cómo volar, pero no podemos quebrantar estas leyes. La imaginación es buena, pero no podemos transgredir los límites de la realidad.

Este es uno de los motivos por los que creo que Jesús el Señor nos mandó tener la visión clara; es decir, que tuviéramos el discernimiento moral para distinguir lo bueno de lo malo (Mt 6:22). Todo lo que vemos y lo que disfrutamos ver afecta nuestra imaginación de manera directa. A propósito, aquellos en la industria cinematográfica que lidian con el mundo de la fantasía harían bien en considerar esto. Solo porque una película puede crear una fantasía particular no significa que deba hacerlo. Recuerdo que un director de música me explicó cómo preparaba las melodías cuando se trataba de una escena de corrupción moral. Solía introducir sonidos de horror para generar cautela en aquellos que podrían considerar vivir tales fantasías.

Déjame preguntarte algo: ¿Tienes la disciplina suficiente como para aplicar la razón y la voluntad a tu imaginación?

En lo que escribo esto, acabo de dejar Nepal, una tierra relativamente no corrompida. De manera singular, y a pesar de sus riquezas y necesidades, este es un país hermoso. En un día despejado puedes ver las prominencias de la cordillera del Himalaya y, claro que sí, el Monte Everest, la cima entre cimas. Los sherpas risueños pueden ofrecer sus métodos y las cumbres pueden apuntar hacia el cielo, pero, si escalaras la montaña que no todos hemos de escalar, verías en el camino los cuerpos de aquellos que no acataron las señales para darse vuelta y regresar por donde vinieron. El precio de esta desobediencia ha sido alto.

En su epístola a la iglesia en Roma, el apóstol Pablo documenta cómo funciona la mente humana cuando se aleja de Dios y evita sus señales para nosotros. Pablo expresa que, aunque el pueblo conocía a Dios, no respondieron ante él. Por lo tanto, la imaginación de las personas se corrompió. Conocer la verdad y responder ante ella es la mejor arma contra el poder de la imaginación. Anhele que hoy poseas esta fuerza para que mantengas a raya la imaginación.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Puedes recordar ejemplos ficticios o de la vida real en que la imaginación haya sido utilizada tanto para el bien como para el mal?
2. ¿De qué manera se pueden aplicar la razón y la voluntad a la imaginación?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Jesús nos instruye que mantengamos la visión clara.
¿De qué manera su reprensión amorosa puede guiar

tus pasos hoy?

2. Nuestra imaginación puede deformar la realidad e ignorar los límites que Dios instauró para protegernos. O quizá tú has reprimido el regalo de la imaginación. Pídele a Dios que sane y renueve tu imaginación para que puedas recibir: «Toda buena dádiva y todo don perfecto [. . .] del Padre» (Stg 1:17, RVR1995).

LIDIAR CON EL CAOS DE LA VIDA

Pedimos que Dios les haga conocer plenamente su voluntad con toda sabiduría y comprensión espiritual, para que vivan de manera digna del Señor, agradándole en todo. Esto implica dar fruto en toda buena obra, crecer en el conocimiento de Dios y ser fortalecidos en todo sentido con su glorioso poder. Así perseverarán con paciencia en toda situación.

COL 1:9-11

Circula una historia sobre el ex campeón de peso pesado de boxeo Muhammad Ali. Él se encontraba en un avión rumbo a un compromiso, cuando atravesaron un punto de mal clima. Una turbulencia moderada comenzó a agitar el avión. Toda persona nerviosa al volar sabe que, cuando el piloto señala «turbulencia moderada», ello implica: *Si usted tiene creencias religiosas, será mejor que comience a recitarlas.*

Se les pidió a los pasajeros que se ajustaran sus cinturones de seguridad y todos obedecieron excepto Ali. La azafata se le acercó y le pidió que siguiera las instrucciones del capitán. Ali afirmó con sagacidad: «Superman no necesita cinturón de seguridad». Sin embargo, la azafata respondió al instante: «Superman tampoco necesita un avión».

Recientemente se ha escuchado otra historia graciosa sobre dos de los más notorios jugadores de fútbol de

nuestro tiempo: Cristiano Ronaldo y Lionel Messi. Alguien dice en broma que Ronaldo afirmó haber sido enviado por Dios al mundo para mostrarnos cómo se juega fútbol. Un reportero le refirió la historia a Messi y le preguntó: «¿Qué opinas al respecto?». Messi contestó tras una pausa: «La verdad, no recuerdo haberlo enviado».

Quien conoce a Messi dudaría de que esas palabras fueran suyas. Pero es una buena historia. Fuera de bromas, esa es la manera en que muchas veces se perciben a sí mismas aquellas personas en deportes de alto rendimiento. El mejor en esto, el más excelente en aquello, el único en su clase.

Resalto estas historias porque quisiera tener en cuenta el contexto general en que muchos de nosotros vivimos. Algunos tendrán acceso a una educación de máximo nivel; otros tendrán muchas posibilidades para lograr el éxito. Muchos de nosotros trabajamos diligentemente para obtener el triunfo en un mundo que cambia con rapidez. En cada una de estas victorias diferentes podemos desarrollar una sensación de invencibilidad, sin importar qué clase de turbulencia aguarda más adelante.

Sin embargo, ni la superación académica ni las ganancias materiales confieren sabiduría. Alguien afirmó con mucha razón: «Puede que sea un teléfono inteligente, pero no es un teléfono sabio». Sería muy insensato de nuestra parte desechar lo que generaciones pasadas han considerado valioso al lidiar con el caos de la vida porque somos *modernos*. Claro que ni siquiera *moderno* es adecuado hoy; ahora somos *postmodernos*. Cada vez sonamos más como un producto: *súperultra*, *ultra mega*, etc. En el proceso de nuestros supuesto avances, sin darnos cuenta olvidamos lo necesario para resguardar cualquier ganancia. Esos valores son inamovibles.

G. K. Chesterton le aconsejó a su generación que, antes de tumbar una valla, debemos detenernos a pensar por qué la habían puesto ahí.¹

Quebrantar límites o demarcaciones antiguas es un asunto riesgoso. Es de admirar el día en que comprendemos que las leyes establecidas no son solo para el beneficio de otros, sino también para el nuestro.

Cuando examino nuestro mundo, percibo una realidad aterradora. Los gobiernos parecen vacilar entre dos extremos. Están los demagogos, que creen ser los únicos que importan. Están las supuestas democracias, donde la gente cree que solo la libertad importa. Ambos cometen el error de olvidar que sobre nuestra ley existe otra mayor. Existen valores por medio de los cuales debemos ser gobernados.

Es decir, requerimos sabiduría mientras procesamos y filtramos todo conocimiento. Pero, ¿dónde la encontramos? La ironía en la Biblia en cuanto al llamado a la sabiduría es que quien más habló al respecto la mantuvo en los libros con excelentes frases, pero no la aplicó a su vida. Esto nos recuerda que conocer no garantiza el hacer. Actuar implica la voluntad y un compromiso previo.

El rey Salomón afirmó en uno de sus proverbios:

Dichoso el que halla sabiduría,
el que adquiere inteligencia.
Porque ella es de más provecho que la plata
y rinde más ganancias que el oro.
Es más valiosa que las piedras preciosas:
¡ni lo más deseable se le puede comparar! (Pr 3:13-15)

El mismo rey nos explica: «El comienzo de la sabiduría es el temor del SEÑOR; conocer al Santo es tener discernimiento» (Pr 9:10; Sal 111:10).

Es decir, la sabiduría comienza en la reverencia a Dios, al reconocer que existe un Dador de conocimiento y sabiduría. Iniciamos con la veneración al Creador, después a su creación y a su propósito para nuestra vida.

Cuando nos tientan los pensamientos de invencibilidad, recordemos que creernos Superman falsamente solo resulta en desastre. Hay «kryptonita» por todas partes, en lugares donde nos asedian fuerzas turbulentas y ataques devastadores hacia nuestra fortaleza interior. Solo podemos alcanzar nuestra fuerza definitiva cuando conocemos al Todopoderoso y nos rendimos ante él. Le ruego a Dios que podamos buscar sabiduría con humildad y llegar hasta su

fuelle. Así, el Señor nos elevará a posiciones de gloria, por su honor y para nuestro propósito.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué significa la afirmación de que sobre nuestra ley existe otra mayor? ¿Qué ley es esta?
2. ¿De qué manera las redes sociales y nuestro mundo obsesionado con los deportes nos llevan a percibirnos como invencibles? ¿Qué riesgos hay en esto?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Conocer no garantiza el hacer. Actuar implica la voluntad y un compromiso previo. Pídele a Dios que dirija tus acciones para lograr lo que él ha dispuesto para ti esta semana.
2. ¿Puedes recordar una ocasión en que hayas sido «sabio en tu propia opinión» (Pr 3:7) y las consecuencias que siguieron? Ora como queda indicado en Colosenses 1:9-14. Pídele a Dios que te «haga conocer plenamente su voluntad con toda sabiduría y comprensión espiritual» (v. 9).

¿VALE LA PENA?

—Yo soy el pan de vida —declaró Jesús—. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volverá a tener sed. Pero, como ya les dije, a pesar de que ustedes me han visto, no creen. Todos los que el Padre me da vendrán a mí; y al que a mí viene, no lo rechazo. Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió.

JN 6:35-38

Aunque nieguen la verdad como categoría, las personas la anhelan. La pregunta que nos asedia no es si la verdad existe, sino si vale la pena. Después surge la pregunta más compleja: ¿dónde puedo encontrarla?

El 6 de agosto de 1961, el cosmonauta soviético de veintiséis años, Gherman Titov, se convirtió en el segundo soviético en orbitar la tierra y regresar a salvo. Tiempo después, él describió su experiencia en una charla en la Exposición General de segunda categoría de Seattle. Titov afirmó que durante su excursión al espacio buscó a Dios, pero no lo encontró. Puesto que la teoría política y económica de los soviéticos estaba fundamentada en una visión atea, la afirmación de Titov representaba una justificación de sus creencias fundamentales.

Alguien bromeó al respecto: «Si hubiera salido de la nave espacial sin duda lo habría encontrado». Titov había sobrepasado la disciplina del avance tecnológico para

asestar un golpe teológico. Un hombre que ni en un millón de años hubiera creído que su nave espacial era una colección accidental de átomos, de algún modo creía que el universo era un accidente. Un gran paso para la ciencia se convirtió en un salto todavía mayor para la filosofía.

Varios años después, en la navidad de 1968, tres astronautas estadounidenses se convirtieron en los primeros seres humanos en dar la vuelta por el lado «oscuro» de la luna. Embelesados por el esplendor del universo, los astronautas afirmaron las únicas palabras que parecían adecuadas. La frase era la primera oración de la Biblia: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn 1:1, RVR1995).

Podemos ver cómo dos experiencias similares de asombro produjeron dos conclusiones diametralmente opuestas. Ambos acontecimientos llevaron al espacio la pregunta más debatida en la tierra: ¿Existe Dios?

La respuesta a esta pregunta tiene más relevancia para tu vida que todo lo demás. El destino personal y nacional está inevitablemente determinado por este dilema. El marco moral humano está definido por si Dios existe o no. El propósito de nuestra vida también está conectado a esto, aunque seamos el producto de un diseño o el resultado del azar sin agencia. Quiénes somos y por qué existimos proviene de manera lógica de la pregunta sobre la existencia de Dios.

En la década de 1950, Encyclopedia Britannica, Inc. publicó una colección de varios volúmenes titulada *The Great Books of the Western World* [Los grandes libros del mundo occidental]. Es una compilación de los más destacados pensadores de Occidente, desde Sócrates hasta Tomás de Aquino y Pascal; sin duda, un gran depósito de información. Uno de sus editores principales se llamaba Mortimer Adler. En una entrevista muchos años atrás, le preguntaron al profesor Adler: ¿Por qué en esta gran colección el artículo más extenso es sobre Dios?

Sin vacilar, Adler respondió que de ese tema se desprende el mayor número de consecuencias para nuestra vida en comparación con otras consideraciones.

Esa fue la respuesta más lógica que pudo ofrecer. De nuestra creencia o no en Dios resulta nuestro sistema de valores.

Mahatma Gandhi afirmó: «Dios es la verdad».¹ Si Gandhi quiso afirmar que la verdad, como idea, es Dios, entonces yo tendría que discrepar. Sin embargo, si quiso decir que todo lo que el concepto de verdad contiene podemos encontrarlo en Dios, como persona, entonces apoyaría su premisa. Es decir, la verdad es importante porque Dios importa. Dios es ampliamente importante y, por lo tanto, la verdad importa.

Entonces, la pregunta no es si vale la pena o no buscar la verdad. Ella es, a fin de cuentas, lo único valioso; y tanto así que con frecuencia ha sido obstruida por un escolta de mentiras. Sin embargo, podríamos inquirir: «¿Qué hay de malo con la mentira?». Sin vacilar, podría responder con una palabra: «Todo». En primer lugar, podríamos decir que la mentira es inmoral, ¿o no? No la defenderíamos afirmando: «Bueno, la gente tiene perspectivas diferentes». A no ser que estemos en un universo moral, ¿tiene importancia que la moralidad deba comprenderse correctamente? ¿Y cómo podríamos estar en un universo moral si no ha sido creado por Dios? Nuestra condición como personas no tiene valor intrínseco aparte de que Dios, como persona, haya sido la Primera Causa. La inteligibilidad de nuestro universo y la gran capacidad de la ley moral nos sugieren un orden trascendente instaurado por Dios.

En realidad, ni siquiera debemos ir al espacio exterior para encontrar a Dios. Él viene y entra en nuestro espacio interior, el de nuestra vida. Jesús afirmó: «. . . al que a mí viene, no le echo fuera» (Jn 6:37, RVR1960).

La verdad que anhelamos queda revelada en Jesucristo. Sus respuestas se ajustan a la realidad concebida de la manera adecuada. Al conocerlo a él, encuentras verdad y vida. Cuando nuestro espacio interior es conquistado, el espacio exterior confirma lo que Dios ha revelado en su Palabra y en la naturaleza. Es por esto que la búsqueda de la verdad es relevante: porque procura conocer la mente de Dios.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué pregunta afecta tu vida más que cualquier otra? ¿Por qué?
2. ¿Qué nos sugiere un orden trascendente instaurado por Dios? Argumenta tu respuesta.

APLICACIÓN PERSONAL

1. De nuestra creencia o no en Dios resulta nuestro sistema de valores. Haz una lista de tus valores (por ejemplo, caridad, honestidad) y analiza cómo provienen o si contradicen tu perspectiva de Dios.
2. ¿Cuál es el estado del «espacio interior» de tu vida? ¿Hay confusión, caos o paz? Pídele a Jesús que te alimente con su pan de vida y que sacie tu alma con su abundancia y su paz.

¿TE SIENTES SOLO?

El SEÑOR brinda su amistad a quienes le honran,
y les da a conocer su pacto.
Mis ojos están puestos siempre en el SEÑOR,
pues solo él puede sacarme de la trampa.
Vuelve a mí tu rostro y tenme compasión,
pues me encuentro solo y afligido.
Crecen las angustias de mi corazón;
líbrame de mis tribulaciones.

SAL 25:14-17

Elvis Presley cantaba: «¿Estás sola esta noche?». Si bien él no era un filósofo precisamente y esta pregunta estaba en el contexto romántico de una cita nocturna, me parece que Presley trató un anhelo profundo del corazón humano.

El escritor Thomas Wolfe, quien vivió una vida emocionalmente caótica, expresó uno de los dolores más profundos del corazón humano. Examina sus palabras; me parecen muy profundas:

La convicción principal de mi vida ahora se sostiene en la idea de que la soledad, lejos de ser un fenómeno inusual y extraño, particular a mí y a algunas otras personas solitarias, es la característica central e inevitable de la existencia humana. [. . .] Un hombre solitario debe conocer todas las dudas atroces, la desesperación y la confusión tenebrosa del alma, pues no está unido a ninguna imagen salvo la que él mismo crea. Solo lo sustenta el conocimiento que puede reunir mediante sus ojos y su cerebro. No lo respalda ni lo aclama ni lo ayuda nadie.

Ningún credo lo consuela. Nadie le tiene fe, excepto él mismo, pero esa fe con frecuencia lo abandona y lo deja sobresaltado e impotente. Entonces cree que su vida equivale a nada. Le parece que está arruinado, perdido, roto, sin redención y que la mañana, esa mañana iluminada y esplendorosa con su promesa de nuevos comienzos, jamás acontecerá en la tierra como alguna vez lo hizo.¹

¿Nos ha revelado este autor el nervio palpitante de una realidad que nos controla a todos? ¿Nos dice las cosas como son?

Aunque sea tentador para el optimista desechar estas palabras como si hubiesen sido concebidas con cinismo en un oscuro momento de desesperación, existen muchas personas que confirmarían este mismo sentimiento de desolación. De hecho, me atrevería a afirmar que todos sentimos esta soledad, aunque algunos lo ocultan mejor que otros. Una actriz afirmó con humor: «Todos juntos estamos en esto solos».

He aquí nuestro padecimiento: somos seres quebrantados que buscan ser reconstruidos. Por eso creo que la respuesta está en la única búsqueda que unifica nuestra vida hacia una expresión enfocada. Adorar en espíritu y en verdad es lo que unifica nuestro interior. Solo la adoración reúne todas nuestras expresiones en un solo propósito. Cuando tememos (veneramos) al Señor, él nos ofrece intimidad: «La comunión íntima de Jehová es con los que lo temen, y a ellos hará conocer su pacto» (Sal 25:14, RVR1995). ¡Qué increíble verdad!

La soledad es un problema universal. El escritor de himnos que creó el villancico navideño «Oh, pueblecito de Belén» articuló muy bien esta idea: «La esperanza y el miedo de la vida se abolen hoy en ti».²

Aunque no quiero sonar trillado, me gustaría preguntarte: ¿Te sientes solo hoy? ¿Te sientes desecho por dentro? ¿Tus esperanzas y miedos están atados a la expectativa futura de tener una pareja o un logro que te dé consuelo? ¿O has traído estas cosas ante el Único que puede darte una esperanza y un futuro perdurable?

Si me lo permites, te sugiero que le entregues tu soledad a Dios y que le consientas obrar en tu vida al

reconstruir tanto tus emociones como tus propósitos. No es suficiente entregarle tu corazón a Dios solo una noche: debes hacerlo a diario para obtener vida.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Cuál es la única búsqueda que unifica nuestra vida hacia una expresión enfocada? ¿Cómo soluciona el problema de la soledad?
2. ¿Qué es «la comunión íntima de Jehová»? Analiza Salmos 25 o Juan 15 para profundizar en la verdad de la Escritura.

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cuándo sientes mayor soledad? ¿Qué haces para saciar esta necesidad? ¿Cuándo te sientes más amado?
2. Pídele a Dios que te anime con el conocimiento de su amistad. ¿De qué manera esta increíble verdad podría guiar tu camino y proporcionarte una puerta ministerial hacia otra persona?

HALLAR EL REGALO PERFECTO

Mis queridos hermanos, no se engañen. Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras. Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación.

STG 1:16-18

¿No te parece irónico que, mientras más cosas tenemos, más lejos estamos de resolver nuestra necesidad de un propósito global para la vida? Somos como un niño rodeado de regalos navideños. Poco después de abrir los regalos, el pobre niño clava los ojos en la pared, triste por haberse agotado mucho en poco tiempo.

Así mismo, luego de probar toda nueva experiencia disponible, nos preguntamos, como niños en Navidad, a dónde se ha ido la satisfacción prometida. La mayor parte del entusiasmo parece estar en la anticipación y la expectativa, mas no en la apertura de los regalos.

Nuestro mundo ha experimentado muchos avances que prometen nuevos horizontes. En primer lugar, vivimos en la era de la comunicación.

Jamás habíamos contado con tantos medios de transmitir información y crear deseo. No obstante, incluso con tantas capacidades, las barreras entre las razas, las

culturas y las generaciones permanecen intactas. Hace años, se decía que la televisión y la comunicación harían nuestro mundo más pacífico y que las Naciones Unidas sería la respuesta para alcanzar la utopía. Hoy contamos con todo tipo de medios de comunicación; esto solía ser una quimera. Sin embargo, el mundo parece estar en tensión constante.

En segundo lugar, vivimos en la era de la tecnología. Sin embargo, nos ha facturado una lista de bienes cuyo costo es la pérdida de la paz mental. Cada invento nuevo promete ahorrarnos el tiempo, pero cada vez dedicamos menos esfuerzo en construir relaciones e invertimos más horas en la trampa de nuestras «comodidades». Durante la cena, es más probable que los miembros de una familia pasen tiempo usando sus celulares que estén dispuestos a sentarse a la mesa y disfrutar de una conversación. Es muy triste.

En tercer lugar, la medicina ha mejorado por mucho nuestra vida. No obstante, hemos perdido la definición de vida. ¡Cuánto hemos cambiado! C. S. Lewis afirmó: «Para los antiguos hombres sabios, el problema cardinal era cómo adaptar el alma a la realidad, y la solución fue el conocimiento, la autodisciplina y la virtud. Para lo mágico y para la ciencia aplicada, el problema es cómo adaptar la realidad a los deseos del hombre».¹ Vaya cambio, ¿no te parece? Si vivir está a merced del momento, entonces morir es tan buena opción como vivir.

En cuarto lugar, la sexualidad humana se ha estudiado y se ha retribuido en público más que nunca. Sin embargo, jamás estuvimos tan confundidos sobre lo que es correcto y bueno. Las mentes jóvenes quedan expuestas a imágenes y sonidos que promueven anhelos incapaces de ser satisfechos o igualados por la experiencia humana. Tristemente, y peor aún, el misterio del disfrute sexual se ha movilizado del matrimonio hacia cualquier momento de gratificación oportuno. Somos más indulgentes y estamos más frustrados que nunca.

Nuestros avances no han logrado aplacar la añoranza de sentido de millones de corazones, ¿o sí? ¿Por qué existo? ¿Cuál es el propósito de la vida? ¿Se supone que

solo debo encontrar algo en qué *entretenerme*? Hoy vamos de aquí para allá y mañana de allá para acá.

Si la respuesta no se encuentra en aparatos, juguetes y entretenimiento, entonces, ¿a dónde iremos? ¿Qué botón presionamos para activar el sentido y la satisfacción?

La Biblia afirma: «Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras». Examina al Dador y luego a la promesa. El Dador es Dios mismo, quien nos da como lo hace un Padre amoroso. ¿Recuerdas cuando tus padres te regalaron tu primera bicicleta o reloj? Yo recuerdo ambas ocasiones. En cuanto al reloj, yo iba de un lado a otro como si mi brazo estuviera en un cabestrillo: lo miraba constantemente. Yo era un adolescente cuando me regalaron el reloj, que no eran sencillos de conseguir en la India. La gente prefería las marcas importadas. Mi madre le pidió a un vecino, que era piloto en el país, que le pidiera a su hermano, quien viajaría al extranjero, que por favor le trajera un reloj para mí. Cuando llegó el regalo, recuerdo que les agradecí a mis padres abundantemente, pues yo les importaba lo suficiente como para conseguirme un reloj. Mis padres lo hicieron posible.

El Dios de la Biblia es el Dador de la vida. Ese es un gran regalo, un tesoro que proteger. Pero es más que solo el regalo de la vida, es la dádiva de su presencia en la salvación; su presencia en nuestro consuelo, para ser exactos. Entonces, su misericordia nos confiere salvación. Su gloria sobrepasa nuestras respuestas vacilantes y las soluciones efímeras. No obstante, él nos regala su amor a cada uno de nosotros por individual.

No seamos como el niño rodeado de regalos que no conoce el gozo. Acércate al Dador, el único que nos regala asombro y satisfacción perdurables. Su corazón generoso llena nuestro interior necesitado.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿De qué manera la comunicación y la tecnología han modificado nuestra forma de relacionarnos? ¿Nos han otorgado mayor intimidad y unión o lo opuesto? ¿Cómo ha sucedido?
2. ¿Por qué el disfrute de un regalo suele ser efímero? ¿Puedes recordar un regalo que te haya traído gozo perdurable o que todavía enterezca tu corazón? ¿Por qué sucede esto?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Cómo puedes proteger esta semana el tesoro que Dios nos regala: su presencia y su consuelo?
2. Analiza cómo tu visión de la generosidad de Dios, o la falta de esta, afecta la manera en que te acercas a él en oración y cómo te relacionas con los demás. Pídele a Dios que ajuste tu perspectiva de él con quién él es en realidad.

CON CUIDADO HACIA LO DESCONOCIDO

Aparto mis pies de toda mala senda
 para cumplir con tu palabra.
 No me desvíó de tus juicios
 porque tú mismo me instruyes.
 ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!
 ¡Son más dulces que la miel a mi boca!
 De tus preceptos adquiero entendimiento;
 por eso aborrezco toda senda de mentira.
 Tu palabra es una lámpara a mis pies;
 es una luz en mi sendero.

SAL 119:101-105

Uno de los momentos más hermosos de *El progreso del peregrino* es cuando Cristiano llega a la colina llamada Calvario. Él había llevado su carga de pecado durante todo su viaje. (Aunque ya he analizado parte de esta historia, me parece beneficioso volverla a comentar). Algo increíble sucede cuando Cristiano llega a la cruz del Calvario. Primero, la carga de pecado cae al suelo. Después, lo saludan tres Seres resplandecientes: el ángel del alba, el ángel de la mañana y el ángel del crepúsculo.

El primer ángel afirma: «Perdonados te son tus pecados», y le pone una señal en la frente. El segundo ángel reemplaza los harapos del peregrino por un nuevo ropaje y sandalias. El tercer ángel le entrega un rollo sellado: el mapa a la puerta celestial. Esta es una acción triplemente increíble. Uno: la vida antigua se reemplaza por

la nueva herencia, por eso la señal en la frente. Dos: se le otorgan los ropajes nuevos por ser hijo de Dios. Tres: recibe una guía que seguir el resto del viaje, hasta que alcance su meta al final de la vida.

La guía para la vida presupone a quién le perteneces. Este es el primer requisito: reconocer que no te perteneces a ti mismo, sino que eres un hijo de Dios que viene a la cruz. Ahí mueres a tu ego y vives por él. Esta es la intersección definitiva, donde los caminos de la vida se cruzan.

Recuerdo que un hombre de Pakistán me refirió que había visitado una iglesia en la Pascua. El predicador le había parecido aburrido hasta casi el final, cuando hizo dos afirmaciones:

Al morir vives.
Al rendirte ganas.

Estas dos frases alteraron toda su manera de pensar. Morir a uno mismo y a la gloria personal es el paso inicial para vivir realmente. San Agustín lo articuló con eficiencia: «Tú nos has creado para ti mismo y nuestro corazón está impaciente hasta que encuentre descanso en ti».¹

El regalo de los vestidos nuevos sugiere el siguiente paso: el cambio que la vida provoca. No basta con afirmar ser hijos de Dios, debemos vivir como tales y vestir sus ropajes correctamente.

Por último, le entregan a Cristiano el mapa de la vida. Ahí está la clave del crecimiento y la madurez: saber manejar la decepción y el fracaso; saber interpretar el éxito y vivir por las cosas eternas.

Pero, ¿cómo y dónde encontramos ese mapa? Dios nos ha dado cuatro recursos. Primero, su Palabra en la Santa Biblia. Cada día deberías iniciar leyéndola. El salmista afirma: «Tu palabra es una lámpara a mis pies; es una luz en mi sendero» (Sal 119:105).

Segundo, tenemos su presencia en nosotros, la cual Dios nos promete. Cuando le hablas, él te responde y te guía con su voz calmada y sutil.

Tercero, la oportunidad de vivir una vida de rendición de cuentas. Quienes te aman deben tener la valentía para corregirte cuando te ven ir por el camino malo.

Cuarto, Dios traerá oportunidades de crecimiento a tu vida. Estas circunstancias no siempre son agradables; a veces son dolorosas.

En 1939, el rey Jorge VI se dirigió al mundo en tiempos difíciles. El rey citó este poema en su mensaje de Navidad:

Y le dije al hombre que estaba en la puerta del año:

«Dame una luz para que pueda pisar con seguridad en lo desconocido»

Y él respondió:

«Ve a la oscuridad y pon tu mano en la Mano de Dios. Eso será para ti mejor que la luz y más seguro que un camino conocido».²

Por medio de su Palabra, tú pones tu mano en la del Señor y él guiará tus pasos con cuidado hacia lo desconocido.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Examina las dos afirmaciones breves que cambiaron el rumbo de la vida del hombre paquistaní. ¿Dónde en la Escritura encuentras las ideas de morir a uno mismo y vivir para Dios?
2. ¿Qué cuatro recursos nos ha regalado el Señor para guiarnos?

APLICACIÓN PERSONAL

1. «La guía para la vida presupone a quién le perteneces». ¿Es Dios quien te guía como su hijo o existen otras influencias que te desvían hacia

caminos opuestos? ¿Cómo sabes que Dios es quien te guía?

2. ¿Has aprendido a manejar la decepción? ¿Qué me dices del fracaso y el éxito? ¿Cómo podrías crecer esta semana en una de estas áreas?

50

DE PAZ INUNDADA MI SENDA

Al de carácter firme
lo guardarás en perfecta paz,
porque en ti confía.
Confíen en el SEÑOR para siempre,
porque el SEÑOR es una Roca eterna.

IS 26:3-4

Hay una historia sobre un soldado norteamericano que se escondió en un refugio subterráneo durante la Guerra de Corea. Su comandante le ordenó rescatar a algunos de sus compañeros caídos en el frente. El soldado asintió, echó una mirada furtiva a su reloj, esperó a que su oficial al mando se hubiera marchado y permaneció en el mismo lugar. Pasaron algunos minutos y otro soldado le recordó su misión de rescate. Una vez más, el soldado miró el reloj y no hizo nada. Entonces salió del refugio y con valentía comenzó a cargar a sus compatriotas hasta un punto seguro.

En la tarde, un amigo le pidió que le explicara sus acciones peculiares. El soldado respondió: «Yo tenía miedo porque no estaba listo para morir. Entonces decidí esperar hasta que mi miedo fuera suplantado por la seguridad de algo mayor que yo. Mi madre me prometió que oraría por mí cada hora. Recordé esto mientras examinaba el frente desde el refugio y supe que, sin importar lo que me esperaba, yo podía enfrentarlo».

Con los años, he tenido la oportunidad de conversar con decenas de personas en muchos países. Cada uno de ellos cuenta su propia historia, donde siempre interviene un amigo o un familiar que ayudó a llevar a la persona hasta ese punto. Nadie llega a donde está sin las oraciones y los esfuerzos de alguien más. Eso fue Andrés para Pedro, Ananías para Pablo, la madre y la abuela para Timoteo y así sucesivamente. El propósito de estos esfuerzos fue guiar a alguien a la reconciliación con Dios y a permanecer en su paz. No es asunto de un instante, sino del diario vivir.

No tengo duda alguna de que, cuando inicié mi relación con Jesús, la paz que obtuve fue sobrecogedora. Sin embargo, veo con claridad que esa estabilidad está amenazada. Cada día debemos asegurarnos de que esta paz no sea quebrantada por decisiones negligentes.

En efecto, la Biblia lo afirma con precisión y brevedad en Isaías: «Al de carácter firme lo guardarás en perfecta paz, porque en ti confía» (Is 26:3). Cuando escuché la historia del soldado en la Guerra de Corea, recordé una ocasión en Vietnam en que prediqué a una audiencia donde había varios pilotos norteamericanos. Ellos estaban uniformados, alertas a misiones que reclamarían sus vidas. Jamás podré olvidar el reverberar del último himno, cuando sus voces se alzaron desde las profundidades de sus emociones:

De paz inundada mi senda ya esté
O cúbrala un mar de aflicción,
Cualquiera que sea mi suerte, diré:
Estoy bien, tengo paz, ¡Gloria a Dios!¹

Pero no olvidemos el fundamento de esta paz, que el autor reafirma en la tercera estrofa:

Feliz yo me siento al saber que Jesús
Libróme de yugo opresor;
Quitó mi pecado, clavólo en la cruz:
Gloria demos al buen Salvador.²

Para aquel entonces, yo había estado en la región durante meses y había podido notar que muchos iban a sus misiones, pero no regresaban. La incertidumbre de estos pilotos estaba justificada. Ellos necesitaban una paz interior fundamentada en una razón superior.

Thomas Merton observó que el ser humano no está en paz con su prójimo porque no está en paz consigo mismo. Pero no tiene paz consigo mismo porque tampoco ha logrado la paz con Dios.³ El apóstol Pablo afirmó: «En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes» (Ro 5:1-2).

Bajo nuestra lucha se extiende una rutina diaria fundamentada en una decisión crucial: lidiar con lo que hacemos para herirnos a nosotros mismos, no con lo que otros hacen para dañarnos. Los ataques ajenos no tendrán éxito si protegemos nuestra alma. Este fue el consejo que le hizo Pablo a Timoteo: «Tú también cuídate. . .» y «. . . cuida la preciosa enseñanza que se te ha confiado» (2 Ti 4:15; 1:14). ¿Alguna vez alguien te ha amenazado? Cuando pones un guardia en tu puerta, puedes dormir bien, pues hay alguien que vela por ti. El mejor guardián de tu paz es tomar la precaución de resguardar tu corazón en Dios y para él.

Querido amigo, espero que hoy entiendas que la libertad para tener paz exterior inicia al deshacerte del mal interior. Ruego a Dios que puedas sustentarte en esta razón fundamental para la paz. Es decir, es una condición del alma.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Según la Biblia y el autor del himno, ¿cuál es la razón fundamental de la paz cristiana?
2. ¿Cuál es la «decisión crucial» que tomamos cada día, lo notemos o no? ¿Cómo se relaciona esta

decisión al consejo que le da Pablo a Timoteo?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Para llegar hasta donde estás hoy, necesitaste las oraciones y la ayuda de alguien más. ¿Quién ha orado por ti durante el trayecto o ha sido un apoyo y un aliado? Separa un tiempo hoy para agradecerle a Dios y a esta persona. Así mismo, ¿por quién estás intercediendo tú?
2. ¿Qué estás haciendo para ayudarte a descansar con seguridad en la paz de Dios y para guardar la preciosa enseñanza de su Espíritu que se te ha confiado?

EL SITIO DONDE DIOS NO TENÍA HOGAR

Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; [. . .] Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.

MT 25:34-35, 40

Hace algunos años, pasamos la Navidad en la casa de mis suegros. No eran tiempos felices en aquel hogar; las cosas habían marchado mal las semanas anteriores y una gran tristeza pesaba sobre todos. Sin embargo, en medio de todo aquello, mi suegra mantuvo su hábito de pedirle a personas que seguramente no tenían con quién celebrar que fueran y cenaran con nosotros.

Ese año, ella invitó a un hombre que muchos consideraban raro y excéntrico en su conducta. En la iglesia no sabían mucho sobre él, salvo que iba con regularidad, se sentaba solo y se marchaba sin conversar demasiado. Era evidente que él vivía solo y era una persona de apariencia triste y solitaria. Él fue nuestro invitado aquella Navidad.

Había mucha confusión a causa de otros acontecimientos en el hogar (que incluían haber llevado a una de las hijas al hospital en la labor de parto de su primer

hijo). Todos estábamos tensos. Entonces recayó sobre mí entretener a aquel señor y debo confesar que esto no me agradaba. Puesto que viajo todo el año, guardo con mucho celo la Navidad para disfrutar con mi familia. Esta no sería una ocasión de esas y no me gustaba. Yo estaba en la sala conversando con el hombre, mientras los demás estaban ocupados, y pensé: *Esta va a ser una de las peores Navidades de mi vida.*

Pero la noche avanzó y nuestro huésped sin duda disfrutó la cena, el sonido del fuego crepitante, la nieve en el exterior, los villancicos y una discusión teológica compleja que tuvimos (la cual él instigó). El hombre era un gran lector y me di cuenta de que disfrutaba lidiar con problemas teológicos complicados. Yo también disfruto esas conversaciones, pero no durante una noche destinada a gozar un momento de tranquilidad en familia.

Al acabar la noche, mientras él se despedía de nosotros, nos tomó la mano a cada uno individualmente e iba diciendo: «Gracias por la mejor Navidad de mi vida. Jamás la olvidaré». Luego salió bajo la noche y la nieve, de vuelta a su vida solitaria.

Mi corazón se llenó de reproche frente a sus palabras tiernas. Tuve que esforzarme mucho para no romper en llanto. Pocos años después, para nuestra sorpresa, el hombre falleció relativamente joven. Yo he vuelto a vivir aquella Navidad muchas veces en mi memoria. Dios me dio una enseñanza ese año: un hogar puede reflejar y otorgar el amor de Cristo.

La primera vez que caminé por las calles ruidosas de Belén y soporté sus aromas, gané una nueva perspectiva de la diferencia entre nuestros villancicos navideños, que exaltan la dulzura del «pueblecito de Belén», y la realidad cruda que soportó Dios al hacerse hombre y vivir entre nosotros. El alojamiento terrenal de Jesús cambió el nuestro. Cristo nos visita en Navidad (y todos los días) para mostrarnos lo que significa vivir.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Analiza de qué manera las palabras de Jesús en Mateo 25 nos inquietan al llamarnos al sometimiento.
2. Lee Lucas 2:1-20. ¿Qué nos revela la primera Navidad sobre la invitación de Dios y la importancia de la hospitalidad?

APLICACIÓN PERSONAL

1. ¿Recuerdas una Navidad similar u otra ocasión en que te sentiste interrumpido? ¿Cómo puedes abrir tu corazón a aquellos que Dios ha puesto en tu camino?
2. Quizá tú eres como el hombre solitario de esta historia. Pídele a tu Padre celestial que te revele dónde puedes encontrar una comunidad y ser de bendición para otros.

DARLO TODO

El hijo honra a su padre y el siervo a su señor. Ahora bien, si soy padre, ¿dónde está el honor que merezco? Y, si soy señor, ¿dónde está el respeto que se me debe? Yo, el SEÑOR Todopoderoso, les pregunto a ustedes [. . .].

Ustedes traen animales ciegos para el sacrificio, y piensan que no tiene nada de malo; sacrifican animales cojos o enfermos, y piensan que no tiene nada de malo.

¿Por qué no tratan de ofrecérselos a su gobernante?

¿Creen que estaría él contento con ustedes? ¿Se ganarían su favor? —dice el SEÑOR Todopoderoso—.

MAL 1:6-8

Cuando yo tenía doce o trece años, mi maestra de escuela dominical me preguntó si quería hacer el papel de José en la mímica navideña. Estuve a punto de negarme porque para mí la historia de la Navidad estaba velada por el manto de la ceremonia y no tenía idea de su significado. Pero después me dijeron lo que el papel implicaba. Yo tenía que llevar de la mano a María hasta el altar, quedarme allí por un rato, darle la vuelta, tomar su mano nuevamente y salir del escenario. No había diálogo, ni reflexiones teológicas, ni la necesidad de actuar bien. Cuando descubrí quién había tomado el papel de María, me pareció que iba a ser una experiencia interesante.

Llegué temprano a la iglesia y tenía tiempo de sobra. En el altar, me encontré sobre una mesa un cuenco de plata con hostias dentro. Sin conocer qué eran, tomé varias y me

las comí mientras admiraba las piezas de arte y las estatuas en aquella catedral magnífica. De pronto, vi al vicario salir de la sacristía y caminar hacia mí. Yo lo saludé con amabilidad y seguí disfrutando las hostias que llevaba en mi mano. El vicario se detuvo, me observó y, fuera de control, gritó: «¿Qué estás haciendo?».

Tan sorprendido de su arrebató como él lo estaba de lo que yo hacía, le dije: «Yo soy José en la mímica navideña».

Sin duda eso no era lo que preguntaba. Luego inquirió: «¿Qué tienes en la mano?».

Me examinó de pies a cabeza y comprobó que había más hostias en mi bolsillo. Después recibí el regaño más absurdo al que haya sido sometido. El vicario repetía una y otra vez la palabra «sacrilegio». Yo no deseaba conocer su significado porque estaba seguro de que era el fin para mí, ya que había hecho algo cuyo nombre ni siquiera podía pronunciar.

Muchos años más tarde, recordaba este incidente mientras leía la definición de *sacrilegio* de G. Campbell Morgan. Según él, generalmente se refiere a tomar algo que le pertenece a Dios y utilizarlo de manera profana. Quizá recuerdes en el Libro de Daniel cuando Belsasar tomó las copas del templo y las utilizó en su noche de parranda y blasfemia. Eso es sacrilegio. Esto también aplica a nuestros cuerpos, que están pensados para ser «copas» al servicio de Dios o «templos» como santuario interno de adoración. Cuando utilizamos nuestro cuerpo de manera profana, estamos cometiendo sacrilegio.

Sin embargo, Morgan afirma que el sacrilegio no consiste solo de un uso profano. En su peor versión, el sacrilegio es entregarle a Dios algo que no tiene importancia para ti.¹ Es decir, cuando le concedes a Dios las «sobras» de tu vida y no las primicias. Esa es la reprensión que el Señor le hace a su pueblo: «. . . sacrifican animales cojos o enfermos, y piensan que no tiene nada de malo».

Por el contrario, entregarle a Dios lo mejor de ti es la máxima adoración. Esto no puede suceder sin sacrificar el homenaje y la lisonja del mundo.

Si nos detuviéramos un segundo y examináramos nuestra vida, nos sorprenderíamos al ver lo cercanos que estamos del sacrilegio cada día. ¿Le entregamos a Dios lo mejor de nuestro tiempo? ¿Le regalamos nuestra máxima energía? ¿Le otorgamos nuestros mejores pensamientos, las primicias de nuestra riqueza y nuestros máximos sueños y planes? ¿O acaso el mundo se lleva lo mejor de nosotros y Dios obtiene las sobras?

Ahora que un año acaba y uno nuevo está por iniciar, recordemos a Aquel que caminó entre nosotros, nos enseñó su misión y envió al Espíritu para guiarnos. Anhelo que nuestra vida refleje las palabras sinceras de Charles Wesley:

Oh, tú que descendiste de lo alto
A entregarnos tu fuego celestial,
Enciende una llama de amor sagrado
En el infame altar de mi corazón.

Por tu gloria permite que arda
Con flama inextinguible,
Que tiemble en lo profundo y vuelva
En humilde oración y ferviente alabanza.

Jesús, confirma el anhelo de mi corazón
Para trabajar, proclamar y pensar en ti;
Deja que guarde ese fuego sagrado,
Y siembra tu regalo en mí.

Listo para tu perfecta voluntad,
Mis actos de fe y amor se repiten;
Sella hasta la muerte tus misericordias,
Y completa tu sacrificio.²

El sacrificio de Cristo fue para salvarnos. Nuestro sacrificio es para servirlo.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. ¿Qué es el sacrilegio? Según G. Campbell Morgan, ¿cuál es la peor versión de este acto?
2. ¿Qué es la adoración en su esencia? ¿Cómo aplica en este contexto Lucas 10:27?

APLICACIÓN PERSONAL

1. Detente un segundo y examina tu vida. Cuestionate: ¿Le entrego a Dios lo mejor de mi tiempo? ¿Cómo le cederé hoy mi máxima energía al Señor?
2. Utiliza las palabras de Wesley en oración para refrescar tu espíritu: «Jesús, confirma el anhelo de mi corazón para trabajar, proclamar y pensar en ti; deja que guarde ese fuego sagrado, y siembra tu regalo en mí».

AGRADECIMIENTOS

No escribí este libro en unas pocas semanas. Es una compilación de artículos, ensayos y circulares no publicadas que he escrito durante varios años. Cuando tuvimos la idea de recopilar todo este material en un solo libro, solo existía una persona capaz de llevarlo a cabo: mi devota asistente de investigación, Danielle DuRant, quien lleva conmigo más de veinticinco años. Ella es quien mejor conoce lo que he dicho y lo que no. Este tomo es un tributo a su diligencia y compromiso conmigo, con mi familia y con este ministerio. Gracias, Danielle. Eres la mejor.

También le agradezco a mi amigo Joey Paul, cuyas ideas y guía han moldeado gran parte de mis escritos. Él es un experto en su oficio y me ha acompañado siempre. Gracias, Joey. Te queremos.

Para mi editor, mi familia y mis compañeros: sin ustedes, nada de esto sería posible.

Sobre todo, le agradezco a mi Señor y Salvador Jesucristo, cuya vida ha inspirado verdades inagotables.

RAVI ZACHARIAS
ATLANTA, GEORGIA, EUA

ACERCA DEL AUTOR

Cuando Ravi Zacharias era un joven escéptico de diecisiete años, escuchó las palabras de Jesús en Juan 14:19: «Y porque yo vivo, también ustedes vivirán». Este evento cambió el rumbo de su vida para siempre. En tiempos de impotencia e incredulidad, mientras yacía en cama tras un intento de suicidio, la verdad en la Escritura le dio esperanza a Zacharias. Fue entonces cuando él le entregó su vida a Cristo y le prometió: «No limitaré mis esfuerzos en mi búsqueda de la verdad». Un poco antes en Juan 14, Jesús afirma: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». Este versículo se convirtió en el pilar de la misión definitiva de Zacharias como apologista y evangelista: compartir y defender la verdad de Jesucristo para que otros puedan hallar vida en él. También fue el fundador y presidente de Ravi Zacharias International Ministries [Ministerio Internacional Ravi Zacharias]. Además, escribió y editó más de veinticinco libros sobre teología, apologética, religión comparada y filosofía. Estos libros incluyen: *¿Puede el hombre vivir sin Dios?* y *Jesús entre otros dioses*. También fue el mentor de personas como el autor de superventas Nabeel Qureshi (*Buscando a Alá, encontrando a Jesús*). Zacharias y su esposa Margie estuvieron casados por más de cuarenta y cinco años y tienen tres hijos adultos. Ravi partió de este mundo para estar con el Señor en mayo de este año 2020.

NOTAS

CAPÍTULO 2: El llamado definitivo

1. Citado por Bobby Conway, *The Fifth Gospel* (Eugene, Oregon: Harvest House, 2014), p. 9.

CAPÍTULO 3: Punto de exclusión

1. Gilbert K. Chesterton, *Lo que está mal en el mundo* (Barcelona: Acantilado, 2008), p. 43.

CAPÍTULO 6: ¿Un cristianismo sin Cristo?

1. John Stott, *Cristianismo básico* (Barcelona: Ediciones Certeza, 1997), p. 8

CAPÍTULO 7: Perder el enfoque

1. Traducción de *El Progreso del Peregrino*,
https://archive.org/stream/ElProgresoDelPeregrino_201411/El%20progreso%20del%20peregrino_djvu.txt

CAPÍTULO 8: La máxima inversión

1. A. W. Tozer, «Give Time to God», en *Mornings with Tozer: Daily Devotional Readings* (Chicago: Moody Publishers, 2015), lectura para el 24 de febrero.
2. *Ibid.*

CAPÍTULO 14: El corazón de Dios

1. Francis Thompson, *El lebre del Cielo* (<http://www.hjg.com.ar/txt/poesia/lebre.html>), traducción de Carlos A. Sáenz p. 3. Tomado del libro *El Evangelio de Jesucristo* de Leonardo Castellani.
2. *Ibid.*

CAPÍTULO 15: ¿Qué pasó con tus manos?

1. Calvin Miller, *Spirit, Word, and Story* (Grand Rapids: Baker, 2005), pp. 56-57.

CAPÍTULO 17: Justicia y virtud

1. «*From George Washington to Edmund Randolph 28 September 1789*», <https://founders.archives.gov/documents/Washington/05-04-02-0073>.
2. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Libro V, Capítulo 1, <http://www.ataun.net/BIBLIOTECAGRATUITA/CI%C3%A1sicos%20en%20Español/Arist%C3%B3teles/%C3%89tica%20a%20Nic%C3%B3maco.pdf>
3. Henry Wadsworth Longfellow, *The Complete Poetical Works of Longfellow* (Boston: Houghton, Mifflin & Company, s.f.), p. 616 [*Poesías Henry Wadsworth Longfellow* (Ciudad de México: Ediciones La Biblioteca Digital, 2013)].

CAPÍTULO 19: ¿A quién le pertenece tu corazón?

1. Daniel Goleman, *Inteligencia emocional* (Miami: Ediciones B, 2018) p. 12.
2. David Gelernter, «*How Hard Is Chess?*» *TIME*, 19 mayo 1997.
3. *Ibid.*

CAPÍTULO 22: Las preguntas más difíciles

1. Tomás Moro, *Las oscuras noches del alma* (Barcelona: Urano, 2011), p. 3

CAPÍTULO 26: Todo es renovado

1. Sam Harris, «*God's Dupes*», *Los Angeles Times*, 15 marzo, 2007.
2. Richard Dawkins, «*Viruses of the Mind*», 1992 Conferencia sobre Voltaire (Londres: Asociación Humanista Británica, 1993), p. 9.

CAPÍTULO 27: ¿Es importante la oración?

1. G. K. Chesterton, *Ortodoxia* (Ciudad de México: Editorial Porrúa, 2014), p. 68

CAPÍTULO 28: El espíritu de la oración

1. Citado en *Porqué no llega el avivamiento*, Leonard Ravenhill (Santiago: Peniel, 2009), p. 53.

CAPÍTULO 30: El valor de algo

1. G. K. Chesterton, *As I was saying*, Robert Knille, ed. (Grand Rapids: Eerdmans, 1985), p. 267.

CAPÍTULO 31: El regalo de la fe

1. G. K. Chesterton, Lecture 5: G. F. Watts, publicado por Dale Ahlquist, <https://www.chesterton.org/lecture-5/>.

CAPÍTULO 34: Probar la adoración

1. William Temple, *Readings in St. John's Gospel* (Londres: Macmillan, 1940), p. 68.

CAPÍTULO 35: Templos vivientes

1. Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo* (Madrid: Alianza Editorial, 2004), p. xv.

CAPÍTULO 38: En lo correcto donde nosotros nos equivocamos

1. Citado en Dale Ahlquist, *G. K. Chesterton: The Apostle of Common Sense* (San Francisco: Ignatius Press, 2003).

CAPÍTULO 40: Un poder regenerativo

1. Carl H. Henry, *The Christian Mindset in a Secular Society* (Sisters, OR: Multnomah Press, 1984).
2. *Ibíd.*

CAPÍTULO 41: Varón de dolores

1. Oscar Wilde, *De Profundis* (Barcelona: Ediciones Plutón, 2011), p. 32.
2. *Ibíd.*
3. *Ibíd.*

CAPÍTULO 43: El escándalo de la cruz

1. Para un artículo esclarecedor sobre este tópico, ver Abdu Murray, «Islam or Christianity: Reflections on God's Greatness», *Just Thinking Magazine* 24, n.º 1, 24 diciembre 2015, <https://rzm.org/just-thinking/islam-or-christianity-reflections-on-gods-greatness/>.
2. Atribuido a E. H. Chapin y citado bajo la entrada «Pecado» en Tryon Edwards, ed., *A Dictionary of Thoughts: Being a Cyclopedic of Laconic Quotations from the Best Authors of the World, Both Ancient and Modern* (Detroit, MI: F.B. Dickerson Co., 1908), p. 527.

CAPÍTULO 44: La imaginación y la voluntad

1. Graham Tomlin, «Perfiles en la fe: Blas Pascal (1623-1662)», https://www.cslewisinstitute.org/webfm_send/609.

CAPÍTULO 45: Lidar con el caos de la vida

1. G. K. Chesterton, *La cosa* (Sevilla: Ediciones La espuela de plata, 2010).

CAPÍTULO 46: ¿Vale la pena?

1. M. K. Gandhi, *La verdad es Dios*, (Bilbao: Sal Terrae, 2006).

CAPÍTULO 47: ¿Te sientes solo?

1. Thomas Wolfe, «God's Lonely Man» in *The Hills Beyond* (Nueva York: Plume/New American Library, 1982), pp. 146, 148.
2. Phillips Brooks, «Oh, pueblecito de Belén», 1868.

CAPÍTULO 48: Hallar el regalo perfecto

1. C. S. Lewis, *La abolición del hombre* (Nashville: HarperCollins Español, 2016), p. 89.

CAPÍTULO 49: Con cuidado hacia lo desconocido

1. Citado en Carl G. Vaught, *The Journey Toward God in Augustine's Confessions* (Albany, NY: Universidad Estatal de Nueva York 2003), p. 23.
2. Minnie Lou Haskins, «La puerta del año» dominio público.

CAPÍTULO 50: De paz inundada mi senda

1. Horatio G. Spafford, «Está bien con mi alma», 1873.
2. *Ibíd.*
3. Peter Kreeft, *Catholic Christianity* (San Francisco: Ignatius Press, 2001), p. 185.

CAPÍTULO 52: Darlo todo

1. G. Campbell Morgan, *Malachi's Message for Today* (Eugene, Oregon: Wipf and Stock Publishers, 1998), p. 50.
2. Charles Wesley, «O Thou Who Camest from Above», 1762, traducción libre.

[Tus Notas]